SAMUEL BROOKES

EL LEGADO DE HÉCTOR

UNA HISTORIA SALVADOREÑA DE FAMILIA, PANDILLAS Y EXILIO

© 2026 Samuel Brookes
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del autor, salvo en los casos permitidos por la ley.
Esta es una obra de ficción inspirada en testimonios reales. Los personajes, nombres, lugares y acontecimientos han sido recreados o modificados con fines narrativos. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es circunstancial.
Publicado de forma independiente.

Nota del autor sobre nombres y familia

Esta novela se basa en el testimonio real de un amigo que solicitó asilo en el Reino Unido tras huir de la violencia de las pandillas en El Salvador. Los nombres y algunos detalles han sido modificados para proteger la identidad de las personas involucradas.

Asimismo, el relato se presenta en un registro oral, en el que los vínculos familiares a menudo se entienden sin necesidad de explicitarse. Para conservar intacta la voz del relato, algunos detalles familiares se dejan implícitos y ciertos nombres no se mencionan. Para mayor claridad, a continuación se presenta el mapa familiar básico tal como aparece en el libro:

Héctor: narrador; el menor de los hijos de su madre
Hermanos (misma madre): Rubén (el mayor), Marlon, Pedro, William, Héctor
Padre: Carlos
Medio hermano paterno: Paco (hijo de Carlos y una esposa posterior)
Tío paterno: Chente (hermano de Carlos)
Madre, abuela materna, tía materna: sin nombre en el texto
Hogar de Héctor (vida posterior): Noemí (esposa), Elena (hija)

Índice

Prólogo 1

1 Infancia 2

2 Abuela 9

3 Paranormal 17

4 Dominio de pandillas 23

5 Sully 30

6 Trabajo, extorsión y policía 45

7 Chambre 57

8 Testigo 69

9 Viaje al norte 77

10 Desierto 89

11 Detención 102

12 2016-2019 110

13 Asesinato 125

14 Partida 130

15 Asilo 137

Epílogo 145

Prólogo

Cuando yo era niño, había un hombre en mi comunidad al que todos le decían Gorgojo. Era un drogadicto y vendía absolutamente todo. Su madre, que tenía un puesto de hamburguesas, le daba pupusas para que se las llevara a la casa y comiera con su esposa y su hija. Pero él nunca se las llevaba. Por la droga, iba y vendía esas pupusas.

Una vez, me encontré una cuchilla y llegué donde un amigo y le dije:

—Quiero diez centavos para una golosina. Te vendo esta cuchilla.

—No tengo, Gorgojo.

Desde ese momento, se me quedó el apodo.

1
Infancia

Al nacer, los doctores dijeron que yo traía un pulmón sellado y que no iba a vivir. Al principio, mis padres intentaron de todo para salvarme; hasta vendieron la casa para pagar los medicamentos. Pero yo era apenas un recién nacido: lo que debía mantenerme con vida por un tiempo también terminaría matándome.

—Entréguenlo a Dios y bautícenlo, para que se le borre el pecado del nacimiento. Al menos será un angelito.

Mis padres ni siquiera llegaron a la iglesia. La agonía de mi respiración en aquellas madrugadas era tanta que llamaron rápidamente a una vecina para que me echara agua bendita. Solo quienes creemos en Dios creeríamos que estos milagros existen, porque después de aquel bautismo fue como si hubiera agarrado un respiro diferente y, con el paso de los días, empezaron a ver que el niño que estaba destinado a morir comenzaba a mejorar.

Cuando me llevaron de nuevo al hospital, los doctores confirmaron que mi pulmón estaba sano. Pero la ciencia no podía explicarlo. Por donde se le viera, no había una explicación humana. Y mi mamá, que siempre había creído en Él, aunque solo iba a la iglesia de vez en cuando, terminó yendo mucho más.

Yo le digo a mi esposa:

—Mi fe comienza desde el nacimiento.

Pero después de perder la casa, mi padre se separó de mi madre, se casó con una mujer adinerada y se llevó con él a mis tres hermanos mayores. Como recién nacido, no tuve más remedio que quedarme con mi madre.

* * *

Desde el año de edad hasta los siete viví con ella. No había guarderías. Mi abuela materna vivía a dos casas, pero como estaba ocupada

cuidando a sus otras dos nietas —hijas de una tía que murió en el parto—, no podía hacerse cargo de mí.

Todas las mañanas mi mamá salía a trabajar y me dejaba encerrado bajo llave; suena mal decirlo, pero literalmente como a un perro. Encima de la puerta había una pequeña abertura, y por ahí mi abuela me pasaba la comida. En la casa quedaba algo de pan para el desayuno, pero el almuerzo me lo traía mi abuela. Antes de salir, mi mamá siempre me decía que si pasaba algo, si me asustaba o lo que fuera, le gritara a mi abuela. Bueno, te puedo contar que una vez prendí fuego a la casa, y no llegó nadie hasta que ya estaba echando humo.

Un día de enero, me encaramé en una silla para ver mis dibujitos en una televisión que mi mamá había puesto encima de la cocinita, cuando de repente el suelo tembló y la casa —como era de adobe— se sacudió terriblemente.

En mi temor —o quizás solo en la mente de un niño— me quedé parado en la puerta y no me moví. Desde ahí vi cómo las copas de vidrio que mi mamá guardaba en una repisa de madera clavada a la pared caían una por una, estrellándose en el suelo hasta hacerse pedazos.

—¡Abuela! ¡Abuela! —grité.

Nadie respondió.

El terremoto de 2001 tuvo una magnitud de 7.7 y duró unos treinta segundos. Murieron muchos niños. Muchos adultos también. No hubo distinción de edad.

Prefiero creer que eran buenos abuelos y que simplemente tenían otras cargas. Pero no fue sino hasta unos quince minutos después, cuando el terremoto ya había terminado, que llegaron a sacarme. Fingiendo o no, no lo sé, se alegraron mucho de verme con vida.

Quizás no sabían que yo estaba dentro.

* * *

Mi mamá siempre ha sido un poco romántica. Cuando se separó de mi padre, no pasó mucho tiempo antes de que ya estuviera con otro hombre al que le gustaba el trago. Recuerdo cuando terminó de hacer nuestro baño de fosa. Como cualquier niño curioso me acerqué a ver. Debía de

estar muy ebrio, porque apenas me apoyé un poco en él para asomarme y se fue completo de costado dentro de la fosa.

Él pedía su licor en una cantina al lado de donde vivíamos. En una ocasión, parado frente a la ventanilla, comenzó a discutir con otro hombre porque no le quería prestar la bicicleta. Eran como las ocho de la noche. Mi mamá, como solía hacer a esa hora después de trabajar, estaba descansando un poco apartada del grupo que estaba tomando en el patio; a su lado estaba mi prima, y junto a ella, la ventanilla de la cantina. Yo estaba recostado entre las piernas de mi mamá.

—Mamá, ya tengo sueño.

—Andá a ponerte el pijama, dame un beso y te llevo a dormir.

Entré a la casa, me puse el pantalón del pijama y me estaba poniendo el suéter cuando la casa empezó a moverse y se escuchó un gran estruendo. Al instante, mi prima entró corriendo, me abrazó, me levantó, me chineó y me sacó, tratando de bajarme la cabeza para que no viera nada.

Pero yo era un niño, así que claro que vi.

Vi la escena, brutal, de película: un montón de cuerpos tirados en el suelo. De inmediato escuché el helicóptero, la ambulancia. Vi sangre y, encima, vi a mi mamá. La vi tirada en el suelo, con sangre. Y entonces empecé a gritar:

—¡Mamá, mamá, quiero a mi mamá!

Lo que había pasado era que el ciclista nunca le prestó la bicicleta, y aquel tonto —que en paz descanse— sacó una granada del bolsillo del pantalón. Al sacarla, se le cayó la llave. Tan ebrio estaba que no la recogió a tiempo. La granada lo hizo pedazos; de él no enterraron nada más que algunas partes. Creo que mató a cuatro personas más que estaban reunidas ahí, incluida una anciana que estaba a unos veinte metros y fue alcanzada por una esquirla.

Mi mamá recibió una esquirla cerca de la frente, donde hasta hoy tiene una cicatriz. Otra le pegó en la pierna, y creo que una más le quedó en el ojo. Gracias a Dios no murió, pero por un tiempo no pudo ver bien de un ojo por el impacto.

Lo que quiero destacar es el orden en el que estábamos sentados, porque, si te acuerdas, te dije que fue mi prima la que entró a buscarme.

Ella estaba sentada justo al lado del hombre que detonó la granada. Desde ahí te puedo hablar —y te voy a seguir hablando— de Dios, porque ¿quién más, si no Dios, pudo permitir que mi prima, que estaba justo al lado de la explosión, saliera sin un solo rasguño, mientras mi mamá, que estaba cubierta detrás de ella, recibió dos o tres esquirlas? Cuando uno lo piensa, es verdaderamente asombroso, casi increíble.

* * *

Después, mi madre tuvo otro novio que le propuso que sus padres podían cuidarme y que, como vivían en el campo, yo iba a tener más libertad. Mi madre accedió. Lamentablemente, es un mal recuerdo que tengo, porque me castigaba gente que no tenía nada que ver conmigo, y me mandaban a comprar cosas en tiendas que, en el campo, quedaban muy, muy lejos de las casas; caminaba solo por el bosque.

Cuando me llevaban a un pozo a traer agua, tenía que cargar yo solo mi propio cántaro. Otros niños de mi edad, de cinco o seis años, todavía estaban dormidos o, si ya estudiaban, sus padres los levantaban y los alistaban para ir a la escuela, no para mandarlos a trabajar a las siete de la mañana.

Nunca me gustó esa casa. No había luz eléctrica —usábamos un candil— y la señora siempre andaba masticando un puro que ocupaba para no sé qué, y siempre tenía un mal olor. Cada vez que mi madre venía a verme los fines de semana, yo me quedaba paralizado. Quería irme con ella, pero temía lo que la señora fuera a hacer:

¿Nos va a lanzar una maldad?

Un día me oriné y mojé la tela de la hamaca donde dormía. De castigo, al día siguiente me levantaron a las cinco de la mañana, me bañaron y me mandaron a hacer compras y a traer agua. En algún momento de ese día debí de haber hecho o dicho algo más que les desató la furia, porque me iban a castigar, y yo corrí. Como estábamos en el campo, había mucho monte y bosque alrededor. El señor no pudo capturarme, y la señora menos.

Pero, como todo niño es engañado, la señora me dijo:

—No te voy a castigar, de verdad. Solo vení, vámonos a la casa, ya está.

El niño le creyó.

Cuando me agarró, recuerdo que me levantó de una mano y empezó a castigarme con un alambre. ¿Has visto las extensiones que traen las planchas? Algo así usó. Fue muy doloroso, la verdad.

Dos o tres días después, alguien murió en San Martín, donde vivía mi mamá, y viajamos allá para el entierro. Siempre que salíamos, la señora no me soltaba de la mano; yo era su posesión. Pero mira cómo es la fe de los niños: después del castigo que me habían dado, solo podía pensar: ese ya fue el último. No, no quiero volver a pasar por eso. Ojalá pudiera ver a mi mamá... Quizás por dentro hasta le pedía a Dios, sin saber si en ese momento existía un Dios.

Después del entierro, me agarró la mano y dijo:

—Vamos a comprar unos pescados y después nos vamos.

Yo sabía que a veces mi mamá iba a comprar pescado en ese mismo lugar, pero casi siempre llegaba los domingos; ese día era sábado. Imagínate entonces la alegría cuando, entre la multitud, un poco retirada, la vi. Sin pensarlo, me solté de la señora como pude y salí corriendo hacia donde estaba mi mamá. Si fallaba, me esperaba otro azote por haberle soltado la mano. Pero me solté, llegué y abracé a mi mamá, y ella se sorprendió, se alegró, y todo.

Antes de que la señora lograra alcanzarme, le dije:

—Mamá, me quiero ir con vos para la casa.

No sé si fue de inmediato o después, pero terminé contándole todo. Le conté que me habían azotado muy fuerte y le mostré los moretes. Mi mamá nunca me pegó, ni cuando le prendí fuego a la casa ni aquella vez que el señor cayó en la fosa séptica. Sí, me hacía hincarme, me ponía de rodillas con un tronco pesado sobre las piernas, pero no me golpeaba.

Creo que hasta terminó con ese novio por eso, porque le contó lo que yo le había dicho, que me golpeaban mucho, y desde ese día, gracias a Dios, nunca más volví a esa casa con esos señores.

No todos han vivido lo que yo viví. Pero eso fue lo que le recalqué a mi mamá ya de grande, sobre todo cuando nació mi hija y sentí lo que

es de verdad el amor por un hijo. No podía imaginar alejarme de ella, y mucho menos entregársela a personas que no conozco.

* * *

Una noche, Marlon, mi hermano mayor, llegó a visitar a mi mamá. Eran como las siete, y como ella todavía no había llegado del trabajo, me dejó salir. Hicimos una gran fogata con plástico, cartón, durapax... todo lo que pudiera prender rápido, e inventamos un juego sencillo que consistía en cruzar el fuego corriendo.

Pero el humo era tanto y la fogata tan grande que no se veía el otro lado. De mala suerte, los dos saltamos al mismo tiempo: uno desde un lado y el otro desde el otro. Chocamos en medio. Marlon salió ileso, pero yo caí con el pie dentro de la fogata. Creo que nunca te he mostrado la cicatriz. Todo el plástico y el durapax derretidos se me quedaron pegados en la piel, especialmente en el muslo.

Mi mamá llegó unos diez minutos después, y mi hermano trató de explicarle lo que había pasado. Primero me echaron agua. Luego empezaron a ponerme crema, pensando que eso iba a ayudar. Pero lo cierto es que el durapax nunca se despegó. Estaba completamente adherido a mi carne. Cuando intentaban levantarlo, venía despellejado. La carne ya estaba frita.

Llamaron a la policía y me llevaron a una unidad de salud, donde me atendieron. La cicatriz que me quedó es muy fea, pero no tenía por qué haber quedado así. Como era un niño, con el tiempo la piel se me habría estirado. Pero nunca recibí mayor tratamiento porque no había nadie que me llevara a las curaciones, ni siquiera cuando la herida se ensuciaba. Eso fue algo que hizo sentir mal a mi mamá.

Aun así, yo no quería ir. Las curaciones eran horribles. Siempre me raspaban la carne viva y me decían que no podía comer casi nada.

* * *

Ya estaba por cumplir ocho años y todavía no estaba estudiando porque no había quién me llevara. Mis abuelos maternos solo llevaban a mis dos primas. ¡Y eso que todos íbamos a la misma escuela! Fue mi abuela

paterna la que le dijo a mi mamá que lo mejor era llevarme a vivir con ella y que me mandaría a la escuela junto con los demás; mis tres hermanos mayores ya vivían con ella.

Mi mamá accedió. Era la mejor opción.

Cuando llegué a la casa de mi abuela paterna, todo fue diferente. Podía andar por el pasaje, podía jugar de todo. Lo único era que, al salir, también estaba expuesto a todo lo que me rodeaba.

Y lo que me rodeaba eran pandilleros.

2
Abuela

En su momento, la casa de mi abuela albergó a doce personas: cinco hermanos, cuatro primos, mi tía, mi abuela y un tío que era hermano de mi abuela. Todos en el mismo espacio. Los varones dormíamos juntos en cuatro camarotes: dos arriba y dos abajo. En otro cuarto estaban mi tía, mi abuela y las niñas. Así dormíamos siempre, compartiendo el calor de la familia, hasta que mi tía se fue a Estados Unidos y todos nos volvimos rebeldes.

Al lado de la casa estaba el cementerio. Era enorme —64 manzanas de terreno, y la comunidad no colindaba con nada más— y tenía placas de bronce de unos 30 centímetros de largo por 15 de alto, donde estaban escritas la fecha de nacimiento, la fecha de muerte y, a veces, los nombres de los hijos, nietos o familiares cercanos. Algunas tenían imágenes.

Esas lápidas se limpiaban con lija. Luego se les pasaba compuesto para sacarles brillo. El fondo se pintaba de negro y quedaban muy bonitas. Ese fue el primer trabajo que tuve cuando llegué a vivir a la casa de mi abuela. Me dieron uniforme, me dieron dinero, y trabajé ahí desde los ocho hasta los doce años. Pero yo no lo veía como trabajo. Lo hacía feliz.

Normalmente no limpiaba todos los días, porque la gente no acudía al cementerio todos los días, y entre semana tenía que ir a la escuela. Iba sobre todo los fines de semana, y especialmente en ocasiones como el 2 de noviembre, el Día de los Muertos, cuando el cementerio se llenaba y podía ganar bastante dinero.

En agosto iba todos los fines de semana a unas reuniones que teníamos con la supervisora, donde aprendía cómo se hacía el trabajo. Si además limpiaba una lápida, mejor todavía. De hecho, gracias a ese trabajo tuve la suerte de conocer a Berta, una señora que venía desde Estados Unidos a enflorar la tumba de un pariente.

Cada vez que ella regresaba a la colonia —no muy seguido, quizá unas cuatro veces al año— me traía una canasta de comida muy grande. Un día me pidió que le avisara si conocía a otras personas que necesitaran ayuda y que llevara también a mis hermanos. Al final éramos quince personas: yo, mis cuatro hermanos y como diez más que conocía de la comunidad.

Fue algo muy, muy bonito, porque normalmente no comíamos bien. Éramos muchas bocas. El desayuno era dos panes franceses y una tacita de café, y fuera de eso, comer frijoles era lo más básico. No es que sean comida de pobres, como decíamos cuando éramos niños, porque con el tiempo nos dimos cuenta de que no es así. Al contrario, los frijoles son ricos. El problema es que eran —y quizás todavía son— lo más barato, y era lo único que comíamos todos los días, todas las semanas, todos los años, a toda hora: almuerzo y cena, frijoles, frijoles, frijoles, frijoles. Tal vez tostados, tal vez fritos, tal vez licuados, pero siempre frijoles.

Por eso, cuando Berta venía, me alegraba mucho. En su canasta ponía Kellogg's, leche, gaseosa, churros, arroz, huevos, de todo. Eso nos duraba de tres a cuatro meses. Como éramos cinco, mi abuela trataba de administrarlo para que alcanzara. Cocinaba una o dos veces por semana, tal vez frijoles con huevo o frijoles con arroz, pero los frijoles nunca podían faltar.

Lo que hacía Berta... ¡qué bonito! Algún día me gustaría hacer lo mismo, de verdad: llevar esa alegría que yo sentía a algún niño, porque sé que los niños de ahí tienen las mismas necesidades en sus casas que las que yo tenía en la mía.

* * *

Desde que tengo memoria, mi abuela hacía —como hacía toda la comunidad— una pirotecnia llamada fulminante, que se vendía sobre todo en diciembre, durante las fiestas navideñas. Los niños los compraban, los tiraban y ¡pum!, explotaban en el pasaje. Algunos, por miedo —no por maldad—, los tiraban al barranco, el mismo barranco al que, años después, yo me tiré.

La pólvora llegaba húmeda en bolsitas pequeñas y llevaba fósforo, amoníaco y aluminio. Si se secaba antes de ser elaborada, explotaba. Si tenías suerte, perdías solo una mano. Ahora eso está prohibido.

Aun así, mi abuela necesitaba el dinero para darnos de comer y, como éramos cinco nietos —muchas manos para trabajar—, solicitaba cien cajas, con doce bolsitas cada una: $20 por todo.

Como no podíamos salir a jugar hasta terminar la tarea, mi hermano William —que ahora está preso— agarraba parte de su carga, la echaba en el excusado y le jalaba para que se fuera. Eso no estaba bien. Realmente podíamos haber arruinado el baño de tanto echarle.

Así es como recuerdo a mi abuela ahora: sentada, haciendo fulminantes y haciendo la comida; pero, sobre todo, haciendo fulminantes y viendo novelas, porque estaba pegada al televisor y podía ver novelas desde las seis de la tarde hasta las once de la noche.

* * *

Un día yo estaba elaborando fulminantes cuando empezaron a pasar policías por el pasaje. La puerta principal estaba cerrada, pero por el calor habíamos dejado abierta la lámina que la cubría, y desde mi sillón yo podía ver hacia fuera. Uno de los policías me preguntó:

—¿Puedo entrar?

Yo, con mis nueve años, todavía era un niño que respetaba las reglas de la casa. Le dije:

—Pregúntele a mi abuela.

El policía fue a preguntarle a mi abuela:

—Madre, ¿puedo ingresar a su casa? Es que se nos ha corrido una persona que acaba de robarle a un colega nuestro.

—Sí, claro, pase —le dijo mi abuela—. Pero tengo muchos nietos acá. Solo espero que no se vaya a llevar a uno de mis nietos.

—No, madre, nosotros sabemos quién es el ladrón.

—Está bien, pase.

El policía entró y empezó a sacar a todos, uno por uno. En ese momento había como doce personas en la casa, porque siempre éramos

muy acogedores y los amigos de mis hermanos venían a jugar. Los policías los hicieron fila: uno, dos, tres… Sacaron como ocho en total.

Entonces uno de los policías le preguntó a mi abuela:

—Madre, ¿todos ellos son sus nietos?

—Sí.

Pero ella no se había fijado bien. Reconoció las caras conocidas, pero no se dio cuenta del último de la fila.

—¿Segura de que todos son suyos?

—Sí.

El policía agarró al último:

—¿Y este? ¿También es su nieto?

—No. Él no.

Lógico. Era una anciana; no iba a mentir, y si mentía, también le podía ir mal. El policía repitió:

—¿No es su nieto?

—No.

Inmediatamente el policía le metió un gancho al tipo, lo tiró al suelo de una vez, lo hincó y empezó a presionarle la cabeza con la bota.

—¿Dónde está la cadena? ¿Dónde está el arma?

Yo me quedé todo el tiempo sentado en el sillón. Para mí era como estar viendo una película en primera fila. Mientras uno de los policías torturaba al ladrón, el otro realizaba una requisa de la casa. Levantó todo y —tal como se sospechaba— encontró la cadena: era una cadena gruesa de oro, con un dije de escorpión, que valía alrededor de $1.500.

—¿Y el arma? ¿Dónde está el arma?

Lo seguían golpeando.

—¡Yo no tengo arma! ¡Fue el otro!

En ese momento, uno de los policías se fijó en un saco viejo que estaba en una esquina del cuarto.

—Mirá ese saco —le dijo al otro.

—Ahí solo hay cosas de un tío bolo que tenemos —dijo Marlon rápido—, pero si quiere, ábralo.

El policía, al sentir el olor a pizza descompuesta y ese hedor horrible de saco, dijo:

—No, está bien, lo dejo.

Dentro de ese saco había dos armas que mi tío tenía por su trabajo como vigilante, y ninguna era legal.

Cuando por fin los policías terminaron de revisar la casa y se fueron llevándose al ladrón, mi abuela, todavía alterada por el susto, se volteó hacia mi tío y le dijo:

—Mirá dónde dejás esas armas, porque por acá no las quiero. Si la policía las encuentra, se llevan a todos mis bichos, y eso lo ibas a pagar caro.

Esa fue su advertencia. Mi abuela nos amaba.

* * *

Una vez tuve un dolor de cabeza horrible, y lloraba y lloraba y lloraba del dolor. Mi abuela llegó, me cambió el trapo mojado que me había puesto en la cabeza y lo reemplazó por uno limpio, aun cuando tenía que hacer el almuerzo, limpiar la casa, lavar la ropa, cuidar a mis primas —que eran menores que yo, como mi hija lo es ahora—, asegurarse de que no se golpearan, preparar todo para los que iban a la escuela y tantas cosas más. A pesar de todo eso, ella se sentaba un ratito conmigo, me abrazaba y me daba palmaditas. Esa preocupación no me la dio ni mi madre ni mi padre. Me la dio mi abuela.

De alguna manera, tuve varias madres. Mi abuela fue la principal; mi tía fue la segunda. Es bonito recordarla, porque su día de pago era, a veces, el único día en que comíamos mejor, algo distinto. No te imaginas lo genial que era cuando ella llegaba con dos o tres piezas de pollo para siete u ocho personas, feliz de ver que sus sobrinos tenían su pedacito de carne, aunque ella terminaba comiéndose solo el huesito. Para mí, esos son los recuerdos más bonitos, porque recuerdo que estábamos juntos, que no estábamos solos en nuestra infancia.

Un niño sin guía se pierde en el camino. Eso lo entiendo ahora como padre, porque mañana quiero que mi hija tenga buenos pasos donde caminar y no hundirse al día siguiente, como yo me hundí en su momento.

A veces lo pruebo con mi hija. Estoy jugando con una pelota y, de repente, se la tiro a mi esposa, así que mi hija la recoge y se la tira a ella

también. Si ve que abrazo a mi esposa y le doy un beso, ella viene, la abraza y le da un beso también. Así es como va a crecer.

Mi abuela nos abrazaba —ahí se notaba el amor— y no permitía que nadie hablara mal de sus nietos. Una vez, mi tío dijo que los bichos le habían robado la cajetilla de cigarros, y cuando mi abuela la encontró, lo puteó:

—¡Mi gran cerote!

Y le tiró los cigarros que quedaban en la cara.

Pero un día mi tío dijo que uno de los bichos le había robado cien dólares, y ella se quedó en shock, como nunca había escuchado que nosotros robáramos dinero, y el problema fue que era cierto.

Cada vez que mi tío iba al baño, dejaba el pantalón en la puerta. Pedro y yo sabíamos que William había agarrado $20 una vez, porque él mismo nos lo dijo, y además lo veíamos con dinero para alcohol y nos preguntábamos de dónde lo sacaba. Pero como mi tío siempre andaba entre $300 y $400 en efectivo en la cartera, nunca se dio cuenta, y nosotros fuimos cómplices, porque no le dijimos nada ni a él ni a nuestra abuela.

Esa vez ella se sintió mal. Fue como si se le cayera la ilusión, como darse cuenta de que sus nietos ya no eran niños. Habían crecido. El respeto y el miedo que puede imponer un padre, un hombre, no es lo mismo que lo que puede imponer una abuela de sesenta años. Por más que ella tratara de reprendernos, nunca iba a ser igual.

Ahora soy más sentimental. Me pongo a pensar que quizás nunca le mostré, de la mejor manera, el amor que le tenía. Quizás en algún momento le dije que la quería. La abracé, la besé… pero al final, tal vez nunca lo sintió del todo.

Cuando Marlon se fue de la casa, le mandaba $50 todos los meses, sin falta. Eso era algo que ella nunca pudo recibir de mí, pero si estuviera viva hoy, haría lo mismo. De niño yo le decía que, si ganaba dinero en el cementerio, se lo iba a dar todo, y así fue, hasta que crecí y empecé a guardar dinero para las drogas. Pero cuando todavía era niño y ganaba $50, se los daba completos; ella me devolvía uno, y con ese dólar yo era feliz.

* * *

Creo que el ser humano no es más que una mezcla de muchos sentimientos. Yo perdí la esencia de lo que somos a los nueve años, cuando vi mi primer asesinato.

Tal como te lo cuento, así fue. Mi tía se sentó en un asiento delantero del bus porque llevaba a mi primito en brazos, y lo acomodó a su lado. El bus avanzó unos treinta metros y se detuvo en una parada. Se bajaron dos personas y se subieron otras dos: una se sentó más atrás y la otra justo a mi lado. El que se sentó a mi derecha tenía enfrente a un señor que estaba leyendo el periódico.

Unos veinte metros más adelante había un semáforo. Justo cuando llegamos, se puso en rojo y el bus se detuvo. Qué bien trabaja el diablo. Las dos personas que se habían subido unos momentos antes se levantaron y le metieron cuatro tiros en la cabeza al señor que estaba leyendo el periódico.

Fue algo tan impactante, porque una cosa es escuchar un disparo al aire libre, pero otra muy distinta escucharlo dentro de un bus, en un espacio sumamente cerrado; y, sobre todo, siendo un niño curioso, ver cómo ese hombre empezaba a escupir pedazos de seso por la boca y su cabeza se llenaba de sangre.

Mi tía trató de cubrirme:

—¡Hijo, no mires, no mires! ¡Camina, camina!

Pero yo estaba paralizado. Los dos hombres se bajaron del bus en ese semáforo y corrieron nuevamente hacia la comunidad de donde habían salido.

Lo que más me afectó fue lo emocional. Para sentirme bien, para sentirme ajeno a esa realidad tan cruda, tuve que crearme una coraza. Fue como si hubiera perdido la sensibilidad, como si el corazón se me hubiera recubierto para soportarlo todo. Me volví frío como una piedra.

Cuando mi esposa me conoció, yo ya había visto tanto, vivido tanto, que nada me afectaba. Recuerdo que iba a su casa o ella venía a la mía a ver alguna serie. Si un capítulo era sentimental, ella se emocionaba y lloraba. Me decía:

—¿Cómo es posible que esto no te conmueva?

Yo le decía:
—Pero eso es una serie.

3
Paranormal

En El Salvador hay ciertas familias que son ricas y muchas —o al menos algunas— son conocidas por haber hecho un pacto con el diablo. Antes se decía mucho que el diablo venía, hacía un trato contigo y, a cambio, cuando morías, tu alma le pertenecía, porque él te había dado todo en vida. Para nosotros, con nuestra creencia en Dios, el objetivo era salvar el alma para alcanzar la eternidad en el cielo y no en el infierno, así que esa idea era aterradora.

Se decía que una de esas familias era la famosa familia Guirola, que se había hecho millonaria gracias a un pacto con el diablo. Se contaban historias de que en sus haciendas y fincas sacrificaban a muchas personas para entregarlas al diablo. Si eso era cierto o no, no lo sé.

Lo que sí te puedo contar es que, en los primeros días en que mi tío empezó a trabajar para ellos, llegaba a la casa hirviendo de fiebre y pasaba el día en cama. Nosotros éramos niños y no le prestábamos mucha atención. Pero en una ocasión, uno de mis hermanos le preguntó por qué siempre regresaba así, y fue entonces cuando empezó a contarnos las cosas que veía, cosas que nunca debió haber visto.

Decía que veía un caballo con un jinete cuyos ojos estaban en llamas; que tenía que refugiarse en una pequeña loma para dejarlo pasar; que todas las noches una voz le hablaba, llamándolo por su nombre:

—José, ya viene. José, ya viene. Escóndete, José.

Y eso, estando él completamente solo, en medio de cien manzanas de tierra.

Nos contaba que al principio la experiencia lo afectaba mucho, pero con el tiempo se fue acostumbrando: dejaron de darle las fiebres y aprendió a qué horas pasaban las burletas. Nosotros realmente creíamos en esas cosas, porque nos las contaba una persona mayor, y en El Salvador la palabra de un mayor tiene un peso extraordinario.

Mi abuela también contaba historias. Nosotros les decíamos "cosas de miedo", pero en realidad eran muy ciertas. Muchos años atrás, en mi comunidad se decía que se veía a una mujer vestida de blanco caminando, pero nunca se le veían los pies porque el vestido era largo. Era como si levitara. Aparecía en todos los pasajes y, en ocasiones, se escuchaba claramente el sonido de los tacones al pisar. Sin embargo, nadie se atrevía a mirarla directamente, porque una vez alguien lo hizo y terminó gravemente enfermo.

Pero no eran solo cuentos. Nosotros lo creíamos porque lo vivíamos.

Cuando yo tenía nueve años, veníamos de un velorio cerca del cementerio. Éramos como diez personas caminando, cada quien para su casa, cuando de repente alguien gritó:

—¡Ahí viene el caballo!

Todos empezamos a correr y todos terminamos en mi casa, porque la puerta siempre se dejaba abierta y nadie se atrevía a irse solo. No sé si fue la mente jugándonos una mala pasada —ahora de adultos decimos que la mente traiciona—, pero cuando entramos a la casa nos quedamos en silencio, abrumados por el terror de haber visto aquel caballo bajar del cementerio, sabiendo que era un ente maligno.

Desde ese silencio, todos escuchamos el sonido del caballo caminando por el pasaje y todos sentimos cómo se detenía justo afuera de la ventana…

* * *

Hubo una ocasión en la que el roce con lo paranormal fue demasiado real.

Yo tenía unos trece años, curioso como cualquier niño. Había un grupo de personas que salían de noche a cazar, porque de noche salían los animales; o al menos los que ellos cazaban. Iban desde el río hasta la parte más alta, caminando por el cauce durante dos o tres kilómetros, metiéndose entre el bosque.

Yo había escuchado muchas historias sobre eso: que atraían cosas, que asustaban a la gente, que una vez no sé quién se quedó atrás y se

perdió para siempre. Creo que todos los seres humanos, por naturaleza, le tenemos miedo a la oscuridad. Ahora imagínate andar en un lugar completamente desconocido, de noche… y encima, cazando.

En esa ocasión, dos de mis amigos dijeron que otro señor los iba a acompañar. Ya siendo tres, dije que yo también iba, para agarrar valor. Así que fuimos cuatro, de los cuales dos eran los que iban a disparar.

Para cazar, solo usaban un rifle calibre .22, porque la bala es pequeña. Pero, por otras razones, también llevaban un calibre .38. En esos tiempos había pandillas por todos lados y, aunque no esperábamos encontrarnos con nada en el bosque de noche, se sabía que algunos hacían ritos satánicos y cosas así. Por eso llevaban ambos calibres.

Salimos de la comunidad a las nueve de la noche y, para la medianoche, ya habíamos caminado bastante y no habíamos cazado nada. Con las linternas que llevaban los cazadores —uno adelante y otro atrás—, la luz se reflejaba en los ojos de los animales. Así era como se detectaban: cuando barrías con la linterna y veías pequeños puntitos brillantes, eso significaba que había un animal. Pero muchas veces, cuando creíamos haber visto ese brillo, resultaba que solo eran luciérnagas.

Entonces íbamos vacilando, riéndonos, y mi amigo, el más gracioso, se divertía diciendo:

—¡Hasta un saco llevamos, porque se supone que íbamos a cazar mucho! ¡Al menos ya hubiéramos llenado el saco de luciérnagas!

Llegamos a un lugar donde los cuatro nos quedamos debajo de un gran árbol. Los dos cazadores dijeron:

—Vamos a seguir, porque un tepezcuintle se fue por allá.

Subieron por una cuesta dentro del bosque, mientras nosotros nos quedamos atrás platicando, riéndonos, hablando de chicas, de la vida. De repente, escuchamos un disparo del calibre .22. Luego, enseguida, otro disparo —esta vez del .38.

Eso sí nos preocupó, porque ese otro nunca debía sonar. El .22 era para cazar, pero el .38 solo se disparaba en una emergencia.

De repente, vimos a los dos cazadores venir corriendo cuesta abajo.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

Ellos solo gritaban:

—¡Corran, corran, corran, corran!

Nos afligimos y salimos corriendo hasta que, en cierto punto, nos detuvimos. Uno de los cazadores sacó su rifle, agarró una bala, le hizo una cruz, la chupó y la volvió a poner —dizque una bala curada— en el cargador. Era como un mantra.

—No se vayan a separar —nos dijo— . La burleta ya comenzó.

Y nosotros pensamos: ¡Va! Ahora sí viene el platillo principal, lo que hemos estado esperando. La razón por la que hemos venido: lo paranormal.

Le pregunté:

—Pero ¿qué pasó en la colina para que detonaran los dos?

El del .22 nos contó que había oído un silbido muy fino —sssssss— que se le iba acercando. Cuando se volteó, vio una gran sombra, algo que nosotros no habíamos notado porque estábamos en lo mejor del chisme. Ahí fue cuando disparó. Al del .38 le pasó lo mismo.

Lo inquietante era que habían disparado en direcciones opuestas. El del .22 disparó hacia abajo, porque la sombra estaba detrás de él. Pero el del .38 la vio de frente, así que disparó hacia arriba. Se estaban cruzando las balas. ¡Pudieron haberse matado entre ellos! Por eso dijeron que la situación se había puesto muy peligrosa.

—Yo solo vi la gran sombra abajo —dijo uno.

—Y yo solo vi una gran sombra delante de mí —dijo el otro.

Nosotros todavía no les creíamos del todo, pero la duda ya se nos había metido.

Seguimos caminando y llegamos a un lugar muy, muy lejos. Yo casi nunca salía de la comunidad, pero sentía que habíamos caminado una eternidad. En ese momento llegamos a otra colina más grande. Se sentía el río cerca, pegado a nosotros. Estábamos parados en una gran colina y, a lo lejos, se veía otra. Ya habíamos descendido dos niveles. El río quedaba muy, muy abajo.

Seguimos avanzando. El primer cazador pasó la linterna y no vio nada. Pero el que iba atrás sí. Enfocó la luz y se reflejó el cristal de un montón de ojos. Ya no eran luciérnagas.

Le avisó al otro, que llegó con el .22 y el reflector. Los ojos se quedaron inmóviles. Solo podíamos suponer que eran coyotes, aunque por el tamaño no estábamos seguros. Se veían demasiado grandes. Estaban acurrucados, pero de inmediato se levantaron. Algunos vinieron de frente y otros trataron de rodearnos.

El del .22 apuntó bien al que venía por el centro, le pegó, lo bajó, y vimos cómo el animal caía. Lógicamente, pensamos que después del impacto los otros habían huido. Subimos de inmediato para rematarlo. Uno de los cazadores llevaba un gran cuchillo. Pero cuando llegamos… no había nada. No estaba el coyote. No había sangre. No había ni un rastro de que algo se hubiera movido ahí.

Ahí fue cuando a todos nos entró un escalofrío muy feo. Habíamos visto caer al animal. Habíamos visto el impacto de la bala. Pero cuando subimos… no había absolutamente nada. ¡Qué horrible sensación!

El cazador solo dijo:

—Vámonos. Está muy seria la cosa.

Ya eran las dos y media de la madrugada.

Empezamos a caminar de regreso, pero íbamos paralizados. Habíamos ido solo a "comprar la experiencia", y ahora la estábamos viviendo tan de lleno que caminábamos con miedo. Para los cazadores, eso era normal: les pasaba cada vez que salían.

Cuando ya íbamos bajando y caminábamos pegados al camino, sobre el zacate a la orilla del río, se oyó como si alguien hubiera tirado una gran piedra al agua. Estábamos a pocos metros del río, así que todos corrimos de inmediato a ver qué había pasado. ¿Quién había tirado la piedra? ¿Qué había sido?

Otra vez: nada.

Yo solo sentía que ya quería estar en mi casa, cobijado, seguro. De verdad, fue una experiencia. Al final regresamos, todos con miedo… pero sanos y salvos, gracias a Dios. Desde ese día dijimos que no volveríamos a ir nunca más.

* * *

Antes era simple: si existe un creador, existe un destructor. Si existe Dios, existe el diablo. Como existe el mal, existe el bien. Si crees en el bien, también tienes que creer en el mal. No se puede creer solo en uno. No puede existir solo un lado; si no, la balanza no aguantaría.

Pero en América la gente perdió ese temor de Dios y, por ende, todas esas leyendas urbanas se fueron perdiendo. Antes, el espíritu maligno era la máxima representación de la maldad que la gente conocía, y todas las cosas paranormales, todos los sustos, eran para demostrar que el mal existía. Hoy ya no es necesario. Si a alguien le echan un espanto, lo que va a hacer es llenarlo de balazos y lastimar al demonio aún más.

Antes, cuando alguien veía un espanto, las consecuencias eran graves —como le pasó a mi tío—: regresaba con fiebre altísima, temblando, sudando frío, con vómitos. Pero no lo mató. En cambio, hoy las pandillas torturan a una persona hasta el punto de jugar pelota con su cabeza. Eso ya es demasiado brutal. Eso es maldad pura.

Hoy el mundo ya no necesita pruebas de que la maldad existe.

4
Dominio de pandillas

La pandilla nació en Reparto Dos, que es el nombre de mi colonia. A ese lugar le decíamos el núcleo, porque tenía la autoridad de tomar decisiones por las seis colonias aledañas. Pero la unidad no duró, y de ahí surgieron tres divisiones. La mayoría conoce solo dos: los Sureños, que se apoderaron de Reparto Dos, y los Revolucionarios. Pero también hubo un grupo pequeño que no estuvo de acuerdo con dividir la pandilla y decía:

—El barrio es el barrio. ¿Cómo vas a decir que cargás el mismo número que yo, pero vos sos Sureño y yo soy Revolucionario? Yo soy del 18, soy 18 Real.

Al principio, todas las pandillas operaban de la misma manera. Iban al centro, a algún mercado, y desde ahí capturaban a miembros de la MS-13 —o al revés— y luego los llevaban a las colonias para matarlos. Recuerdo a una mujer parada a la orilla de la calle con su bebé. Alguien de la colonia se bajó del bus, le pegó dos balazos en la cabeza, se volvió a subir y se fue. La mujer era miembro de la MS, y fue triste que estuviera con su bebé, pero desde el principio era así: los pandilleros asesinaban a otros pandilleros.

Con el tiempo, eso fue evolucionando paulatinamente, hasta que la guerra ya no era realmente contra la MS, sino contra cualquiera que entrara a la comunidad. Si eras de la MS, con más razón te mataban. Si eras 18 Revolucionarios, también te mataban. Después, ya ni importaba si eras civil.

* * *

Marlon, que ahora vive en Canadá, trabajaba como bultero en el mercado con mi papá, y se levantaban a las dos de la madrugada para que los vendedores ya tuvieran lista la mercadería cuando la gente

comenzaba a transitar por el centro de San Salvador a las seis de la mañana.

Un día, mi papá ya se había ido y mi hermano Marlon iba tarde, como a las dos y media. En la entrada de la colonia Reparto Tres —donde vive mi hermano Pedro, al otro lado de la autopista—, Marlon se quedó platicando con un bolito mientras esperaba que alguien pasara y le diera jalón para el centro. De repente, un carro se acercó y los rafagueó a los dos. El bolito quedó atravesado por unos veinte impactos de bala. Mi hermano, como era futbolista y corría rápido, corrió calle abajo. Gracias a Dios, no lo siguieron.

Había un segundo bolito que venía subiendo desde la comunidad de Pedro y que también parecía querer platicar con mi hermano. A él lo agarraron y terminó con dos balazos que le atravesaron la camisa. Después mostraba la camisa con los dos hoyos. Como era muy delgado, la camisa le quedaba floja, y eso fue lo que le salvó la vida: las balas no le pegaron.

Te doy este ejemplo para que veas que ninguno de ellos tenía nada que ver con pandillas. Eran dos bolitos y mi hermano, que solo iba camino al trabajo. Después, los pandilleros alegaron que mi hermano había informado a la policía. Si eso era cierto o no, no lo sé. A veces la policía era tan descuidada que llegaba y le decía al pandillero:

—Nos llamaron de tal casa.

* * *

Había muchos roles dentro de la estructura de la pandilla. Un poste, por ejemplo, cumplía la función de vigilar. Digamos que la pandilla tenía a alguien observando desde la comunidad de enfrente de la nuestra, y a otro vigilando desde las casas a la orilla de la calle. Cuando un pandillero necesitaba saber si había una patrulla más adelante, o si ya había llegado algún camión de una empresa para recoger la renta, se comunicaba con alguno de esos postes.

Ese papel casi siempre lo hacían los drogadictos, a cambio de un "salario" pagado en droga, porque no tenían otra forma de sostener su vicio. En la colonia de mi esposa, por ejemplo, había un punto de venta

de droga, y en la entrada siempre había un drogadicto encargado de poner piedras para que la policía no entrara de golpe, y de quitarlas para los locales y para los que llegaban a comprar. Otra ventaja para la pandilla era que, cuando la policía llegaba y veía al drogo —por cómo se veía y cómo actuaba—, pensaba: este no mata, este no roba, este no extorsiona.

Otro rol era el colaborador: básicamente un prepandillero, un pandillero en la práctica. Comía con ellos, vivía con ellos, extorsionaba con ellos. Si salían a matar, él también mataba; si salían a robar, él también robaba; si se drogaban y tomaban, él también se drogaba y tomaba. Lo único es que todavía no estaba oficialmente brincado a la pandilla, porque para entrar tenía que aguantar una golpiza. Si era la 18, duraba 18 segundos; si era la MS-13, 13 segundos.

Esa golpiza se la daban cuatro miembros de la pandilla, y ese día —su bautizo— era algo que tenía que recordar: los golpes, la fecha, todo.

Además, si en algún momento un colaborador intentaba hablarle fuerte a un pandillero —gritarle, decirle qué hacer o ponerse por encima de él; o sea, comportarse como pandillero formal—, se le recordaba que no tenía esos derechos. En obligaciones eran iguales, pero en derechos no.

* * *

Una vez, cuando estudiaba en el Instituto Nacional, a la salida alcanzamos a ver a muchos, muchos estudiantes del Instituto Técnico esperándonos afuera. Llevaban bates y, me imagino, hasta corvos. Ese día tuvieron que llamar a la policía para tratar de intervenir, porque si no, iba a haber una masacre.

La rivalidad entre el Instituto Nacional y el Instituto Técnico era sumamente salvaje, y lo cierto es que se parecía a dos pandillas más. Al inicio, ser parte de esta rivalidad significaba llevar un cinturón con hebilla de metal. Se amarraban el cinto en la mano, dejando la hebilla colgando, y con eso empezaban a agredir y golpear a quien agarraban.

Lo tomaban como juego:

—Ah, vamos a ir a golpear a un estudiante del Técnico porque se creen mejores.

Pero con el tiempo la violencia fue escalando. Ya no era solo la hebilla: empezaron a usar corvos punzantes. Luego comenzamos a escuchar noticias como: En el bus de tal ruta se subieron unos chicos y apuñalaron a un estudiante del Técnico; o unos tipos atacaron a un estudiante del Nacional; o mataron a un estudiante del Técnico.

Fue entonces cuando las pandillas se dieron cuenta de que había muchos jóvenes a los que les gustaba la violencia, y se aprovecharon de eso. Los del Nacional se volvieron 18, y los del Técnico se volvieron MS. Desde ese momento, el problema ya no era solo institucional: era problema de pandillas.

* * *

La única conciencia política que yo tenía me la despertó mi abuela. Ella nos contaba historias sobre su esposo, mi abuelo, que murió defendiendo la causa de liberar a los pobres. En aquel tiempo, los pobres éramos extremadamente pobres y los ricos, extremadamente ricos. Había salud y medicinas para los ricos, pero no para los pobres. Fue en ese contexto que nació el FMLN, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

Al crecer escuchando constantemente hablar del FMLN, y sabiendo que mi padre también había sido guerrillero por la misma causa, la única conciencia política que yo tenía era que debía apoyar al FMLN. Más aún porque ARENA, la Alianza Republicana Nacionalista, siempre se presentaba como un partido político de derecha que defendía los intereses de los ricos.

Te doy un ejemplo sencillo de un amigo que tenía dinero y era fanático de ARENA. Normalmente, el negocio de su madre podía comprar hasta 30 cilindros de gas al precio subsidiado de $5 cada uno. El subsidio cubría la diferencia, porque el precio real era de $15. Pero el FMLN, al darse cuenta de que una persona con dinero y con un negocio podía pagar el precio completo, implementó una nueva ley que solo otorgaba un subsidio por vivienda. Eso significaba que el negocio

de su madre solo podía recibir el subsidio para un cilindro, y tenía que comprar los otros veintinueve a precio completo.

Cuando eso pasó, mi amigo echaba espuma por la boca y decía:

—¡Le están robando al pueblo!

¿Pero cómo le estaban robando al pueblo? Al contrario: el subsidio seguía existiendo, solo que ahora estaba mejor distribuido.

En ese momento, para mí y a para mi esposa, el FMLN nos gustaba no porque nos beneficiara más, sino porque no beneficiaba a los ricos. Tal vez había un poco de malicia en ese pensamiento, pero al final veíamos un partido del lado de los pobres y otro del lado de los ricos; y como yo no era rico, no tenía ninguna razón para votar por el partido de los ricos.

En cuanto a las pandillas, no había ninguna distinción real. Recuerdo haber visto a un pandillero en un documental diciendo:

—Nosotros, los de la 18, somos más de izquierda, y la Mara Salvatrucha es más de derecha.

¡Como si tuvieran alguna ideología!

Cuando un pandillero se metía en política, ya sabías que había dinero de por medio. Eran asesinos a sueldo: el político llegaba y le pagaba al que creía que podía hacer el trabajo. Y cuando las pandillas se dieron cuenta de que podían beneficiarse de los políticos, se sentaron a negociar con ellos.

Si miras algunos reportes de El Salvador de 2012, 2013, 2014, incluso tenían el poder de salir a dar conferencias de prensa y decir:

—Hemos llegado a un acuerdo con el gobierno: van a aflojar cómo nos tratan adentro, y nosotros vamos a decirles a los perros afuera que maten menos o que extorsionen un poco menos.

Ese era el nivel de poder al que habían llegado.

Después salieron los políticos diciendo:

—Vamos a implementar mano dura.

Para los pandilleros, la mano dura era un chiste, porque no había diferencia entre estar afuera y estar adentro. En la cárcel tenían prostitutas, televisores, alcohol, drogas… lo tenían todo. Algunos hasta decían:

—Voy a ir a ver a mi perro.

* * *

Cuando una pandilla se apodera de una comunidad, la comunidad literalmente muere, porque ya no tienes derecho a nada. No puedes ir a otra comunidad, no puedes llevar nada a ningún lado, no puedes hacer fiesta.

Pero antes de la llegada de los pandilleros, mi comunidad era realmente bella, en todo sentido: tenía luz, agua, una ubicación céntrica, cerca del aeropuerto… hasta tenía un sistema de recolección de basura en el que el camión llegaba a recogerla hasta la puerta de tu casa.

Al principio, los pandilleros no se metían con los recolectores y los trabajadores de la basura seguían entrando. Pero un día, a las seis de la mañana, un pandillero asesinó a uno de los trabajadores cuando entraba a la comunidad, y desde ese día los recolectores de basura nunca volvieron.

Toda la gente se indignó, pero ¿qué podíamos hacer? No podíamos decir:

—Eh, ¿por qué lo asesinaste? Ahora vos llevá la basura.

Así que tuvimos que cargarla nosotros mismos y dejarla a la orilla de la calle.

Decían que dizque estaba involucrado en algo —había rumores—, pero con el tiempo se supo la verdad:

—No, era inocente. Nos confundimos.

La pandilla nunca necesitó una excusa para matar.

* * *

Yo nunca leí el código pandilleril, pero lo conocía porque Sully era pandillero, y cuando ingresó le explicaron todo lo que podía y no podía hacer.

En una ocasión le dije:

—¡Jódete, tu madre, mierda!

Mi amigo me respondió:

—No me volváis a decir eso, porque si un pandillero te oye, se te van a ir encima cuatro y te van a pegar durante treinta y seis segundos.

Otro código que tenían era que un civil no podía tocar a nadie de la pandilla, ni siquiera a alguien que apenas estuviera entrando. Cuando Sully llevaba el control de la comunidad, un amigo le pidió permiso para "romperle los cinco" a un pandillero, y Sully le respondió:

—No puedo dejar que hagás eso, porque las reglas de la pandilla dicen que ningún civil puede tocar a un pandillero. Si lo tocás, lo menos que vamos a hacer es pegarte una gran talegueada a vos también. Así que déjamelo a mí.

Esa era la atracción de ser pandillero: el hecho de que podías decirle a tu vecino que apagara su equipo de sonido si no querías escuchar música, o poner música a todo volumen cuando quisieras, y el vecino no podía decir nada. Es una tontería, pero a mucha gente le llamaba la atención ese estilo de vida: andar armado, correr de la policía, sentirse de verdad gangster.

5
Sully

Desde pequeño, Sully era demasiado rebelde. Ninguna escuela lo quería aceptar. A los seis años ya les pegaba patadas a los profesores. No sabía leer ni escribir, pero no le importaba:

—Con tal de que no me bajen con el dinero.

Ingresó a la pandilla a los doce años. Cayó preso a los catorce. Estuvo en prisión un año o dos, a lo más, pero como era menor de edad, eso bastó para que lo soltaran.

Cuando salió, su familia ya se había ido de la colonia. Entonces mi abuela, como hacía con todo el mundo cuando yo era pequeño, le abrió las puertas de la casa. Hasta dormía arriba conmigo, en el camarote que te mencioné. Comíamos juntos, dormíamos juntos, vivíamos juntos. Me llevaba cuatro años y, de alguna manera, me quería como a un hermano menor.

Cuando su madre volvió a la comunidad, compró una casa grande. Pero no se quedó mucho tiempo y, cuando volvió a irse, le dejó la casa al hijo. Súmale a eso las casas que los familiares le dejaban al cuidado cuando los metían presos, y Sully terminó teniendo tres casas. Ahí pasábamos todas las noches drogándonos con una sustancia llamada *thinner*, que se usa para diluir pintura de aceite. Quizás como a las siete de la mañana íbamos tratando de dormir.

Cuando mi abuela se fue a que la cuidaran sus hermanas, mi mamá regresó a la colonia con mi hermano William, el que se hizo pandillero. Entonces, como a las diez de la mañana, yo regresaba a la casa para bañarme antes de salir otra vez. Muchas veces ni siquiera desayunaba. Lo único que comía era un paquete pequeño de golosinas de quince peniques y un Frutsi. Churro y Frutsi: con eso tenía para todo el día. Te imaginas: mal alimentado, desnutrido. Típico drogadicto.

En cuanto a la escuela… a veces iba, a veces no. Esa era la realidad. Y cuando sí iba, igual me drogaba en la escuela. Los profesores me preguntaban:

—¿Por qué tus ojos son rojos? ¿No dormiste bien?

Era por la marihuana.

—Ah, no… no dormí bien.

—¿Trabajas de noche?

—Sí, sí, trabajo.

Decía eso para que no sospecharan que andaba drogado.

—Ah, ¿y en qué trabajas?

—Hago soldadura.

—Uy, eso es horrible. Pobre muchacho. Espero que te sientas mejor.

—Va, gracias.

Además de la droga, tomaba alcohol cinco días a la semana, con dos días de descanso. Hoy tomo cinco sidras fuertes de un litro una vez al mes. Pero en aquel entonces tenía que tomarme como veinte de ese mismo tamaño. Tenía que estar totalmente ebrio.

Recuerdo una vez que llegué a la casa muriéndome, con un dolor de estómago tan brutal que no se aguantaba. Había un tipo de alcohol que hacían echándole un chorrito de alcohol al 90% con agua: lo revolvían, lo embotellaban y así lo vendían. Así que te imaginas lo destruido que tenía el cuerpo a los catorce años, para sentir un dolor como si los jugos gástricos me estuvieran carcomiendo las tripas.

Yo estaba en el ajetreo, como decimos nosotros. En el éxtasis de esa vida desenfrenada: las drogas, la calle, terminar con alguien por error… y en El Salvador es tan fácil descarrilarse. Te llaman a tomar, a la fiesta, a drogarte… cosas que en otros países quizás solo significan juventud. Pero en El Salvador, casi siempre eran los pandilleros los que andaban en eso, y ya drogados mataban y extorsionaban.

* * *

Un día, un amigo de mi abuela, que me quería mucho, me recogió en su carro y, llorando, me preguntó:

—Eh, ¿te hiciste pandillero, hijo de la gran puta?

—No —le dije—. Solo paso con este amigo, y él es pandillero. ¿Pero quién dice que soy pandillero?

—No… es que alguien me dijo…

—Yo no soy pandillero.

—¿Me lo prometes? Te quiero demasiado como para verte así. Para verte convertido en otro perro callejero más.

—Pero no lo soy. Si lo fuera, te lo diría ya. Pero la verdad es que no lo soy. Simplemente paso con él porque él bebe, fuma, se droga... y yo hago todo eso. Solo eso. Pero pandillero, no.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, no soy pandillero.

—Ah, ok.

Y me dio un abrazo.

* * *

Una vez, cuando era niño, estaba cortando loroco con un amigo que tenía muchas plantas, y eran tan enormes que llegaban hasta el techo de su casa, así que nos subimos al techo para recortarlas. Cuando llegamos hasta arriba, encontramos un arma. Yo ya había visto armas antes, pero nunca había tenido una en la mano. Era lógico que pertenecía a los pandilleros, así que la devolvimos.

Después mi amigo me dijo:

—Qué tontos fuimos. Hubiéramos podido vender el arma y ahorrarnos algo de dinero.

Pero no. Era mejor devolverla, porque nos podíamos meter en problemas. Ahí murió todo. Cuando empecé a andar con Sully, en cambio, yo siempre andaba armado. Todos los que estaban con él andaban armados, y él nos decía:

—Si la policía intenta capturarnos, las armas son para ellos.

* * *

En los días en que todavía vivía en la colonia, la madre de Sully tenía un buen negocio. Viajaba a Guatemala a dejar producto y regresaba con el dinero. Un día encontró mensajes en el teléfono de su marido —el padrastro de Sully— donde decían que, en el siguiente viaje, de regreso

de Guatemala, la iban a matar y le iban a robar el dinero, todo porque el sobrino del marido era MS.

Sully se volvió hacia mí:

—Es la vida de mi madre o la vida de él. ¿Me vas a apoyar?

Aunque en ese tiempo yo no tenía mayor comunicación con mi propia madre, me puse en su lugar y lo entendí: si hubiera sido la vida de mi madre, yo habría hecho lo mismo.

—Te apoyo.

El plan era ponernos a beber y, cuando se nos acabara el trago, decirle a su padrastro —como tenía carro— que nos llevara a comprar más. En el carro lo íbamos a matar. Ya teníamos un transporte esperándonos al otro lado de la calle. La culpa iba a caer sobre la comunidad de enfrente, que era de otra pandilla. Era un plan verdaderamente maquiavélico.

Pero justo cuando ya teníamos las armas listas, apareció este tipo, el Morro. Él siempre andaba buscando con quién tomar y, como era de la edad de Sully y tenía más historia con él, lo invitamos. Seguimos bebiendo y, al final, Sully me dijo:

—Mirá, dale el arma a él. Él va a ir conmigo.

Me quedé helado.

—¿Por qué?

—Porque yo conozco tu lealtad, pero quiero probar la de él. Solo aparece cuando estamos tomando o drogándonos.

Me molesté.

—¿Cómo me vas a quitar el papel si yo ya tengo el arma?

Pero es lo que digo: Dios ha sido tan hermoso conmigo. En ese momento no lo entendí, pero ahora, cuando lo analizo, fue Él quien no quiso que yo cargara con ese peso. Matar a alguien no es algo sencillo. Hoy puedo decir: si lo hubiera hecho, quizás hasta hoy mi conciencia me estaría pesando. Tendría que decir: sí, asesiné a una persona.

Ese día todo salió exactamente como estaba planeado. Ellos fueron y mataron al tipo, y para evitar chismes, acusaciones o juicios, la madre de Sully se fue de la comunidad, dejándolo a él atrás. Sully pensó que su mamá se había ido a esconder, pero la realidad era otra: ¿cómo le explicas a tu hija que su hermano mató a su papá? De alguna manera,

fue decepcionante. Pudimos haber buscado otra salida. No sé… quizás ir a la policía y mostrarles los mensajes. Había otras opciones.

* * *

Una noche estábamos fumando marihuana por la cancha cuando un gato bajó por mi pasaje. Mala suerte: se topó con la perra de mi tío. La perra vio al gato, lo siguió y lo acorraló. El gato le metió un par de zarpazos. Yo grité:

—¡Dale, dale!

La perra extendió la mandíbula… y no sé qué pasó. De repente vimos al gato todo abierto. La perra le había abierto el estómago y estaba agonizando. Ya no nos pareció gracioso. Nos fuimos.

Unas dos horas después, Sully entró a su casa a sacar un puro, y yo me quedé esperándolo en el pasaje cuando vi a una pandillera subiendo por una cuestecita.

—¡Eh, vos, hijo de la gran puta! ¡Vos echaste la perra a mi gato!

Era Irene, la más traicionera. Decían que, si uno se descuidaba, te clavaba un puñal.

Después apareció el marido. Ahí ya tenía a dos pandilleros encima, y mi amigo nunca salió. Yo miraba a la chela; miraba al chele… trataba de vigilar las manos de ella, pero cuando volteé la vista… sentí que me estalló el ojo. El marido me había pegado, y lo único que hice fue correr. Él salió detrás de mí, pero era gordo y andaba bolo; yo tenía súper velocidad: no me iba a alcanzar.

Seguí corriendo hasta la siguiente colonia, donde tenía un amigo, también marihuanero. Llegué a su casa, hasta las rejas de hierro que tenía puestas para que nadie se metiera.

—Eh, abrime la puerta, ayudame.

Abrió la puerta, y me senté pegado a la pared para que nadie desde afuera viera que yo estaba ahí.

—¿Qué te pasó?

—¿Tengo sangre en el ojo? ¿Tengo bien el ojo?

—Sí, sí, está bien. ¿Por qué?

—Es que no veo. Pero de verdad, ¿tengo bien el ojo?

—Sí, sí, está bien. Pero ¿qué te pasó?

—El Gordo me viene siguiendo por un problema… pero aquí no va a pasar nada.

—¿No me vas a meter en problemas, va?

Todo el mundo le tenía miedo a los pandilleros.

—No, no, tranquilo. No te vas a meter en problemas.

Pasó el tiempo… veinte, treinta minutos. Empecé a ver. Empecé a ver. Empecé a ver. Qué alivio, porque de verdad sentí que el ojo se me había reventado.

Después, Sully me llamó:

—¿Dónde estás?

—Aquí estoy, donde este amigo —le dije el nombre.

—Vení. Estoy aquí por el poste.

—Ya voy.

—¿Qué te pasó?

—Me golpearon porque Irene dijo que yo eché la perra a su gato.

—¿Por qué te dejaste golpear?

—Es que tiene maña.

Naturalmente yo sabía defenderme. Había estado solo toda mi vida. Tuve que aprender a pelear. Pero meterte con pandilleros es algo que nunca se termina.

—Matémoslo esta noche.

—No, no es para tanto. Bájele dos rayitas.

—No, de verdad. Tengo dos corvos bien afilados. Vamos a meternos a su casa —si ahorita están bien a verga— y matémoslo.

—No. Es que no soy pandillero ni tengo nada en contra de ellos. Al final, todo fue un malentendido, porque simplemente yo no sabía que el gato era de ellos. Tranquilo.

No estaba mintiendo. Era la verdad: no sabía de quién era el gato.

—Vos sos un gran culero. No tenés valores.

—Sí tengo valores, pero no, tranquilo.

Al final el problema se arregló cuando agarraron a la perra y la hicieron pedazos: le sacaron los ojos y todo eso… las cosas que ellos hacen. Lógicamente, con los humanos también.

* * *

Un día, Sully recibió una llamada desde el penal: tenía que reclutar a más gente para la pandilla. Antes, para ser pandillero, había que matar a alguien. Pero para entonces bastaba con decir que uno quería serlo. Muchos bolos decían que querían ser pandilleros y, cuando se les pasaba la goma, se arrepentían. A veces ni siquiera decían las palabras, pero a la mañana siguiente Sully les preguntaba si se acordaban, y les recordaba que la palabra no se podía botar.

También le dieron la orden de brincarme a mí, pero él dijo:

—No. A él no.

Era muy astuto. A los chicos que brincaba les daba de comer, los vestía, les daba dinero; todo para que fueran leales a él. Así pasó de solo fumar conmigo a tener casas, su negocio de droga, su propia red y diez personas bajo su control.

Normalmente, un pandillero de una clica podía moverse libremente por todas las comunidades de la misma pandilla. Si había mucho movimiento policial en una colonia, se refugiaban en otra. Así había algunos que casi nunca caían.

Pero Sully cambió todo eso. Conforme fue tomando poder, se fue retirando de la pandilla y, cuando Irene cayó presa y su marido se fue de la comunidad, aprovechó el momento e hizo una declaración:

—Aquí ya no va a entrar ninguna pandilla. Solo los locales.

Según el código pandilleril, él ya llevaba tantas infracciones que tenían que matarlo sí o sí. No iban a permitir que les quitara la colonia, que les quitara las extorsiones, que borrara el número y que dijera que ya no era pandillero, que no tenía nada que ver con ellos. Él lo sabía. Por eso, cuando decidió tomar el control de la comunidad, tenía claro que el único camino que le quedaba era la muerte.

—Me voy a morir con el arma en la mano. No puedo entrar a un penal. No puedo dejar que la policía me capture. Dentro de los penales no hay escapatoria.

Me mostró los tres puntos locos tatuados en la mano.

—La única salida para mí es el panteón.

No mucho tiempo después, doce pandilleros llegaron a su casa con armas en la mano. Él salió, pero antes ya les había dicho a los suyos que se fueran saliendo uno por uno por el laberinto de pasajes para acorralarlos, todos armados con escopetas. Entonces, para bien o para mal, dentro de la comunidad Sully tenía poder y control total. Hacer que doce pandilleros salieran huyendo con la cola entre las patas fue épico.

* * *

Primero Dios. Segundo, la fuerza de voluntad.

Se lo dije de frente:

—Ya no quiero andar en la calle. Me voy a hacer a un lado de los vicios. Ya no estás solo: tenés diez con vos. Ya no me necesitás.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Se rió.

—Dale pues, mi perro. Siempre vas a ser mi perro, y aquí voy a estar para cualquier perro. Cuando necesités un paro, vas a ver que conmigo siempre contás. No, no, dale, cabrón. Igual querés el tiro de ser mejor. Dale. No te preocupés. Sos libre. Los pandilleros podían obligarte a quedarte. Yo no soy pandillero.

Lo primero que hice fue comprarme miles de series de anime —cada serie con cuarenta discos—. Luego me fui a mi cuarto, con mi televisor, las series, una gaseosa, y disfruté como nunca. Me sentía bien. Sin drogas. Nada.

De hecho, mi mamá decía que se sentía tan culona cuando la gente le preguntaba:

—¿Y Héctor?

—En la casa.

—¿De verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Tengo tanto tiempo de no verlo en la calle.

—No, no. Él ya cambió.

—¡Qué bonito! ¡Qué bueno que él ha cambiado!

Se expresaban tan bien de mí. Todo estaba bonito. Pero con el tiempo, Sully mostró su verdadera cara. En burla me decía:

—Estás siendo fuerte. Qué bien… qué bien.

Un día, molesto, le pregunté:

—¿Por qué siempre lo decís siempre sarcásticamente? ¿Creés que no lo voy a lograr? Yo ya me salí. Tengo un mes limpio.

—He de verte acá en la calle nuevamente conmigo.

Le molestaba que yo me hubiera separado de él. Ya no me respetaba y estaba perdiendo lo que en su momento compartíamos. Porque crecimos juntos: comíamos juntos, dormíamos juntos, nos depilábamos juntos, bebíamos juntos… todo. Éramos hermanos. Pero ya no, y quizás sintió esa pérdida.

Así que se descarriló con mi hermano William. No pasaban mayor tiempo juntos: era beber, nada más. El problema fue que mi hermano lo empezara a traer a la casa a beber, a poner música, a traer mujeres… y no solo mujeres: también invitaban a jóvenes, menores de edad, de los colegios; niñas a las que les gustaba ese estilo de vida. Llegaban, bebían, tenían relaciones sexuales, todo en un rato.

Molesto, le dije a mi hermano:

—Anduve tanto tiempo con Sully en la calle, y nunca traje a nadie a la casa para hacer problemas, poner música, traer mujeres o usar la cama de mi mamá o la mía para tener sexo con otras mujeres. Eso ya es estúpido. Le estás dando color a la casa. En cualquier momento un policía puede ver lo que está pasando, o algún espía. Desde arriba se ve perfectamente lo que pasa en la colonia: analizan y ven que aquí pasa esto. Luego vienen… ¡y hay menores de edad! El problema no es solo tuyo ni de Sully. El problema es que la casa queda marcada como casa destroyer.

Fueron dos o tres veces que reclamé fuertemente a mi hermano por cómo se estaba descarrilando.

—Está bien, querés beber, bebé. Pero afuera. ¿Querés beber con el? Afuera. ¿Querés beber aquí? Bebé solo.

Eso sí, algo siempre lo tuve claro: cuando yo bebía, nunca lo hacía en la casa. Yo respetaba mi casa.

Pero mi hermano, cobarde como fue, le contó todo a Sully. Le dijo que yo me quejaba de que usaran la casa como destroyer.

Un día, Sully vino a encararme:

—Eh, tu hermano me dijo que siempre estás reclamando porque él bebe conmigo. ¿Cuál es el pedo conmigo?

—¿Pero qué pedo de qué? Yo no tengo ningún pedo. Solo te voy a decir algo: ¿cuántos años pasé yo con vos vacilando? Y nunca te traje a mi casa a hacer lo que ahora hacés con mi hermano. Porque vos y yo sabíamos que a las casas no se les daba color. ¿Cómo es que este pendejo apenas se metió con vos y ya está bebiendo aquí, algo que yo nunca hice en todos esos años que estuve con vos?

Lo tomó mal y dijo:

—No, pero sí tenés un pedo conmigo.

—No tengo ningún pedo con vos, como te dije. Por eso me aparté: para evitar todo esto.

—¿Sabés qué? Vos por tu mujer te creés mucho. No la voy a dejar entrar a la colonia.

—¿Cómo decís?

—Sí. Si yo quiero, ella no entra hasta mañana.

—Hoy va a venir. Quiero verte intentar detenerla. Espérame en la entrada. Ya voy a ir por ella.

En efecto, ese día mi novia llegó. Nunca me ha gustado que me intenten intimidar, porque eso es como que quieren decir que tienen más valor que yo. Y es mentira. Teníamos un refrán: "Dos huevos tienes tú, dos huevos tengo yo. Ni tienes más ni tengo menos. Así que no creas que me vas a ganar en valor."

La verdad, en su momento pensé: si él lo hace, esto va a ser un problema. Porque, lógicamente, yo no iba a dejar que le dijera nada a mi novia. Pero al final él tampoco tuvo el valor de subir y decirme que no la iba a dejar entrar. Mi novia llegó, y él me dijo entre dientes:

—Vas a volver a caer arrastrado como perro por la droga.

Yo solo recuerdo que le dije:

—Te vas a morir y tus ojos no me van a volver a ver en la calle.

Y, de hecho, así fue. Lo asesinaron, y yo nunca volví a la calle.

* * *

Fue el Morro, el mismo que había ido con él a matar al padrastro. Siempre era así: cuando la pandilla no podía matar a alguien directamente, buscaba la manera de que alguien cercano lo hiciera por ellos. Incluso alguien que no tenía nada que ver terminaba metido, porque este Morro le debía dinero. Después de eso, nunca más volví a hablar con él.

Hay muchas hipótesis respecto a mi amigo. Si le preguntas a la gente, muchos dirán que lo mataron porque era malo. Pero los que realmente saben te dirán la verdad: lo mataron porque se volteó contra la pandilla. Son puntos de vista diferentes. Si mató, torturó, extorsionó… no lo sé ni quiero saberlo. Desde pequeños nos conocimos. Desde pequeños nos llevábamos bien.

De hecho, nos llevábamos tan bien que realmente nunca peleamos, aunque hubo ocasiones en las que sí pudo haber motivos. Recuerdo una vez que jugábamos en la cancha, a dos goles. Él estaba sentado en las gradas esperando, y desde ahí le oí gritar:

—¡Ah, eso es mierda!

Algo lo había molestado.

—Ya vas a entrar vos. Y ahí me marcás —le dije, también airado.

Cuando uno ya anda jugando, el partido se calienta. Él entró al equipo, y la cosa se puso intensa. En una jugada, mientras corríamos, me pegó el codo en una costilla. Yo seguí corriendo, lo sobrepasé y, en la misma jugada, le tiré el codo para atrás y le reventé la ceja. La verdad es que en el fútbol salvadoreño todo el mundo juega sucio. Yo había aprendido malas mañas, y lo malo era saber pegar.

Tuvieron que meterle siete puntadas de sutura. Era un montón de sangre. Si él hubiera sido tan malo como la gente decía en ese momento, tal vez me hubiera acuchillado o matado. O por lo menos nos habríamos ido a los golpes. Pero como éramos amigos, se quedó con el golpe. Lo cosió alguien de la comunidad, y ahí murió todo. Quedamos como enemigos. Después nos reconciliamos.

A mí sí me dolió cuando lo mataron. Aunque para entonces yo ya no andaba con él, era imposible no sentir su pérdida, e imposible verlo

solo como el malo que otros pintaban. Sully comenzó como pandillero, pero no murió como pandillero. Y yo no era colaborador de pandilla. Era colaborador de alguien muy malo, pero no de la pandilla.

Hoy mucha gente está presa por eso, acusada de colaboradora solo por pasar tiempo con un pandillero. Pero ese pandillero, antes de serlo, había crecido ahí, había vivido ahí, y la gente lo conocía; por eso le hablaban. Es bien difícil, porque sé que es una realidad en El Salvador. Sí, Sully era pandillero, pero ¿cómo no iba a hablar con él? ¿Cómo no me iba a llevar con él, si crecimos juntos?

* * *

Si bajas a la cancha hoy, verás un muro y unas gradas. Junto a ellas hay unas gradas más pequeñas, que parecen quedar en el aire. Al principio, solo existían esas gradas. Después de la muerte de Sully, la colonia se sentía vacía para nosotros, así que nos sentábamos ahí, compartiendo un puro entre tres amigos, hasta que un día, sentados en ese lugar, vimos aparecer a tres personas al final del pasaje. Tres personas que no habíamos visto nunca: un joven de más o menos mi edad y dos niños, tal vez de unos doce años.

De inmediato sentimos mala vibra. El mayor andaba con un tipo de cuchillo que en El Salvador le dicen mariposa. Es una navaja con dos mangos que giran alrededor de la hoja y se cierran de golpe. Explico esto porque el tipo venía con la mariposa en la mano, volteándola en el aire.

El escalofrío fue inmediato. El cuerpo sabe; uno sabe cuando algo es mala señal. Se pararon. Los dos niños se agarraron el arma, y dijo el mayor:

—¿Ustedes son pandilleros?

—No.

—¿Y qué pedo hacen aquí?

Tal vez me creas, tal vez no, pero mis dos amigos no dijeron nada. Se quedaron congelados. Y ese silencio era malo. Muy malo. Yo hablo bastante. Mi esposa una vez me dijo que eso era algo bueno en mí: que

no tengo miedo de hablar. Pero también es malo, porque si hablo demasiado, me pueden matar.

Agarré un poco de valor y le dije:

—Aquí no rifamos nada, y ni siquiera sé qué se rifa. Solo salimos…

No le iba a mentir diciendo que solo habíamos salido a platicar, porque mis ojos rojos decían la verdad.

—Solo fumamos hierba —le dije—. Salimos, compartimos un puro, y ahora cada quien va para su casa.

—Ah, entonces ¿no son pandilleros ustedes?

—No, no, para nada. Como te digo, solo fumamos hierba.

Mis dos amigos estaban sudando, porque el más pequeño, el de doce años, no dejaba de agarrarse el arma. Era lógico que los tres andaban armados, pero el pequeño era el que más fanfarroneaba.

Yo traté de mantener la calma. El mayor nos miraba fijo, midiéndonos. Mientras tanto, todos estábamos en la misma sintonía: en cuanto volteara la mirada, salíamos corriendo. Porque si pasaba algo, nos iban a matar. Ellos tenían armas, y nosotros no teníamos nada. No éramos pandilleros: éramos solo drogadictos.

—Órale —dijo.

Caminaron, y nosotros solo estábamos esperando que se metieran al siguiente pasaje para tirarnos a la cancha y correr, huir, irnos a cualquier lado con tal de que no nos vieran. El tipo caminó unos cinco metros, pero no se metió al pasaje. Se detuvo y regresó, y en ese momento sentimos que nos iba a matar. No podíamos correr, porque si corríamos delante de ellos, sabíamos que nos iban a disparar y matar ahí mismo.

Se regresó y dijo:

—¿Neta no son pandilleros ustedes? Ojalá me estén mintiendo, hijos de puta.

Ya hablaba con tono de alguien listo para matar. Lo habían mandado a la colonia a matar a alguien, solo para que se supiera que ya habían entrado.

—No… no tengo por qué mentirte —le dije—. Como ves, estamos bien pedos. No somos pandilleros ni mareros. Somos gente a la que le

gusta la marihuana, salimos a partir un purito y ahora nos vamos para la casa.

—Órale, hijos de puta. Ojalá me estén dando casaca.

Se fue y los otros lo siguieron. Caminaron en la misma dirección y se metieron en el siguiente pasaje, a pocos metros. Para ese momento, nosotros ya íbamos corriendo. Nos tiramos de las gradas —eran como cincuenta escalones— en dos o tres brincos y corrimos hacia la otra colonia. Si nos vieron, no lo sabemos.

Cuando llegamos a la otra colonia, solo nos quedamos ahí diciendo:

—¡De lo que nos acabamos de salvar!

Si estábamos drogados antes, el efecto se nos fue rápido. Desde ese día, dejamos de salir. Antes salíamos a partir un puro, pero después de eso no volvimos a salir por uno o dos meses. Esperamos hasta sentirnos de verdad seguros, hasta que se nos pasara la mala imagen y el mal sabor de sentir que la muerte había estado ahí con nosotros, hablándonos de frente.

* * *

Siempre había lapsos en los que no había pandilleros en la colonia. Fue en uno de esos días que recibí una llamada desde el penal.

—¿Gorgojo?

—Sí.

—¿Sabés quién soy?

No había oído esa voz desde mi infancia.

—Sí.

—Hemos visto que andabas mucho con Sully. Queremos que te unás a la pandilla. Podrías ser un elemento muy esencial para nosotros. Mañana te voy a mandar a los ninjas.

—Pues a mí no me vas a meter a la pandilla. No me mandés a nadie, porque no me voy a dejar brincar.

—Sí, pero aquí no se trata de lo que vos decís, sino de lo que hacés.

—Entonces salí del penal y vení a brincarme vos.

Eso fue pura insolencia.

—Ah, está bien. No te preocupés. Algún día voy a salir, y lo voy a hacer yo mismo.

6
Trabajo, extorsión y policía

Comencé a trabajar en el cementerio a los ocho años. Tres años después, me empezó a dar un poco de pena verme siempre tan sucio. A los doce ya era un niño de la calle. Si alguien me decía:

—Eh, vení a ayudarme con algo de construcción—

yo iba. Necesitaba ese dinero para mis drogas.

Al principio, muchos de mis amigos y yo no teníamos trabajo. Algunos sí lograron conseguir en enderezado y pintura de autos, un trabajo bien pagado y bastante estable, porque allá los carros se reparan, no se compran nuevos. Pero en ese tiempo tampoco había mucho trabajo ni de eso.

Entonces no sé quién fue el genio con la brillante idea:

—¡El kilo de hierro está a $15!

Y pensamos: ¿cuánto hierro no quedará todavía en ese tubo enterrado?

Era un tubo del gobierno, claro, pero para entonces ya prácticamente no existía: solo quedaban algunos tramos enterrados. Mi abuela me contaba que antes ella iba al río a lavar ropa y a traer agua para la casa. Después la gente empezó a sacar agua de ese tubo, porque alguien le había hecho un hoyo para que saliera agua potable. La gente llenaba sus cántaros y se los llevaba a sus casas.

Con el tiempo —como todo— las cosas se modernizaron. Ya no necesitaban ese tubo, quedó en el olvido y dejó de distribuir agua. Entonces nosotros cavamos como topos para sacarlo. Éramos cinco, pasándonos los sacos de tierra en cadenita. Y no creas que caminábamos parados. ¡No! Cavábamos túneles donde apenas cabíamos hincados, y cuando por fin dábamos con el tubo, no bastaba con aflojar la tierra: lo reventábamos con una almádena.

¡Pum!

Temblaba todo. Éramos tan estúpidos. Cada vez que golpeábamos, el suelo temblaba encima de nosotros. Pero dentro de ese hoyo lleno de

humo estábamos felices, porque todos éramos marihuaneros y el humo no se salía.

Un día lluvioso, Josué insistió en que fueran de todos modos, y terminaron yendo. Yo no estaba ese día, pero después me contaron lo que pasó. Él fue el primero en meterse al hoyo y al principio todo parecía normal. De golpe, algo se movió mal. Le gritaron que saliera, pero Josué no quiso; dijo que todo estaba bien... y la tierra se le vino encima. Lo mató. Solo recuperaron el cuerpo cuando llegaron los forenses. Después de eso, para evitar más derrumbes, quedamos en que si llovía, no se trabajaba.

Dos meses estuvimos en eso. A veces nos tardábamos hasta dos días solo en encontrar el tubo, y a lo mucho sacábamos dos metros. Claro, cuando tocaba hacer cuentas, pasaba el susto y venía la felicidad.

—Somos cinco. $200... va: $40 cada uno. Está bien. Casi lo mismo que cuatro o cinco días en un trabajo normal.

Después volvíamos otra vez, ya cuando nos habíamos gastado el dinero.

* * *

Después trabajé en un taller de PVC a la vuelta de mi casa. Al principio el jefe no me quería dar trabajo. Yo había pasado mucho tiempo en la calle y todo el mundo ya tenía una idea hecha de mí. Pero con el tiempo fuimos agarrando confianza, hasta que un día me preguntó si yo era pandillero:

—Ah, es que siempre te veía en la calle…

—Pero no, no lo soy.

—Ah… qué bueno.

El horario era de las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde, y cuando había bastante trabajo, entrábamos desde las siete hasta las cinco para terminar los pedidos. Trabajaba con mi jefe y con su sobrino, que era pandillero. A veces, cuando había muchos pedidos, trabajábamos con varias personas más.

Elaborábamos piezas por encargo y vendíamos de todo: tapones, codos, curvas, abrazaderas, chupones, sifones… Cuando me tocaba

hacer un tapón, tenía el tambo de gas de 35 libras a la par, sostenía la flama al frente y tenía que saber cómo y cuánto calentar la pieza. Si la calentaba mal, el tapón se deformaba.

Después bajaba la flama —casi la apagaba— para no desperdiciar gas. Agarraba el tapón y, si el molde ya estaba listo, lo colocaba encima. Con una piedra lo presionaba contra una cuna para que, estando todavía blando, se ajustara y encajara perfectamente. Lo aplastaba como si fuera una tortilla.

Luego el molde quedaba pegado a la cuna, y eso ayudaba a reducirlo al grosor que yo quería. Ya sellado y todavía caliente, lo metía en un recipiente con agua que tenía a la par y lo dejaba ahí unos segundos.

Cuando tenía dos moldes, dejaba uno enfriándose en el agua y seguía con la otra pieza. Volvía a prender la flama, repetía el proceso, metía la nueva pieza en el molde y luego al agua. Mientras esa se enfriaba, sacaba la otra y la ponía en una cajuela. Encima le poníamos una piedra para que hiciera presión y el doblez quedara completamente prensado.

Arriba estaba la cuna, que encajaba y sostenía la forma. Cuando ya tocaba sacarlo, lo pasaba a otro molde. Con una piedra lo volvía a presionar para que quedara bien ajustado.

Ya para terminar, no lo presionaba con piedra, sino que agarraba una paleta de PVC y la ponía sobre el molde hasta que lo que quedaba parecía un pequeño guacalito. Esos eran los tapones. Después de hacerlos, los dejaba a un lado. Pero si todavía estaban calientes, los metía al agua, porque si no se inflaban y ya no servían.

Después agarraba la caladora y la conectaba. La orilla por donde salía el guacalito siempre quedaba deformada. Con la caladora recortaba esa orilla para que quedara pareja. Por último, pasaba la pieza por la esmeriladora para que el borde quedara suave por dentro y por fuera, y así entrara bien y encajara sin problema.

Ese era el trabajo normal. A veces era rápido; otras veces había tareas más complicadas. Y había cosas que el jefe nunca me enseñó, porque sabía que entre más me enseñara, más tendría que pagarme. Así que las aprendí solo, observando.

Un día entró un pedido de 300 bujes. El que normalmente los hacía era su sobrino, pero en ese momento estaba preso, así que me puse a hacerlos yo. El jefe se molestó. Nunca me había enseñado eso, y él sabía por qué: a su sobrino le pagaba entre $25 y $50 por obra.

Cuando ya me faltaba un día para terminar los 300 bujes, pensé: vamos a ver si me va a dar algo. El jefe tiene que reconocerlo. No vaya a salir con que solo me va a pagar los tres días.

Hasta saqué la cuenta: esos 300 bujes yo los hice en dos días; su sobrino los habría hecho en uno solo, pero en ese día se habría ganado $75.

¿Sabes cuánto me dio? $5. Me pagó los dos días normales y me dijo:

—Mirá, te voy a dar $5 más.

Qué mal, ¿no?

Por eso, cuando un día me dijo que no tenía dinero para comprar materiales, aproveché la oportunidad.

—Yo te puedo prestar. Yo pongo el dinero. Con eso compramos las herramientas. Pero vamos mitad y mitad con la ganancia. Yo sigo trabajando para ti, sigo ganando mi salario normal, pero la ganancia mitad y mitad.

No tuvo opción más que aceptar, porque necesitaba invertir $500 y no los tenía. Para ser claro: yo tampoco los tenía. Solo contaba con unos $100, así que le pedí a mi novia que me prestara el resto. Aun así, siempre mantuve el hecho de que él era el jefe y yo el empleado. Para mí era más conveniente así. En El Salvador nunca fue bueno andar alardeando de nada.

* * *

Desde donde yo trabajaba podía ver la entrada de la colonia, por donde entraban los camiones repartidores a dejar producto, y donde los niños esperaban a que los repartidores entregaran el dinero.

En una ocasión, un niño de unos siete años se le acercó al repartidor de Coca-Cola y le dijo:

—Dicen los muchachos que tenés que mandar el dinero.

El repartidor respondió:

—No sé de qué muchachos me hablás. ¿Qué dinero?

A lo mejor se estaba haciendo el que no sabía. El niño, en su inocencia, fue y les contó a los pandilleros lo que el repartidor le había dicho.

Cuando el repartidor volvió a bajar a la colonia, dos o tres pandilleros lo agarraron en el mismo pasaje. Yo nada más volteé a ver. Mejor que no me vieran. Lo tumbaron contra la pared y empezaron a tronar el pecho con las manos: las famosas pechadas.

—La próxima vez que el negrito te venga a decir que le des la feria, le das la feria.

En lo personal, yo nunca tuve mayores roces con los pandilleros en ese trabajo. A veces, cuando alguno caía preso, le pedían al dueño que escribiera una carta certificando que esa persona había estado trabajando en su taller. Pero normalmente todo era cuestión de la renta: llegaba un niño a recoger el dinero y, sin ningún problema, nos hacíamos a un lado, sacábamos el dinero y se lo entregábamos.

Como el sobrino era pandillero activo, solo pagábamos $25. Normalmente a los familiares de pandilleros ni se les cobraba, pero había cierto malestar hacia el jefe porque venía de una colonia rival.

Además, yo tenía un pequeño negocio chueco de cerveza, y no me cobraban extorsión. Los mismos pandilleros me decían:

—Fíame cinco cervezas, te pago la otra semana.

Y yo no iba a discutir por cinco cervezas. A veces ni siquiera me las pagaban, lo cual, en sí, ya era una forma de extorsión. Pero todo eso hacía que me vieran como alguien "buena onda". Tal vez hasta se burlaban de mí, pensando que era dundo por no cobrarles, pero yo me sentía bien. Mientras no se metieran conmigo, yo no me metía con ellos.

De hecho, fui a la alcaldía a tratar de sacar un permiso para estar tranquilo, pero cuando les dije que solo vendía cinco, máximo diez cajas, me dijeron:

—¿Cinco cajas? Eso me lo tomo yo solo. No te puedo dar un permiso para algo tan pequeño.

—Pero si llega la policía...

—Solo deciles que viniste acá y que nosotros te dijimos que no tenías que pagar nada.

En cierto sentido, eso fue mejor, porque no tenía que pagar ninguna mensualidad. Con ese negocio yo ganaba bastante plata. En diciembre, por ejemplo, compraba veinte o treinta cajas porque sabía que se iban a vender, y sacaba buena ganancia.

A mi esposa nunca le gustó. Me decía que ese dinero era malo, que yo estaba vendiendo algo dañino para la gente. Pero como decía Pablo Escobar:

—Malo para el que lo toma; para el que lo vende, está bien. Ese dinero es ingreso.

Lo cierto es que la policía llegaba, entraba a las casas —incluida la mía—, veía la cerveza y nunca decía nada.

* * *

Un día, el camión de Coca-Cola se detuvo a dejar su producto junto a la pasarela donde estaban los basureros. Justo en ese momento, un chico subió a botar la basura ahí mismo. Meses después, la policía lo capturó. ¿La prueba que presentaron? Una foto tomada ese día, usada en el juzgado para afirmar que él era pandillero y que, con el pretexto de botar la basura, había subido a recoger el dinero de la extorsión.

Pero eso era falso y trágico. El chico era tranquilo. Fumaba marihuana, nada más, y no quería saber nada de pandillas; de hecho, a su hermano lo habían matado.

Además, la policía sabía perfectamente que los repartidores siempre bajaban a las tiendas para pagar la extorsión, porque ellos mismos a veces entraban a las comunidades disfrazados de repartidores.

Pero en El Salvador no se trataba de quién lo hacía, sino de quién pagaba. Y en un juzgado no importaba lo que era verdad, sino lo que se podía probar. Así que la policía lo etiquetó como pandillero y lo metió preso como tal.

Mi caso era peor: yo sí subía al camión a cambiar dinero. Y como la misma empresa que repartía Coca-Cola —La Constancia— también

repartía cerveza, el chele pasaba por mi casa a platicar y a tomarse un par de cervezas antes de seguir con su ruta.

Estoy casi seguro de que el detective que tomó esas fotos después detuvo el camión y le preguntó al camionero por las personas que aparecían en las imágenes.

—¿Este tipo es pandillero? ¿Te está cobrando extorsión en esta foto?

—No, hombre. Ese es mi cliente. Solo se subió a cambiar un billete, nada más. No es pandillero. Es más, yo le vendo. Yo voy a su casa.

Estoy seguro de que, si no hubiera sido por eso, me habrían metido preso. ¡Ahí estaban las fotos! ¿Y cómo le explicas a un juez que solamente estabas cambiando un billete?

Pero es lo que digo: al final, lo que importa es saber si uno no hizo nada malo. Y por dentro, yo sabía que no estaba haciendo nada malo. Si me hubieran capturado por eso… Dios, que todo lo ve, habría sabido que yo no estaba haciendo nada más que cambiar un billete.

La gente puede decir lo que quiera:

—Cuando están presos, todos dicen que son inocentes.

Está bien, digamos entonces que todos son culpables. Pero yo no iba a negar nada. Gracias a Dios, nunca tuve ni siquiera una detención de tres días.

* * *

Una noche, en plena madrugada, hicieron un allanamiento en la casa de al lado. Hoy es una boutique, pero en ese entonces era la casa de mi abuela. Gracias a Dios mi mamá no estaba ahí, porque le habría dado un ataque.

Me asomé y dije:

—Ahí no hay nadie.

Uno de los policías me gritó:

—¡Salí! ¡Salí de ahí! Prendé la luz de tu casa y salí, por favor.

Luego el fiscal me dijo:

—Venimos a buscar a tu hermano. Dame tu identificación. Tu DUI.

Se lo di. Eran las doce y media de la noche. Yo estaba en bóxers, parado en medio del pasaje, y me estaban tratando como a un delincuente solo por haber dicho que no había nadie adentro. Y era verdad: no había nadie. La casa estaba vacía.

El fiscal continuó:

—Está bien, decís que no hay nadie, pero yo tengo una orden de allanamiento. Tengo que botar esa puerta… a menos que vos me la abras.

Cuando la policía hace allanamientos y bota puertas, eso implica un gasto para mí, porque el desorden que ellos hacen no lo resuelve nadie más que uno.

—No tengo la llave. Y no tengo por qué mentirle. Si le digo que no hay nadie, es porque no hay nadie.

Yo tengo un don para hablar, y el fiscal se dio cuenta de que no estaba mostrando miedo. Si mi hermano hubiera estado adentro, yo ni habría salido, porque sabía que también podían llevarme a mí. Solo salí porque no quería que botaran la puerta.

Entonces el fiscal me preguntó:

—¿Puedo entrar a tu casa entonces? Si tu hermano no está y vos vivís acá, tal vez la orden de allanamiento era para tu casa y no para esta. ¿Puedo entrar y revisar? No tengo orden para tu casa; solo quiero asegurarme de que tu hermano no esté aquí.

—Claro, pase.

Entró, revisó, vio que no había nadie y que yo estaba solo, y me preguntó:

—¿Por qué estás solo?

—Mi mamá se fue a visitar a una tía a San Martín.

—Héctor, yo te creo, de verdad. Créeme que sí. Pero es que no puedo irme sin abrir esa casa, porque es mi trabajo.

—La llave la tiene mi otro hermano. Vive en la comunidad de enfrente. Si usted me permite, présteme dos de sus compañeros y voy a traer la llave para que pueda abrir.

Pedí a los oficiales porque, lógicamente, sabía que en la otra comunidad también estaban haciendo allanamientos. Si iba solo, podían detenerme, pensando que andaba haciendo algo ilegal. El fiscal debió darse cuenta de que yo estaba diciendo la verdad.

—Esperá aquí.

Se fue, y me dejaron en la calle, medio desnudo, a las dos de la madrugada. Ni siquiera fue capaz de decirme: "Métase a dormir, no pasa nada, ya no vamos a abrir". No. Simplemente me dejaron ahí. Así que me metí a la casa.

Como diez minutos después, apareció ese mismo policía:

—Eh, abrí la puerta.

—¡Va!

Pensé: listo. Decir que la casa estaba vacía podía considerarse obstrucción a la justicia. Ahora sí me van a llevar, porque alguien tienen que llevarse. Algunos policías y fiscales eran así. Acuérdate: en El Salvador no se buscaba quién la hacía, sino quién la pagaba.

Me sacaron otra vez y dijeron:

—Lo siento, pero tenemos que abrir la puerta. La vamos a botar, porque no podemos irnos sin abrirla.

—Está bien. Si usted cree que eso es lo correcto, adelante. Pero le aseguro que no hay nadie. Mire, son las dos de la mañana. Présteme dos colegas suyos para ir a traer la llave y abrirla.

La conversación duró otra media hora y, al final, no abrieron la puerta, porque en verdad no había nadie. No estaba encubriendo a nadie, tal como se los había expresado desde el inicio.

Eso es lo que quiero que entiendas. No importa lo que la gente haya dicho de mí —que era o no era algo—, yo nunca tuve problema en hablar con la policía, porque sabía que estaba limpio. Nunca había hecho nada malo. Claro, si hubiera hecho algo malo, aunque la ley no se hubiera dado cuenta, yo me habría sentido intranquilo. No habría podido hablar con esa seguridad.

Por eso te digo: visto desde afuera, alguien podría decir:

—Sí, era colaborador. Corría de la policía. Andaba armado. Se drogaba. Pasaba con pandilleros.

Pero eso no significaba que yo fuera uno de ellos.

* * *

William sí era uno de ellos. Cuando cayó preso, recuerdo que algunos pandilleros llegaron donde mi mamá para decirle que le iban a dar una pensión, para que ella se la hiciera llegar a él. Incluso estando preso, la pandilla tenía que mantener su estructura.

Yo le dije a mi mamá que lo mejor era no aceptarla, que era mejor no tener nada que ver con ellos. Mi mamá les dijo que no. Después, ella me preguntó:

—¿Por qué?

—Porque, a la larga, eso te va a traer problemas. Ese dinero que te están entregando viene de la extorsión. No es dinero que hayan trabajado. Si en el futuro la policía determina que el dinero que recibiste es producto de una extorsión, te van a señalar como colaboradora. Si la policía te pregunta: "¿De dónde saca el dinero que le envía a su hijo?", y tú dices: "De mi trabajo", pero tu salario es solo de $300 al mes y estás enviando 100 o 200 con regularidad, ¿cómo se explica eso? No tiene sentido. La policía va a asumir que ese dinero proviene de una fuente ilegal y que te estás beneficiando de un acto ilícito, lo que te convierte en parte del problema. Aunque sea para mi hermano —que sí tiene relación con la pandilla—, no deberías aceptarlo, porque ese dinero viene de la extorsión.

En nuestro caso, mi mamá tenía a otro de mis hermanos en Canadá enviándole dinero, además de una tía que la ayudaba de vez en cuando. Y ella trabajaba, así que no era como que necesitara el dinero de la pandilla. No, gracias.

Además, mi mamá siempre ha sido extremadamente temerosa de la policía, porque padece de hipertensión, diabetes y todo eso. El tema de la policía la pone muy nerviosa. Por eso trata de hacer las cosas bien, tanto por miedo como por cuidar su salud. El hecho de que su hijo se hiciera pandillero fue una experiencia terrible para ella, porque se le metió en la cabeza que, tarde o temprano, algo malo iba a pasar.

* * *

Algunas personas insinuaban —no directamente— que yo tenía dinero porque mi novia tenía dinero.

—Ah, como su novia es abogada, seguro ella le da dinero.

Pero, la verdad, nunca les presté mayor atención.

Para ser claro: uno tiene que saber a quién le importa la opinión. Yo igual salía a trabajar y me ganaba mi propio salario. Si no trabajaba, no tenía dinero. Y si tenía dinero, pero no estaba trabajando, la gente decía que venía de la extorsión. Tener o no tener… al final, para mí, daba lo mismo.

En una ocasión, recuerdo que Sully quería que robáramos.

—No —le dije—. Eso de robar no se me da, porque cuando robas, casi siempre robas a alguien pobre. Y yo también soy pobre.

—Pero querés dinero, ¿no?

—No es que quiera dinero. Quiero lo que el dinero me da: marihuana. Y un puro vale dos coras. No voy a robarle a alguien por dos coras. Mejor las pido.

Entonces le pedía a otro amigo que sí tenía dinero:

—Ey, préstame dos coras.

Y él me decía:

—Vos venís todos los días a pedirme dos coras. Ya me debés mucho y nunca me pagás.

—Préstamelas.

Bueno… esa deuda, hasta el día de hoy, debe andar por un millón, porque se las pedí tantas veces y nunca le pagué.

* * *

Había un muchacho en la colonia que decía:

—Yo quiero robar.

Y robaba a mujeres. Entonces le dije:

—Entiendo lo que decís, pero te quiero hacer una pregunta: ¿qué tal si a tu hermana le hacen lo mismo?

Porque él tenía una hermana. Ahí fue cuando algo le hizo clic, porque tuvo que plantearse: ¿qué tal si yo fuera la víctima y no el victimario?

—No, yo me enojaría mucho y trataría de encontrar al hijo de puta para matarlo.

—Pues deberías pensar un poco más en eso cuando salís a robar mujeres, sobre todo por la forma en que golpeaste y maltrataste a esa mujer solo para quitarle el teléfono. Por ejemplo, ¿qué tal si le robas a un hombre? Yo creo que con un hombre sería un poco más difícil, ¿no?

—Sí, pero tendría que apuñalar al hombre. Lo apuñalo.

—Sí, pero solo si él te deja, porque un hombre o se te corre o te golpea, porque es un hombre.

Yo aconsejaba a todos los que podía. Los últimos pandilleros que quedaban en la comunidad eran todos jóvenes.

7
Chambre

Detrás de donde yo vivía en San Martín había una familia: una señora y sus dos hijas. La señora era muy amiga de mi mamá y, todos los días, cuando yo era pequeño, iba a jugar con las hijas. Eran muy tranquilas. No tenían problemas con nadie ni se metían con nadie. Creo que se mantuvieron así hasta la adolescencia.

Pero hace unos cinco años llegaron las pandillas y asesinaron a las tres. Una de las hijas estaba embarazada; la mataron estando en estado de embarazo. Por lo que se supo después, y por lo que me contó mi mamá, el padre del bebé era hijo de un policía. Ahí fue donde comenzó el rumor: que las muchachas estaban dando información a la policía sobre lo que pasaba en la comunidad.

Pero eso no era cierto. El muchacho simplemente vivía en otra colonia, y si alguna vez hubiera llegado a vivir en la comunidad de su esposa, lo habrían asesinado.

Te cuento esto para que entiendas: fue la lengua la que le puso el lazo al cuello de toda esa familia. No hay arma más poderosa.

* * *

Cuando tenía doce años, la novia de un amigo me pasó un papelito diciendo que lo dejaría si se metía conmigo. Guardé la nota y se la mostré a mi amigo.

—Mirá esto.

—¿Pero cómo? —me preguntó—. ¿Quién…?

—¿No reconocés la letra de tu novia?

—Sí, pero... ¿cómo?

—Si te lo estoy enseñando es porque sos mi amigo, y porque con esto te estoy demostrando que yo sí soy tu amigo y que ella no te quiere. Porque si está haciendo esto conmigo, ¿qué va a hacer en la escuela?

—Gracias.

Pero estuvo enojado conmigo durante cuatro meses. Ahí fue cuando comprendí que la lealtad no es apreciada por los humanos. Uno puede ser leal, pero el único que realmente valora eso es Dios.

Después de esos cuatro meses, mi amigo empezó a saludarme a medias, hasta que un día lo enfrenté:

—Qué mal.

—¿Por qué decís eso? Si somos amigos.

—No, no somos amigos. No mintás. Somos conocidos, vivimos en la misma colonia, pero no somos amigos. Amigo fui yo. Yo puedo decir que vos fuiste mi amigo, que yo te di mi amistad. Pero vos no fuiste mi amigo.

Lo cierto es que la vida siguió, pero esas cosas se quedan en el corazón. Más adelante me enteré de otras cosas sobre su novia, pero ya no iba a volver a meter las manos al fuego por nadie. Puedes decir que eso es deslealtad. Pero ¿sabes qué pasa? Con el tiempo aprendí que, cuando le dices a un amigo o a un hermano que su mujer le está siendo infiel, al final ellos terminan arreglando sus problemas, vuelven a estar juntos, y el que termina quedando como el mal amigo, el cochambroso, soy yo.

* * *

Mientras su esposo vivía en Estados Unidos, mi vecina se acostaba con muchos hombres de la colonia. Te lo digo porque yo lo vi con mis propios ojos, no porque alguien me lo contara. Ella vivía frente a mi casa, y yo veía quién entraba y quién salía.

Un día, su esposo me llamó desde Estados Unidos y me dijo:

—Mirá, ya sé que vos sos el marido de mi mujer. Quedátela.

—¿De qué estás hablando?

Sully, que estaba conmigo en ese momento, me quitó el teléfono y empezó a gritarle:

—¡Escuchame bien, hijo de la gran puta! A él no le hablés así. Que te quede claro: otros son los que andan comiéndose el mandado.

Para no alargar la historia, ese hombre bajó de Estados Unidos. Y recuerdo que, como el hombre que yo era, fui a su casa y me quedé ahí

y lo esperé en la puerta. Solo yo. Sully quiso acompañarme, pero si él iba conmigo, habría parecido una intimidación, como si fuéramos pandilleros. Y yo no era pandillero —ya te lo he dicho. Yo solo quería saber quién estaba detrás de todo esto, porque para que él dijera que era yo, alguien había movido su boca.

Fui a su casa y grité:

—¡Eh, Lalo! ¡Vení, vení! Hablemos.

Él salió:

—¿Qué sucede?

—¿Quién ha dicho que yo tenía relaciones con tu mujer? ¿Podrías llevarme? Hablemos y aclaremos las cosas.

—Ok, ok, ahora vamos.

Fuimos a buscar a la cochambrosa y terminamos en la casa de una señora. Cuando abrió la puerta, le dije:

—Tú has estado diciendo que yo he tenido algo que ver con la López —así le decían a la esposa de Lalo.

Nerviosa, se volvió hacia Lalo:

—No, no, no, Eduardo… usted me está metiendo en un gran problema. Yo no he dicho eso. Usted me entendió mal…

Como me había visto andar con Sully y todo eso, tenía miedo. Pero aun así se había atrevido a hablar de mí. Lalo la presionó:

—Usted me dijo que había escuchado cuando él entró a mi casa. —No, Eduardo, yo no…

Entonces le dije a Lalo:

—¿Sabes qué? Sí. Joana tiene razón en una cosa. Yo entré una vez a la casa de tu mujer.

Lalo tenía un negocio de fulminantes. Él elaboraba las cargas y les pagaba a las personas que trabajaban con él. Después, uno de sus contactos distribuía el material en el extranjero. Pero cuando Lalo se fue a Estados Unidos, todo eso se detuvo.

Su mujer sabía preparar los fulminantes, pero le faltaba un componente: un saco de piedra volcánica triturada. Así que, con un amigo, fuimos y robamos un saco a alguien que tenía como quince. Por uno no se iba a quedar pobre. Luego llevamos el saco a su casa. Se lo expliqué a Lalo:

—Creo que tu mujer te lo contó. Fue la vez que tuvimos que robar porque vos no le estabas mandando suficiente dinero. Ella tuvo que hacerlo para vender y sacar dinero extra para Navidad. ¿Te acordás de que ella te contó? Imagino que sí. Hizo cargas para vender.

—Ah, sí, sí, es cierto. Y yo siempre les he estado agradecido a vos y a Cholo. Me ayudaron. Ah, ok.

Entonces me volví hacia la chambrosa:

—Esa fue la única vez que entré a esa casa. Y si hubiera sido con la intención de tener relaciones sexuales, no te habrías dado cuenta. La única razón por la que te diste cuenta fue porque venimos alborotados, pidiendo agua, hablando fuerte. Por eso escuchaste. Pero tú no frenas tu lengua. Has hablado cosas que no son ciertas. Ahora dices que no, pero yo sé que tu lengua es mala. Deberías tener mucho cuidado. No por mí —por mí no pasa nada. Te conozco de toda la vida—, sino porque un día puede que hables de alguien que no conoces, y ese alguien sí te va a hacer daño.

Lalo me dijo:

—Vámonos, quiero tomarme una cerveza.

Fuimos por unas cervezas y, mientras tomábamos, me dijo:

—Qué mal está Joana. Mirá todo lo que me decía por teléfono cuando yo estaba en Estados Unidos: "Ahí está Héctor en la casa de López." Todos los días lo mismo.

—¿Pero por qué no me llamaste en ese instante?

—No, porque siempre era como el enojo, la rabia. Y además, yo pensaba que tú eras pandillero.

—Pues no. Yo no soy pandillero. Si lo fuera, habría venido con un arma en la mano a decirte qué pasaba.

Cierto, yo andaba armado. Pero nunca llegué con un arma en la mano.

—A mí simplemente no me gusta que ensucien mi nombre. Tal vez a ti no te interesa, a nadie le interesa, pero es que yo trato de ser leal, y no hay nada malo en eso. Al final, no me lo compensan ustedes; me lo compenso yo mismo. Y eso vale para todos los que he conocido acá. Pero lo cierto es que… hombre, te conozco de toda la vida, y que hayas desconfiado de mí así… Aparte, yo soy un niño comparado con vos. ¿Y

venís a acusarme de meterme con tu mujer? Te lo dije por teléfono y te lo digo ahora: estoy en la edad en la que podría tener una niña de quince años. No voy a tener un vejestorio de veinte, treinta o cuarenta.

—Ya vas a entender cuando seas mayor, cuando seas padre de familia y tengas hijos. Vas a ser muy celoso y no te va a gustar que hablen mal de tu mujer.

—Claro. Pero entonces vas y enfrentas a las personas. No te pones a atacar a otra persona sin saber si lo que te dijeron es real o no.

* * *

Hasta mi propio hermano menor, Paco, le dijo a mi primo que yo me había acostado con su mujer. Lo cierto es que no me enteré hasta tres meses después, cuando Guadalupe —la esposa de mi primo— ya se había ido a Estados Unidos. Me lo dijo su hermana, Catalina. Ella iba platicando con otra persona en el pasaje, y yo acababa de salir a almorzar.

—¿Qué pasó, cuñado?

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó de qué?

—No me digás que no sabés.

—¿Saber qué? Es que no sé.

—Tu hermano le dijo a Emilio que vos te acostaste con Guadalupe.

—¿Qué?

—Que sí. Pero eso fue hace como tres meses. No me digás que no sabías.

Lo que yo sí había notado era que muchas personas hablaban de mí así, diciendo que yo tenía muchas mujeres. Cuando Catalina dijo eso, fue como… no sé si has visto esas series o películas donde pasa algo y el personaje empieza a atar cabos. Pues yo empecé a atar los cabos.

¡Ah! Con razón mi primo me venía evitando. ¡Ah! Con razón la mujer de mi primo ya no me hablaba como antes. ¡Ah! Con razón mi tía… Yo ya había notado los cambios, pero hasta ese momento no había entendido por qué.

Después de esa plática con Catalina me tocaba regresar al trabajo. Pero cuando salí a las cuatro, lo primero que hice fue ir a la casa de mi padre, enfrente de la cancha.

—¿Dónde está tu hijo?

Mi padre me vio la cara, y cuando apareció mi hermano… peor. Porque en ese momento los dos vieron el odio y la ira hirviéndome por dentro.

—Me voy a bañar, me voy a cambiar y luego regreso por vos. Vamos a aclarar esto. Y usted —me volví a mi papá—, ¿sabe qué? No lo mato a verga aquí, enfrente de usted, algo que usted debió haber hecho hace rato. Esta es la mala educación que usted le dio y nunca corrigió. Fue a decirle a Emilio que yo estuve con Lupe.

¿Y sabes qué era lo peor de ese tipo, mi medio hermano? Que él se llenaba la boca diciéndome hasta el color de los calzones de la mujer de Emilio. ¡Él sí tenía algo que ver con ella! Pero yo nunca iba a ir donde mi primo a decirle: "Mira, Paco anda cogiéndose a tu mujer". No me interesa. Yo prefiero creer que mi hermano se va a estrellar solito, sin que yo le esté cortando los frenos. Que se vaya por el barranco él solo. Así nadie puede culpar a nadie más que a él.

Me fui, me cambié y fui a traerlo. Mira, en ese momento me sentí muy airado, porque se trataba de familia. No no me imagino el dolor que sintió Emilio. Primero, su mujer se fue a Estados Unidos, lo abandonó y se llevó a su hija. Y después viene mi hermano a meterle otra espina en el corazón.

—Es tan miserable lo que has hecho. No me vengás con que sos un niño. Ya estás lo suficientemente grande para saber qué está bien y qué está mal.

Cuando llegué a la casa de mi primo, por fin entendí el cambio en su manera de tratarme.

—Hola, ¿cómo estás? Vengo a hablar contigo, pero antes que nada, discúlpame. Sé que ha pasado mucho tiempo y probablemente ahora no me vas a creer nada de lo que te diga. Te prometo que yo no sabía nada. Traigo a Paco para que te lo diga delante de mí: si es cierto o no la mentira que te fue a decir. Porque yo puedo prometer, puedo jurar, puedo dar mi palabra… pero a estas alturas ya no me vas a creer.

Primero, porque ya pasó mucho tiempo. Tú debiste haber pensado que yo ya sabía que tú sabías y que, como yo me había metido con tu mujer, yo tenía que haber venido a pedirte disculpas en el momento en que te enteraste. Pero yo nunca me enteré, y sé que no me vas a creer. Hoy me enteré porque Catalina me habló y me lo dijo. Por eso yo no entendía tu cambio. Yo notaba que habías cambiado conmigo, pero no sabía por qué.

—No te preocupés, primo. Yo estoy en un proceso de sanación, así que tranquilo. Cuando él vino y me dijo eso, la verdad es que en ese momento ni me interesó. Lupi se llevó a mi hija, y eso fue lo que más me dolió. No tuve ni tiempo de pensar si mi esposa me fue fiel o no… así que no te preocupés. Yo no tengo nada contra vos.

La verdad es que mi primo siempre ha sido muy creyente, muy entregado a Dios, y por eso dolía tanto. Si hubiera sido un primo rebelde, entonces ya está. Pero ir a hacerle eso al más humilde, al más tranquilo, al más educado... Emilio es un ejemplo de hombre que no existe en El Salvador.

—Lo que hizo mi hermano fue muy vil, y no lo he golpeado porque, si lo golpeo, lo único que voy a lograr es confirmarte que él tenía razón: que le pegué porque me destapó la mentira. Yo no soy de los que andan meneando la lengua. Yo no iba a venir a decirte: "Mira, Guadalupe no es para ti." He visto cosas peores y me he quedado callado. Así que, en ese sentido, te ofrezco una disculpa por no haber venido antes a desmentir lo que te dijeron. Pero lo cierto es que no fue una realidad. Por eso traje al mismo cretino que te lo dijo, para que te lo diga en tu cara. Yo espero haber aclarado las cosas. Ya puedo estar un poco más tranquilo. En realidad, yo siempre he sido tranquilo. Lo único que me tenía inquieto era saber que tú sufriste y que no pudiste desmentir lo que mi hermano te metió en la cabeza. Pero mi conciencia… esa sí está en paz.

Cuando yo era pequeño no me daba cuenta. Pero conforme fui creciendo, empecé a ver los conflictos. De una mumuja hacen un pan. Mucha gente hablaba de mí a cada rato, y con la experiencia entendí que era una maña salvadoreña. Y ahí comprendí que era ridículo ir

intentando reclamarle a todo mundo. El día de mañana, cada quien va a cargar con sus consecuencias.

* * *

A pesar de que su abuela materna vivía en mi colonia, Noemí nunca iba a visitarla, hasta que un día su tío la invitó a jugar fútbol en la cancha, donde estaban organizando un torneo. Inicialmente, ella dijo que no quería ir. No le gustaba la zona, la cancha era de tierra, y siempre había jugado en canchas de grama, de fútbol rápido, de sala. Pero su mamá le dijo:

—No seas así, ve a jugar.

Y ella fue.

Cuando llegó, era un desastre. La cancha era lodo, pero era tanta la pasión por el fútbol que decidió quedarse. Su primer partido fue en septiembre de 2010, y de ahí ya no dejó de ir. Yo la vi. Tal vez me escuchaba gritarle cosas de fútbol, alentando al otro equipo solo para molestarla, pero nunca me prestó mayor atención. Triste historia.

Luego la conocí, y me habló. La verdad es que suele pasar: ves a una persona y el amor entra por la vista. Todos dicen: "¿Por dónde entra el amor? Por el corazón". Pero eso es mentira. Primero entra por la vista. Tienes que ver algo para que te atraiga.

Cuando la vi, fue como un clic. En el instante pensé: tiene que ser mía. Ese fue el machismo hablando: tiene que ser mía. Y aparte de que me gustaba físicamente, también hubo algo en su alma… no sé… en todo ella.

Lo más especial fue el hecho de verla jugar. En la comunidad había muchas mujeres que jugaban, pero jugar y jugar bien son dos cosas muy diferentes. Cuando la veía pasarse a las otras en la cancha, fue como… wow. Era una cosa tan espléndida: ver a una mujer jugar tan bien. De hecho, yo no me consideraba tan malo. Entonces fue ese ego que dijo: sí, juega a mi nivel, como yo. Creo que vamos bien.

¿Pero qué pasó cuando intenté acercarme? Es que éramos de mundos distintos. Cuando la conocí, ella ya estaba estudiando en la universidad, y yo apenas cursaba noveno grado. No era tanto que

hubiera una diferencia de edad, como que había una diferencia de niveles. Seguramente ella pensaba: primero, es un niño; segundo, no tiene preparación. No hay futuro aquí, no hay futuro.

Es cierto que a veces esos niveles se rompen, como en nuestro caso, pero los niveles sí tienen importancia. No fue hasta febrero cuando realmente logramos una conexión, y solo porque conseguí su número… ¡Ni siquiera me lo dio ella! Se lo robé al tío. Estaba claro: no había interés de su parte. Pero el ego, el machismo, el orgullo de hombre me hacían pensar: pero es que tiene que ser mía.

En febrero le escribí, y su respuesta fue:

—¿Quién sos? —así de fría—. ¿Quién sos?

Se me olvidó mencionar que cuando la conocí, en septiembre, ella tenía novio. Ahí quedé mal tercio. Él estaba enamorado, y por ende yo respetaba la situación. Pero ¿al final quién manda? El corazón. Cuando noté que su novio ya no llegaba, pensé: quizá terminaron. Sentí una pequeña esperanza, y fue cuando empecé a escribirle.

En ese momento yo no tenía móvil —ella tenía dos celulares. Ahí se notaba la diferencia—. Así que fui a la casa de una vecina y le pregunté si me podía prestar su teléfono para hacer una llamada. Era un teléfono fijo.

—Sí, sí, tómalo —me dijo—. De hecho, hay una promoción con esta red. Puedes hablar todo lo que quieras, no hay problema.

¡Ah, me dio chance de hablar con Noemí! Nos quedamos hablando una hora y media. Pero lo que la vecina no me dijo es que sí, podías hablar todo lo que quisieras, pero tenías que colgar cada nueve minutos. No era una llamada ilimitada como yo pensaba.

Cuando regresó, me preguntó:

—¿Cuánto tiempo has estado llamando?

—Ahora mismo creo que más de una hora.

Sin mentirte, me tocó pagar muy caro esa llamada. La vecina era una persona bisnera y me cobró el doble. Después de eso, decidí que lo mejor era comprar un teléfono. Cuando volví a hablar con Noemí, le dije en broma:

—Con dos celulares, ¿por qué no me regalaste uno en aquel entonces?

Seguí mandando mensajes de texto. Seguí luchando, intentando, sin rendirme. Luego busqué una promoción para llamadas ilimitadas. Después de eso hablábamos todas las noches. Ocho meses después, finalmente me dijo que sí, que me daría una oportunidad. Fue la cuarta vez que le pregunté si quería ser mi novia, y claro, para ese entonces ya estaba más enamorada ella que yo… aunque todavía no lo sabía.

* * *

Su familia nunca me aceptó, y era lógico. Dos años después de conocerme, ella ya era abogada, y yo había dejado la escuela a los diecisiete, no porque quisiera, sino porque vivía en una comunidad controlada por una pandilla rival de la zona donde estudiaba. Tenían ese nivel de poder: decidir quién podía estudiar y quién no.

Pese a todo lo malo que decían de mí, a todas las etiquetas que querían ponerme, ella no se dio por vencida, y yo tampoco, porque yo sabía, muy dentro de mí, que lo único que necesitaba era una guía, una dirección, alguien que de verdad se preocupara y me hablara… y eso fue lo que ella hizo. Al año de estar en una relación, me dijo:

—O te quedas en la calle, o te quedas conmigo.

Esas fueron sus palabras. Para mí fue Dios quien la envió, como si a través de ella me estuviera dando un ultimátum. ¡Y qué absurdo! Estaba obligado a escoger entre un vicio y la persona que amaba. Ahí terminó todo.

Después vino todo lo bueno que te puedas imaginar. Ya no andaba drogado, trabajaba, tenía mi propio negocio. La gente ya no hablaba mal de mí: hablaba bien de mí.

Muchos, pero aquí está el problema: en El Salvador siempre hay personas que nunca quieren verte bien, sino abajo, destruido, como antes. Porque en cuanto notan tu progreso, que de verdad estás logrando algo, que tienes visión, que estás avanzando, ahí es donde entra la envidia, el pecado más vergonzoso.

Se preguntaban por qué Noemí estaba conmigo, si yo era "el más prostituto de la colonia". De verdad, parecía que se alimentaban de lo que decían. Empezaban a sacar historias viejas o a inventar nuevas, y

pronto ya había cientos de cosas circulando, cosas que ni ellos mismos sabían si eran verdad o mentira.

Incluso Noemí empezó a dudar de mí. Es lógico: si escuchas tantos rumores, vas a desconfiar. Un día habíamos discutido por algo y no le contesté las llamadas. En El Salvador discutíamos muy seguido, por muchas cosas. Esa noche, a medianoche, ella agarró su carro —algo extremadamente peligroso a esa hora— y diez minutos después escuché que tocaban la puerta.

Pensé que era mi madre, que se había quedado trabajando esa noche y normalmente se quedaba a dormir ahí; pero a veces prefería venir a dormir a su casa, aunque solo fuera por seis horas. Solo vi un bolso y por un momento pensé que era ella, así que abrí la puerta. Entonces entró Noemí y registró toda la casa.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—La chica. ¿Dónde se está escondiendo?

Hay un dicho: "Una mentira repetida muchas veces se convierte en verdad". Eso fue lo que le pasó a Noemí. Había escuchado tantas mentiras, tantos rumores, que se volvieron su verdad. Esa noche pensó: lo voy a descubrir por mi cuenta. Llegó y descubrió que yo estaba solo, que simplemente no había querido contestar el teléfono.

Cuando todo pasó, me dijo:

—Como no me contestabas, pensé que te iba a encontrar con las manos en la masa.

Me reí y le dije:

—Yo estaría igual.

Pasamos momentos difíciles por todos esos comentarios. Pero con el tiempo entendimos que la gente no hablaba porque fuera verdad, sino porque la envidia la corroía. No le gusta ver ojos bonitos en caras feas. Que la gente hable. Si no hubiéramos ignorado tanto, quizá el chambre nos habría ganado.

Hoy Noemí me dice:

—No te importa lo que le digan a Elena sobre quién fue su papá, porque ella va a conocer la versión de su papá que tiene enfrente, y va a defender esa versión.

Y yo le digo:
—Por eso tengo que seguir esforzándome por ser mejor.

8
Testigo

No recuerdo qué película compramos, pero esa noche William y yo íbamos a ver una película. Instalamos el televisor, empezamos a acomodarnos y, para las ocho y media, ya estábamos listos.

—¿Me traés un churro?

—Pedilo vos.

—Yo pongo dos coras.

—Yo también.

—Eso hace un dólar.

—Compremos golosinas y unas gaseosas.

—Vámonos.

Salimos a comprar a una tienda que estaba a solo unos metros de la casa. Vendía de todo: golosinas, pan, churros, gaseosas, jugos, queso, pupusas… basta decir que casi todo lo que se encuentra en un supermercado.

Mientras comprábamos, se escuchó una detonación. Al principio fue solo el sonido. Pero cuando salí y miré, lo vi: habían asesinado a un anciano.

En ese momento era raro que mataran a personas mayores. La violencia casi siempre era contra los jóvenes: si eran de otro barrio, si no querían meterse a la pandilla. Pero a ese señor lo mataron por estupidez.

—No sé exactamente cómo fue —me contó su nieto—, pero no fue por la renta. Mi abuelo y una señora estaban peleando por el control de la directiva comunal. Ella le ofreció $800 al palabrero en el penal para que ordenara el asesinato. Para el pandillero fue solo una cuestión de dinero. Usó la excusa de que mi abuelo estaba dando información a la policía, pero eso era falso. Todo fue por una rivalidad política estúpida. Al final, ni siquiera se efectuó: la señora terminó yéndose de la comunidad, pero dejó atrás el daño de haber provocado el asesinato

de mi abuelo. Fue una cosa estúpida y cruel y sádica… ponéle el nombre que querás.

Cuando me enteré, me sentí muy mal. Ese hombre había sido como un abuelo para mí. De hecho, uno de los pandilleros —que había crecido con nosotros— se negó a aceptar la "misión". Después nos contó que no lo hizo porque las pandillas no mataban a los suyos, a menos que la falta fuera muy grave.

La noche que lo asesinaron, el señor acababa de recoger las pupusas en su local —donde tenía a dos empleados— y las estaba llevando él mismo a la casa de un cliente. Un servicio excelente. Cuando vi su cuerpo tirado en el suelo, me llené de ira. No pude hacer nada. Solo corrí a mi casa con mi hermano.

No pudimos dormir, sabiendo que iban a venir por nosotros porque habíamos sido testigos. Nos quedamos despiertos toda la noche pensando, analizando.

A la mañana siguiente llegaron: los dos que lo habían matado y su jefe. Fue la típica conversación de pandilla.

—Eh, tocayo, ¿qué onda? ¿Cómo está la onda? Ayer ustedes estaban pendientes de lo que pasó.

—No… o sea…

—Pero sí vieron lo que pasó.

—Sí, pero no… no pasa nada.

—¡Casaca! Ustedes saben que a los soplones los matamos.

—Pero nosotros no vamos a soplar nada. O sea, estamos tranquilos.

—Tienen dos opciones: o se unen o los matamos. Ustedes saben cómo funcionan las reglas del barrio, cómo funciona la calle. Ustedes son viejos de estar viviendo acá. Ustedes han visto cómo es el pedo.

Entonces uno de ellos dijo:

—Si no, peguémoslos de una vez.

No te imaginas el temor que infundían esos pandilleros. No les temblaba la mano para matar.

—Nos conocemos. Crecimos juntos.

—Pues sí, pero aquí la familia es la pandilla. Entonces sí nos conocemos, pero ya no jugamos como antes, ¿me entendés? Ya no

somos niños. Dejá eso a un lado, porque ahorita estás hablando con un pandillero, con alguien que manda. Por mi madre nací, pero por mi barrio muero.

No había forma de convencerlos. Fue entonces cuando habló mi hermano. Él era el único con un poco más de valor y, en su rol de mayor, dijo:

—Pues está bien. Yo voy a ser pandillero. Pero si ya soy pandillero, tengo voz y voto, ¿verdad? Entonces mi hermano menor no va a ser pandillero.

En ese momento supieron que habían ganado.

—Tenemos un soldado más.

Así lo llamaron. Como si fueran militares.

—Tenemos un soldado más en nuestras filas. Vámonos.

Ni un "mañana regresamos por vos." Nada. Solo: "vámonos."

Así fue como la pandilla llegó a tener más de 60.000 miembros. Se dieron cuenta de que con solo una amenaza bastaba: el miedo te obligaba a brincarte.

Los pandilleros se fueron a consumar el ingreso: 18 segundos de golpiza entre cuatro.

Me volví hacia mi hermano.

—Tal vez no nos iban a matar.

—Tal vez no.

* * *

Yo no podía contarle nada de esto a Noemí, porque dime, ¿cómo iba a hacerlo? Ya nos preocupábamos cada vez que sucedía algo relacionado con pandillas. Entonces ella llegaba a mi casa como si todo fuera normal, y yo prefería cargar con ese peso solo, para que por fuera todo pareciera estar bien.

Pero, en medio de todo eso, había lapsos en que me decía:

—Vamos a cenar. ¿A qué hora salís del trabajo? ¿Quedamos a las ocho?

Y yo le respondía:

—Uff, bien tarde. Mejor nos vemos mañana en casa.

Ella misma te lo puede contar: hubo Navidades que no pasé con ella, porque acababan de asesinar a alguien en la colonia un 24 o un 31 de diciembre. Ella me preguntaba:

—¿Cómo que no vamos a vernos en Nochebuena? ¿Por qué no podemos estar juntos el 31? Yo quiero empezar el año contigo.

Y yo le decía:

—Ay, perdóname, pero ya tengo otros planes.

En muchas ocasiones simplemente no quería salir, porque sabía que los pandilleros andaban ebrios. Ella me decía:

—Veámonos.

Y yo respondía:

—No, no me siento bien... No, voy a jugar fútbol.

Pero nunca le decía: "Es que los pandilleros andan bolos, y cuando andan bolos andan más alterados. Se creen más, y con solo mirarlos mal ya es motivo de problema."

Ella no lo entendía. Y pensándolo bien, si hubiera sido al revés, yo tampoco lo habría entendido.

Naturalmente, ahora que ya estamos juntos, no podía seguir guardando todos esos secretos. Estamos en un matrimonio, y esos dos mundos tienen que encajar, nos guste o no.

Ahora ella me dice:

—¿Por qué nunca me lo dijiste? Yo lo hubiera podido entender.

Y yo le contesto:

—Sí, lo hubieras entendido, pero también te habrías preocupado. Y eso era lo que yo no quería.

Antes le decía de guasa que ella no podía jalarse a eso, pero la verdad es que a cualquiera lo habría puesto mal. Nosotros sabíamos que todo lo que tuviera que ver con pandillas significaba muerte. Y por la misma razón, no puedo decir que mi hermano nunca hizo nada. No puedo meter las manos al fuego por él. No sé si asesinó, si extorsionó o si robó. Él ya estaba dentro de la pandilla. Y cuando tu jefe te dice: "Andá a limpiar eso," tienes que ir a limpiarlo.

Aunque estuviera en la pandilla, mi hermano me decía que no había confianza. Los pandilleros eran traicioneros; se mataban entre

ellos. Los dos decidimos que, por seguridad, era mejor prevenir que lamentar. No puedes darte el lujo de dudar cuando tu vida está en juego.

Yo tenía que buscar un camino, como fuera, aunque eso fracturara mi relación con Noemí. Sabía que, si ella hubiera sabido la verdad, habría dicho lo mismo. No había opción. No había opción.

—Llevátelo —le dijo mi hermano a mi tía.

Y así fue como se armó el plan para que ella me llevara a Estados Unidos. El asesinato del anciano fue en abril. Yo me fui en junio.

Le dije a Noemí:

—Me voy.

—¿Pero por qué te vas?

—Voy a intentarlo. El sueño americano. Todo el mundo quiere estar en Estados Unidos.

Jamás le dije que era porque me podían asesinar.

—Está bien.

* * *

Si mal no recuerdo, la conversación con el coyote no duró más de veinte minutos. Fue solo para cerrar el trato. Nos vimos, creo, en Galerías Multiplaza. No, perdón... no fue ahí. Fue en Plaza Merliot. En el tercer piso hay varios locales alrededor de un espacio común, con un montón de mesas y asientos donde la gente puede sentarse sin necesidad de entrar a un restaurante, y desde ahí se tiene una gran vista.

Fui con Noemí y con su madre. Compramos un café en McDonald's y elegimos una mesa. Ahí fue donde nos encontramos con el coyote. Personas normales, hablando de algo aparentemente normal. Claro, el tráfico de personas está penalizado.

—¿Quieres viajar?

—Sí, quiero viajar.

—Perfecto. Mira, yo soy Benjamín. Tu tía me ha contactado y me ha comentado que tú eres su sobrino, ¿no?, y que quieres viajar a Estados Unidos y necesitas un guía. Pues yo te voy a brindar ese servicio. Yo no voy a ir contigo. Ya tengo la gente con la que trabajo;

ellos te van a guiar. Pero tú siempre vas a tener contacto conmigo. Para cualquier cosa, me puedes escribir.

El proceso sonaba simple. Realmente fácil.

—Siempre vas a ir cuidado. No te preocupes: no te va a pasar nada malo, no vas a sufrir. A mí me gusta trabajar bien con la gente para que me sigan recomendando. Tengo que brindar un buen servicio para que se sientan cómodos, porque es simple: si tú pasas tranquilo, el día de mañana —no sé si tienes quince hermanos— tal vez mandas a traer a los quince. Son quince trabajos más para mí.

Así es como te convencen. Te hablan de una manera muy persuasiva.

—Mira, todo el trayecto es mediante vehículos. Yo no trabajo en combis como otros. Todo es vehículo, vehículo, vehículo, taxi, vehículo… y vas a ir tranquilo. Tratamos de parar en lugares bonitos para que no pases durmiendo en sitios horribles, porque sabemos que también necesitas descansar. No te preocupes. Yo me voy a asegurar de que te atiendan de la mejor manera. Y si todo sale bien, si Dios quiere, en quince días ya vas a estar con tu tía.

Y yo pensé: quince días suena muy bien. Uno se imagina tantas cosas peligrosas que ha leído en las noticias —cuerpos que nunca aparecen—, pero cuando él lo decía así, en mi mente yo ya estaba en Estados Unidos. Hablaba tan bonito, y todo sonaba tan simple y tan fácil, que me ilusioné. Sentí que para la próxima semana ya iba a estar allá. El que te quiere vender un chocolate de menta te dice que es miel, y este tipo de verdad tenía miel en la lengua.

Hasta mi esposa y su mamá dijeron:

—¡Qué bonito lo pintó, va!

Yo solo le pregunté por el pago, y él me explicó:

—Primero, acá me vas a entregar $3.000. Me los das el día que yo llegue a recogerte. Tú me dices dónde quieres que te encuentre, yo llego y me entregas el dinero. Luego, cuando ya estés en la frontera, vas a depositar otros mil, pero no a mí, sino al guía que va contigo, porque él tiene que pagar el cruce. Después, cuando ya estés en la puerta de la casa de tu tía, ellos tienen que tener los $4.000 que faltan. Cuando ya estemos en Houston, se les va a decir: “Miren, ya tenemos a Héctor

aquí. Estamos a solo dos horas de llevarlo en carro. Tengan listo el dinero". Entonces avísame cuándo quieres salir. De hecho, tengo una salida el miércoles. Si quieres, te puedes ir el miércoles.

—Tranquilo. Tengo que hablar con mi tía y con mi novia. Te lo haré saber. Tengo tu número, ¿seguimos hablando?

—Va, está bien, Héctor. Tú avísame y nos vamos. Tranquilo: el viaje es de lo más bonito. Ni lo vas a sentir, ni te vas a arrepentir. Vamos a estar llamando para que te lleven los demás. Bueno, ya sabes, cualquier cosa me llamas. Tengo que dejarte porque voy a quedar con otro cliente.

—No te preocupes, está bien.

Él se fue, y nosotros nos quedamos ahí, platicando y terminando de comer. Así terminó la conversación.

* * *

Me fui el 20 de junio. El cumpleaños de Noemí era en julio, así que obviamente no iba a estar con ella. Recuerdo que tenía algunos ahorros —porque estaba trabajando y todo eso—, y le dije a Noemí:

—Te dejé un regalo.

A los dos siempre nos han gustado los teléfonos: por las fotos, por los recuerdos. Recuerdo que cuando se lo di, se puso a llorar. No era nuevo, lo compré usado, pero Noemí dijo que era un bonito detalle.

Al día siguiente, mi tía envió el dinero y llegaron a recogerme. Le pedí al coyote que me encontrara en el cementerio. Era preferible salir desde mi colonia que tener que decirle a Noemí: "¿Me podés dejar en tal lugar?". No quería despedirme de ella. Imagínate tener que despedirse así.

Me quedé en el cementerio con mi maleta. Él llegó por mí y nos fuimos. Yo ya iba mentalmente preparado para la aventura, pero primero me llevaron a una casa en Santa Ana, justo en la frontera, y ahí pasé ese día y el siguiente pensando en Noemí, hablando con ella por teléfono.

Las emociones de estar estancado en una casa durante un día y medio me hicieron pensar: No quiero irme. Estuve flaqueando. Estuve

flaqueando en el sentido de que intenté echarme para atrás, dar la vuelta y decir: “No, no quiero continuar. No quiero irme”. Ya no quería irme.

9
Viaje al norte

Viajé con tres personas más: una chica llamada Sonia, su hijo y un chico al que todos llamaban Chele. Al principio casi nadie hablaba. Cuando nos subieron a un camión —de esos que, en mi país, se usan para transportar animales— surgió la primera broma:

—Somos los cuches que llevan al mercado.

De alguna manera, eso rompió el hielo.

Según lo que explicó el guía, yo podía salir legalmente de El Salvador hacia Guatemala y moverme por una parte de México solo con mi DUI. Pero Sonia viajaba con un niño y no tenía el consentimiento del padre para sacarlo del país, así que tuvimos que cruzar la frontera por un punto ciego, no por un checkpoint.

Nos sacaron de El Salvador, nos subieron a un microbús y nos llevaron al centro de Guatemala. Llegamos a un hotel alrededor de las ocho de la noche. Digo hotel, pero en realidad era un lugar pequeño y en condiciones deplorables. El cuarto solo tenía dos camarotes: uno para Chele y para mí, y otro para Sonia y el guía. Así se ahorraban dinero.

El guía fue a comprar la cena: huevo, frijoles, un pedazo de queso y una tortilla. Ese día yo ya estaba angustiado, inquieto, dándole vueltas a todo, y pensé que nos darían un poco más de comida. Pero me dieron un poquito y pensé: bueno, esto también es parte de la aventura.

No fue sino hasta tarde en la noche que empezamos a conversar y a presentarnos. Ya no recuerdo el nombre real de Chele; él lo dijo, pero como todos lo llamaban así, así se me quedó. A Sonia sí la recuerdo bien, no por un apodo, sino porque creo que ese era su nombre de verdad.

Dormimos apenas un par de horas. A las tres de la madrugada llegó un bus para llevarnos hacia la frontera. Era un bus normal de pasajeros. Los que se dedican a mover gente suelen operar por separado: el

microbús que nos llevó a ese dizque hotel venía solo para nosotros, pero el bus era más barato, así que tuvimos que tomarlo.

En la frontera con México tuvimos que caminar varios kilómetros, siempre por puntos ciegos. Ya del lado mexicano, otro microbús nos recogió. Ese microbús nos llevó bordeando la frontera, también por puntos ciegos. El trayecto fue largo; trato de recordarlo lo mejor que puedo.

Nos bajaron del microbús y nos subieron a una pickup, que nos llevó un tramo más, hasta llegar a otro punto donde nos esperaba otro chico. Si mal no recuerdo, tenía un Ford Focus: un carro pequeño, pero súper modificado para no ser detectado. Del Focus pasamos a un taxi, que nos llevó a nuestro último destino del día. Para que te hagas una idea, todo eso ocurrió entre las tres de la madrugada y las once de la noche.

Al día siguiente no salimos hasta la tarde, y eso fue lo bueno. Para desayunar comimos tacos de lengua de vaca, y la verdad… no me gustaron nada. Después le dije a Noemí:

—Cuando pruebo tacos de verdad, ese es otro manjar.

Pero en ese momento no podía ponerme exigente. Con el estómago vacío, tenía que conformarme con lo que hubiera. Me los comí todos.

De allí nos llevaron en el mismo taxi hasta donde estaba la primera rastra. Luego otro vehículo nos recogió y nos llevó a una especie de punto de control.

—¿Cuántos llevas?

—Veintidós.

Los demás no parecieron darse cuenta, pero yo entendí de inmediato que eran tipos del cartel. Me acordé de un video que habían sacado los Zetas, donde despedazaban a cuatro señoras. Pensé: estoy haciendo esto para salvar mi vida, ¿no? Pero ¿y si, en el intento de salvarla, termino muriendo aquí?

Si me asesinan en mi país, al menos mi familia puede encontrar mi cuerpo, velarme, saber que fallecí. Pero acá... si me asesinan acá, nadie me va a encontrar. Nadie va a recuperar mi cuerpo para darle su santa sepultura, mucho menos una vela. Y lo más trágico: mi familia nunca

sabrá qué pasó conmigo. No saber si estás vivo o muerto también es una muerte lenta.

Los hombres con fusiles recogieron el dinero y nos subieron a una camioneta. La camioneta crujía y sacudía —parecía una escena sacada de una película de narcos— hasta que llegamos a una casa en lo alto de la montaña.

Los dueños nos recibieron amablemente, pero esa noche no pude dormir. El calor era insoportable y el cuarto estaba repleto de zancudos que me picaban tan feo. Sentía cada uno chupándome la sangre. En El Salvador yo tenía una raqueta eléctrica que los mataba con una descarga: se oía el zumbido —zzzzzzzzzz— y de repente ¡fu-pah! Pero ahí el lugar estaba infestado y no había raqueta. Para las once de la noche ni Chele ni yo podíamos dormir, así que salimos a tomar aire.

Sonia estaba dormida, rendida del cansancio. Había hecho el mismo trayecto que nosotros, pero además tenía que cambiar y bañar a su hijo, y encima aguantar a la Zorra intentando tocarla.

La Zorra era el apodo que Chele y yo le habíamos puesto a Luis, nuestro guía. Desde el primer momento que vio a Sonia decidió que se la iba a comer. Pero Sonia era salvadoreña y pícara: supo manejar el acoso siguiéndole el juego.

En una ocasión, la Zorra dijo que iba al baño y que le compraría lo que quisiera. Ella se volvió hacia nosotros y nos preguntó qué queríamos comer. El dundo fue y lo compró todo. Cuando regresó, Sonia le pidió además una soda grande para darnos un trago, unas Sabritas, chocolates, galletas. Él seguramente pensó que ella estaba cediendo porque aceptó todo lo que trajo. Pero en la noche, ella le dijo que se sentía cansada y que el niño quería dormir. Terminó acostándose en el catre con nosotros —sabía usar su encanto a su favor—, mientras el guía se quedó solo, habiendo gastado su dinero en vano.

Cuando llegamos a Ciudad Juárez, Sonia y su hijo tomaron otra ruta. La verdad, le deseo lo mejor. Que Diosito siempre esté guiándola.

* * *

Desde la casa en la montaña seguimos avanzando por una carretera que bordeaba un risco. Para salir de la montaña, un tipo en motocicleta —lo que llaman una "bandera"— se adelantaba unos doscientos metros para avisar por radio lo que venía.

—No hay retén, sigan.

—No hay policías, sigan.

—¡Mierda, vienen los federales!

El conductor aceleró y se metió en el primer cruce que encontró. Pero justo cuando parecía que nuestra aventura por las montañas estaba a punto de terminar, el vehículo se detuvo.

Más adelante había un señor de espaldas, parado en medio de la senda. Llevaba su ya reconocido sombrero, pero como en México medio mundo usa sombrero, al inicio pensamos que era un civil más. Entonces se viró y su placa brilló: policía municipal. Obviamente, era uno de los pocos que no se había vendido.

De golpe trató de meterle la mano al conductor. El conductor metió quinta de una vez, la camioneta dio un brinco y todo el chasis se levantó. El agente se subió a su patrulla y comenzó la persecución.

El conductor pisó el acelerador con tanta fuerza que los resortes del vehículo se hicieron pedazos. En un tramo especialmente horrible, la llanta pegó con una piedra y los bajos del carro chocaron contra el suelo. La camioneta se tambaleó violentamente y se ladeó hacia un costado.

Nunca voy a olvidar la expresión de la chica que iba adelante, aferrada a los barrotes metálicos de la pickup. Yo iba justo a su lado, por si algo salía mal y tenía que tirarme. Siempre he tratado de ir un paso adelante. Todos mis hermanos habían intentado hacer ese viaje y habían fallado; me advirtieron qué hacer y qué no hacer.

Además, habiendo crecido en El Salvador, uno aprende rápido: si no andas avispado, es porque nunca saliste a la calle o viviste protegido toda tu vida. Pero yo no. Yo crecí sin padres, en los años en que las pandillas dominaban, con amigos que se hicieron pandilleros y luego viendo cómo mataban a esos mismos amigos. Aprendí a estar avispado. Por eso me coloqué en ese lugar en la pickup.

No miento: el carro no llegó a volcarse por completo, pero el rostro de esa chica era de pura agonía. ¿Y quién no lo sentiría? Nos estaban persiguiendo, el chofer iba como loco y no teníamos ninguna protección. Si el carro terminaba dando vueltas, ella probablemente sería la primera en morir. Jadeaba, como si le faltara el aire, y por un segundo pensé: puta... se va a morir sola.

Luego pensé: o tal vez me muero yo. Tal vez nos morimos todos.

Gracias a Dios, el conductor logró estabilizar la camioneta. Siguió a toda velocidad hasta estar seguro de que había perdido al agente. Entonces se paró, nos hizo bajar a todos —escondió la "mercancía" en un lugar seguro, con mucha astucia— y se fue.

Nosotros nos dispersamos, pero ya teníamos puntos de encuentro definidos. Poco después, otro carro, una Toyota Tundra, nos recogió y nos llevó hacia el norte. Cerca de las diez de la noche, subimos a un furgón con destino a Monterrey.

* * *

En la parte de atrás solo íbamos tres: Chele, yo y otro chico que dijo ser de Honduras. Estábamos en la "cama" de la rastra, un pequeño compartimento con cortinas que se podían correr. El chofer nos dijo:

—Traten de dormir. El trayecto es largo y aburrido. No llegamos hasta las cuatro de la mañana. Mejor intenten descansar. A veces ponen retenes, pero nunca pasa nada.

En El Salvador, los retenes son comunes, especialmente en verano, cuando la gente va a la playa y muchos manejan ebrios. Y sabes que sí o sí habrá retenes en Semana Santa o en las fiestas de agosto. Pero también puede pasar que, de la nada, te topes con un reten improvisado en un día cualquiera, y así es como muchas veces capturan pandilleros trasladando armas.

En México es parecido, solo que el objetivo principal son los traficantes de personas: impedir que los migrantes lleguen a Estados Unidos.

Ya estaba oscuro; se suponía que debíamos estar dormidos, pero ninguno podía conciliar el sueño. Cuando escuchamos que Monterrey

estaba cerca, nos emocionamos: ya casi llegamos. Seguíamos hablando con el conductor para calmarnos. Él iba tranquilo, manejando, fumando, bebiendo su soda. De repente se dio un torsón por la comida, tosió y gritó:

—¡Agáchense todo lo que puedan! ¡No vayan a hacer ningún movimiento!

Confiamos en él porque nos había dicho que no nos preocupáramos, que llevaba años haciendo ese trabajo y que nunca pasaba nada. Pero a lo lejos empezaron a verse un montón de luces encendidas, sirenas encendidas. Había al menos una docena de patrullas federales. Nos habíamos topado con un retén. No con cualquier retén, sino con uno masivo.

Eran como las dos de la madrugada. A las cuatro se suponía que llegaríamos. Nos quedamos completamente inmóviles. El conductor, que había dejado la cortina medio cerrada para que descansáramos, la abrió más y nos susurró:

—Agáchense lo más que puedan. Que parezca solo una cama. Si cierro la cortina, van a querer revisar.

Abrió bien la cortina y encendió la luz de la cabina. Nos dijo que, si era posible, ni respiráramos.

—¡La puta madre! Estos nunca ponen retenes, y menos aquí. ¿Qué pasó?

Bajó la ventanilla y le pidieron sus documentos. Mientras tanto, yo veía a los federales revisando otros vehículos más adelante. Te juro que, después de todo lo que habíamos pasado, Chele y yo —y hasta el hondureño— íbamos orando en silencio:

—Señor, tanto que hemos avanzado para que ahora nos quedemos acá... ¿nadamos todo el mar para morir en la orilla?

Pensé que quizá no nos verían, porque desde abajo sería difícil distinguirnos acostados. Pero al reducir la velocidad, el ángulo facilitaba mirar hacia adentro. Y con la cortina abierta y la luz encendida, estábamos prácticamente expuestos. Nos iban a ver.

Pero solo le pidieron los papeles. Hasta el día de hoy no sé cómo ningún federal nos vio. Siempre le digo a Noemí: ¿quién más sino Dios

pudo escondernos esa noche? ¿Quién más sino Él pudo cegar al oficial que estaba justo ahí?

El conductor casi lloraba de alivio, riéndose a carcajadas. Decía que nunca había vivido algo así, que jamás pensó que lo lograría. ¡Eran federales! Y lo más loco de todo: llevaba las cortinas completamente abiertas.

* * *

Eran como las cuatro de la mañana cuando llegamos a Monterrey. Una señora nos recogió y, antes de llevarnos a su casa, nos advirtió:

—El pasaje al que vamos a entrar es muy peligroso. Ahí hacen de todo lo que te puedas imaginar. Para evitar que alguien los saque del carro, por favor no miren a nadie, no miren a ningún lado: solo hacia adelante.

Impactados por sus palabras, llegamos a la casa. En la oscuridad escuchamos la voz de un hombre:

—Mi esposa está dormida, así que por favor hagan poco ruido. Mi hijo también está dormido. Poco ruido, por favor.

La señora nos preguntó:

—¿Quieren beber agua? Dale, agua. Pero comida hasta mañana, cuando se cocine.

En esa media penumbra, usamos la linterna del teléfono para encontrar un vaso. En un instante había una pichinga grande. Agarramos un vaso y nos servimos. El agua sabía tan rica… la sentíamos tan rica. Me acordé de algo que una vez me dijo Pedro:

—Es perro el hambre, pero es más perra la sed.

Cuando llegué a Monterrey, lo confirmé.

Un señor nos pasó unas colchas.

—Acuéstense ahí en el suelo. Una almohada cada uno, y ahí quédense. Ya está, es Monterrey. No necesitan cobijarse porque hace calor.

Prendimos los teléfonos y notamos manchas más oscuras en las esquinas del cuarto. No era la oscuridad de la noche: era otra cosa. Cuando enfocamos con la linterna, vimos un montón de cucas. Tuvimos

que barrerlas con un zapato para despejar un pedacito donde pudiéramos acostarnos. No las matamos —¿dónde las íbamos a tirar a esa hora?—; solo las apartamos lo suficiente para abrirnos espacio.

Chele y yo estábamos tan cansados del viaje. Repetíamos lo mismo una y otra vez:

—Ojalá que valga la pena.

—Ojalá que Diosito nos deje lograrlo.

No lo decíamos por ambición, ni por dinero. Lo decíamos por el sacrificio. Por todo lo que habíamos dejado atrás. Por todo lo que ya habíamos pasado. Era nuestra manera de darnos ánimos.

—Va... tiene que valer la pena, Chele.

—Sí, hombre. Ya falta poquito.

Al día siguiente, nos despertamos y vimos la misma agua que la noche anterior nos había sabido tan refrescante. Y fue entonces cuando nos dimos cuenta: dentro de la pichinga, flotando en el fondo, había un calcetín.

La pichinga estaba casi vacía —prácticamente nos la habíamos acabado—. Entendimos que ese calcetín probablemente había estado ahí toda la noche. Yo supuse que había sido el hijo de la casa: una travesura de niño; tiró el calcetín y los papás no se dieron cuenta. Se durmieron. Nosotros llegamos, tampoco nos dimos cuenta, y bebimos de ahí.

Hay momentos en los que uno siente ganas de llorar de pura impotencia, porque no puedes hacer nada. Ese fue uno de esos momentos. Después de las cucas, después de la noche larguísima, después de repetirnos una y otra vez "ojalá que valga la pena", para luego descubrir que el agua que tomamos tenía un calcetín... fue espantoso. Sentí ganas de vomitar.

Cuando los señores vieron lo que había en la pichinga, botaron esa agua y nos dieron agua limpia. Eran buena gente. Ahí estábamos bien. Pero cama no había. Nos tocaba el suelo, con las cucas.

Pasamos dos días en esa casa.

El día que nos fuimos, nos dijeron:

—Va a venir un bus con este número. Se suben a ese, ¿va? Ya en marcha, alguien se va a levantar, se les va a acercar y les va a pedir una contraseña. Ustedes se la tienen que dar.

No recuerdo si la mía era *po lo con yeta* o *po to con yeta*. Pero sí recuerdo que llevaba *con yeta*, una palabra inventada. Al principio pensé que era broma, que nadie en serio me iba a pedir una contraseña. Pero por si acaso, la anoté en el teléfono.

Me subí al bus hacia Reynosa y, en el trayecto, pusieron una película en una pantallita: Robert Downey Jr. en *El juez*. Yo solo lo había visto como *Iron Man*.

De repente, una mujer de unos treinta y cinco años se levantó. Yo pensé: Ah, entonces era cierto…

Se me acercó:

—Contraseña.

—Po lo con yeta.

Ella revisó en su libreta:

—Po lo con yeta... Aaaah, tú vienes con Benjamín.

* * *

Reynosa fue la última parada. Un gran muro rodeaba la propiedad, y las primeras palabras de bienvenida fueron:

—Ah, más salvadoreños.

En la casa todos estaban regados; cuartos separados y, en medio, solo espacio vacío. Nada más paredes, techo y suelo, donde dormíamos. Los únicos cuartos decentes, me imagino, eran el de la señora y la cocina.

Recuerdo que esa fue la primera vez que me bañé con agua hirviendo, y no tenía ni dónde defecar porque el sanitario estaba arruinado. Los otros "baños" eran solo huecos en el suelo, donde había que ponerse en cuclillas.

En esa casa conocimos a un salvadoreño de unos diecisiete años. Ya llevaba seis meses viviendo allí. No había podido avanzar porque su familia aún estaba reuniendo el dinero. Ya había pagado $3.000 en El Salvador, pero todavía le faltaba mil más para cruzar el Río Bravo en

la frontera. Además, no viajaba solo: venía con su hermana, de unos trece años. Así que la familia necesitaba reunir otros tres mil para ella. Seis meses, y todavía no lo habían logrado.

Pero al segundo día de estar ahí, el chico dijo:

—¡Ya depositaron el dinero! ¡Ya me voy!

Se le notaba la felicidad en la cara. Seis meses atrapado en el mismo lugar... solo puedo imaginar su desesperación, preguntándose si su familia alguna vez iba a cumplir o no. De alguna manera, le llevamos suerte. Nosotros llegamos y, apenas dos días después —luego de medio año de ver cómo la gente llegaba y se iba mientras él se quedaba—, por fin le tocó. No recuerdo su nombre, pero sí recuerdo que nos deseamos lo mejor. Ojalá le haya ido bien, de verdad.

Luego conocimos a una chica. Ella venía con otro grupo, pero la trataban como sirvienta, mandándola todo el tiempo: "hacé esto, hacé lo otro." Al final se separó de ellos y empezó a pasar con nosotros. Chele me contó que la habían manoseado durante el trayecto —no violada, pero sí abusada—. Este era su tercer intento, y decía que ya no quería seguir. Desde el inicio ni siquiera estaba convencida de irse, pero su mamá quería que saliera del país. Y cuando pagas tanto dinero, el coyote te da tres intentos. Por todo lo que había pasado, se quedó con nosotros. Al tercer día, volvió a irse con su grupo. Chele le dijo que, si algún día ambos lograban regresar a El Salvador, quizá podrían verse otra vez.

También conocimos a una señora que viajaba con su hija de catorce años. Nos contó que, durante el viaje, el conductor le ofreció que la niña durmiera en la cama del camión para que no pasara frío. Cuando la madre preguntó si podían dormir las dos ahí, el conductor le dijo que solo había espacio para una persona. Así que decidieron aguantar el frío.

Ella nos dijo:

—Es bien lamentable lo que tenemos que hacer, lo que tenemos que pasar, por un bienestar. Por motivos parecidos, yo también tuve que sacar a mi hija del país.

Ahí entendimos. En El Salvador, los pandilleros hacían lo mismo: se daban cuenta de que una niña iba creciendo, tomando cuerpo, y la

querían para ellos. Una cosa es que a ti te guste un pandillero. Otra muy distinta es que un pandillero te elija. Si es lo segundo, ya no puedes estar con nadie más. Si lo intentas, o matan a esa persona, o te matan a tí.

Le dijimos que de verdad le deseábamos lo mejor a ella y a su hija, que Diosito las guiara siempre.

Todos teníamos el mismo trayecto, pero además las mujeres tenían que soportar acoso, manoseos, incluso la posibilidad de una violación. No me imagino eso. Y pensé: ¿qué va a pasar con Noemí y conmigo? Yo quiero que ella también llegue, pero no quiero que pase por algo así. Era complicado. Muy complicado.

Al tercer día nos dijeron que saldríamos al día siguiente. Nos alistamos felices. Pero al final lo único que hicieron fue llevarnos a comprar un agua de coco y luego regresarnos, porque no sé qué había surgido y no se podía salir.

Yo odio esperar y odio hacer esperar. Si me dicen a las diez, yo salgo quince minutos antes, mínimo cinco. Pero no me gusta hacer esperar a nadie. Yo seguía y seguía mandando mensajes: "¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Cuándo? ¿Cuándo?"

Al cuarto día, me enteré de que Chele era bailarín. Al inicio pensé que estaba fregando, pero la señora de la casa dijo:

—Chele, vos me dijiste la otra vez que bailabas.

Y como los salvadoreños somos trompudos, él respondió:

—¡Claro que sí! ¿Querés clases?

Ella puso música y él sacó sus dotes de bailarín. Se movía bien. Se llevaron tan bien que ella le compartió de su comida —y él la compartió conmigo, porque yo no cocino nada.

Esa noche nos dijeron que a las cuatro de la mañana vendrían por nosotros y que estuviéramos listos. Pero como ya nos habían engañado una vez, le escribí a Noemí que no se ilusionara. Era la una de la madrugada y apenas nos estábamos acostando.

No hay lugar como el hogar —eso es bien dicho—, porque no dormí bien en ninguno de esos lugares. En ninguno.

—¡Eh, levántense, vergas! ¡Levántense!

A las cuatro de la mañana, efectivamente, llegaron por nosotros. De alguna manera estaba contento, porque Reynosa ya es frontera. No sabía que lo peor todavía estaba por venir.

10
Desierto

A las cinco ya estábamos inflando la balsa con la que íbamos a cruzar el famoso Río Bravo. Íbamos doce, apretados en ese pedacito, uno tras otro; un guía al frente y otro atrás —los que se quedaban remando—. Era mejor eso que tener que desnudarnos y nadar, que es lo que la gente suele hacer. A las cinco y media ya estábamos del otro lado y estaba amaneciendo. Solo llevábamos una botellita de agua, porque todo lo demás —prendas, mochilas, lo que fuera— tuvimos que dejarlo atrás.

Uno de los guías dijo que iba a reconocer el camino y que solo necesitaba llevarse a una persona. Un guatemalteco, que ya había vivido en Estados Unidos, se fue con él. El resto nos quedamos a la orilla del río.

Le dije a Chele:

—Mi hermano me dijo que aquí hay un dron especializado en esta zona. Un dron que detecta solo el iris del ojo —como cuando en la oscuridad ves brillar los ojos de una rata—. Eso tiene el dron: sensores de visión. No mirés para arriba.

—¿Vos de verdad creés eso? ¡Mirá, allá arriba anda un pájaro!

—Mi hermano también me dijo: no corras en grulla, porque cuando toque correr, cada quien va a salvar su propio pellejo.

El guía regresó con el guatemalteco.

—Quedémonos atrás —le dije a Chele.

Dejamos que el grupo de diez se adelantara unos diez metros. Luego los seguimos. Todo estaba cubierto de maleza, árboles, arbustos. No es que me crea inteligente, pero yo había aprendido a estar alerta: el dron iba a venía sobre nuestras cabezas, en un patrón. ¿Cómo lo sabía? Porque lo escuchaba, y cuando se alejaba, lo alcanzaba a ver de reojo.

Volaba quizá a unos ochenta metros, y el sonido se oía fuerte. Entonces, cuando se acercaba, yo me agachaba, bajaba la cabeza y esperaba. Cuando sentía que se alejaba, volvía a levantar la vista; y cuando ya no estaba encima, seguíamos avanzando. Pero cuando la

gente empezó a verlo de frente, el dron redujo su recorrido y se quedó flotando sobre nosotros. Me di cuenta porque dejé de oír que se iba a lo lejos.

—Chele, el dron cambió su rutina. Se está quedando justo encima.

—¿Vos creés que nos vio?

—Ya vas a ver. Ahorita viene Migración.

—¿Y cómo sabemos que son ellos?

Mi hermano también me había advertido eso.

—Por el uniforme. Andan verde fosforescente.

Estábamos metidos en los matorrales. Cuando miré hacia atrás, vi a siete agentes de Migración cerrando el paso de regreso al río. Esa era la estrategia vieja: los migrantes corrían de vuelta al río, porque en el momento en que se metían al agua, el río era territorio neutral y Migración ya no podía tocarlos.

Los vi formando una especie de valla detrás de nosotros.

—Chele —le susurré—, ya están aquí. No te movás. No te movás.

Siete se quedaron en línea, pero uno venía rodeando con la pistola desenfundada. Ese dron sí era efectivo.

Chele y yo nos quedamos completamente inmóviles. Mientras tanto, el bulto de diez ya iba más adelante. El agente seguía escaneando, porque el dron había mandado nuestra ubicación. Pero cuando vio al grupo grande moviéndose, se fue jalado hacia ellos. El movimiento siempre llama más la atención.

—¡No se muevan o...! —me imagino que eso iba a decir.

Pero yo ya había pegado el salto. No sé qué hizo Chele. Solo alcancé a gritar:

—¡Corré!

Esa fue la última vez que lo vi. Las últimas palabras que cruzamos. Tal vez venía a la par mía, o tal vez agarró su propio rumbo, o tal vez —por tonto— se quedó congelado viendo pasar a la migra. Lo único que sé es que cuando el agente abrió la boca, yo no esperé a oír el resto. Me fui: corriendo, corriendo, corriendo…

La verdad, no pudieron ser más de treinta metros. Los arbustos me reventaron toda la fuerza, y las piernas ya no me daban. Fue horrible. El que diga que ahí puede correr cien metros, está mintiendo. Yo corrí

treinta, cuarenta, y ya estaba muerto. Tuve que bajar a trote. Ya no podía.

Por eso Migración anda con perros: ellos no tienen que abrirse paso entre maleza como uno. Los entrenan para agarrarte del pantalón. Incluso tienen caballos entrenados para alcanzarte. Yo esperaba ver alguno, pero gracias a Dios no vi nada.

Después de esos cuarenta metros, paré y empecé a caminar.

Caminé hasta quedar tan agotado que llamé a Benjamín, el coyote de El Salvador. Me preguntó:

—¿Y Luis?

—No sé. No lo he llamado.

—Llámalo. Él te va a dar instrucciones.

Llamé a Luis y le dije que habían interceptado al grupo, y le pregunté qué debía hacer. Eran como las seis de la mañana.

Me dijo:

—Acaba de salir el sol. Tenelo a tu izquierda y caminá recto. Vas a llegar a un lugar donde hay unos molinos.

Yo entendí que dijo "molinos".

—Okay.

Entonces vi el sol y caminé recto. Caminé y caminé. A ratos andaba cerca de la carretera, por donde pasaban las camionetas de Migración. Vi varias. Cada vez que pasaban, me tiraba detrás de montículos pequeños para esconderme. Cuando pasaban, me levantaba y seguía.

Subí y bajé, salté cercas. Saltaba una, cruzaba la carretera, saltaba otra, y seguía avanzando.

Caminé hasta el mediodía. Imagínate: desde las seis hasta las doce, completamente solo, en ese tipo de desierto. Solo montículos y erupciones de tierra donde podía recostarme y esconderme.

Llamé otra vez:

—Luis, nunca encontré el lugar que me dijiste.

—¿Cómo que no? Mantené el sol…

—¿Y cómo querés que mantenga el sol a mi izquierda si lo tengo encima? ¡Es mediodía! Yo… yo ya no puedo… ya no quiero seguir…

Ya estaba acabado. Exhausto.

—Seguí un poco. Yo sé que lo vas a lograr. No te des por vencido. A todos los demás los capturaron. Vos sos el único que ha sobrevivido.

A la una, llamé a Benjamín:

—Luis ya no sabe qué hacer. Solo repite que ponga el sol a mi izquierda. El sol está encima y ya se me está moviendo a la derecha. Me voy a entregar.

—No. No te entregues.

Seguí caminando y, como a la una y media, empecé a ver una carretera a lo lejos. No era mucho, pero era algo. Seguí empujando.

A las dos llamé otra vez a Luis:

—Ya veo una carretera.

—Buscá algo con lo que yo pueda ubicar dónde estás.

—No sé...

Vi un letrero chiquitito, como del tamaño de un reloj, y dije:

—Solo veo algo que dice…

No sé cómo saben tanto, pero con solo eso me dijo:

—Ya sé dónde estás. Ahorita mismo mando a alguien.

Era una freeway, de esas carreteras donde no se puede detener. Si andas a pie ahí, ya perdiste. El que venía por mí llamó y dijo:

—Salí. Salí.

Yo ya había llegado cerca, pero vi una patrulla como a doscientos metros. Tengo buena vista, no creas que no. Además, las patrullas en Estados Unidos son fáciles: blanco y negro.

Me volví a esconder detrás de una colinita. Esa patrulla pasó, pero otra se quedó estacionada más lejos.

Lo volví a llamar:

—La patrulla está ahí. No puedo.

—Está bien, espero.

Ya eran más de las dos de la tarde. Yo venía caminando desde las seis, bajo un sol brutal. Estaba desicado. Ya quería que me capturaran o… no sé. Solo necesitaba descansar, en una celda o donde fuera.

Me desplomé bajo un árbol espinoso, sin ánimos de nada, y me dormí del agotamiento hasta como las tres y media. Cuando desperté, revisé el teléfono y luego la carretera. La patrulla seguía ahí.

Tenía que estar por algo: una patrulla no se queda en una freeway estacionada hora y media por gusto. Pero diez minutos antes de las cuatro, se fue. Llamé al conductor:

—Ya se fue.

—Okay. Voy para allá. Carro azul.

Yo no sabía de marcas. Solo Ford por Estados Unidos. Pero sí sabía colores —aunque soy un poco daltónico—. El carro venía rápido. Solo bajó a unos veinte kilómetros por hora y la puerta se abrió. Yo tuve que tirarme adentro con el carro en movimiento, porque él no podía parar ni un segundo. Hasta los carros detrás podrían estar grabando. Tenía que brincar.

—¡Subite, subite, subite! —me gritó.

Me guindé del carro, suspendido en el aire, y luego me tiré adentro. Ya acomodado, me dijo:

—Ponte esta gorra, estos lentes, agarrá esta revista. ¿Has comido? No. ¿Has tomado algo? No. Está bien, espérame: voy a parar en una gasofa y te compro algo.

—Okay, gracias.

Yo ni podía hablar. En esa gasolinera había una patrulla. A mí me parecía absurdo: después de todo el juego del gato y el ratón en la freeway, y ahora tener una patrulla a la par. Pero no pasó nada.

El conductor regresó y me trajo una soda —no agua, pero ya qué—. Yo estaba encantado solo de comer unos burritos de quién-sabe-qué.

Luego, en otra gasolinera, me llevó al punto donde me iban a entregar a dos chicos como de veinte años. Apenas me subí con ellos, me preguntaron:

—¿Estás bien?

—Estoy cansado.

—¿Crees que puedes caminar?

—Sí, claro, claro.

—Okay, entonces... ¿le jalas hoy?

Yo pensé que me preguntaban si podía caminar un par de horas más hasta alguna casa.

—Sí, yo puedo —les dije—. No se preocupen.

Pero había entendido mal. Cuando los vi comprando botellas de agua y comida, les pregunté:

—Eh, ¿me van a mandar a caminar hasta una casa o este tramo es un poco diferente?

—No, no… a Texas. Hay salida esta noche. ¿Le jalas o no?

—Pero… es que estoy exhausto.

—Bueno, tú decides.

Le escribí a Benjamín:

—Estos quieren que camine hoy, pero ando exhausto.

—Éntrale. Como sea, participa. Si no vas hoy, vas a esperar por lo menos un mes para la próxima salida.

Me tenían entre la espada y la pared. ¿Me espero o me voy? ¿Me quedo en McAllen, Texas, o empujo hasta el final? Si me voy, corro el riesgo de morir. Pero si espero treinta días, voy a pasar todo ese tiempo oyendo: "Te lo dije, te lo dije, te lo dije".

McAllen, Texas es un punto seguro; o sea, ya superaste muchos retenes y la redada de la frontera. Es como cuando estás jugando un videojuego: pasas un nivel súper difícil y dices: "Uff, lo logré." Van a venir más desafíos, sí, pero por lo menos esa parte ya quedó atrás, y lo que falta se va resolviendo.

Noemí me escribió preguntando si podía viajar ese mismo día. Le respondí:

—Creo que lo voy a hacer.

La verdad, era mi primera vez y uno va nulo de todo. Pensé que no sería mayor cosa. Creí que podía. No medí bien mi cuerpo.

Esos chicos me llevaron con otro hombre que iba fumando marihuana en el carro. Yo estaba cansado, desvelado, mal comido… y él fumando. Me dio un dolor de cabeza brutal.

A las siete de la noche empezaron a recoger a más gente: uno por aquí, otro por allá. Los tenían escondidos por todos lados, y terminamos siendo como doce. También llevaron a dos chicos, de dieciséis años a lo mucho, que eran nuestros coyotes. Se suponía que, como eran novatos, iban a tener suerte de principiante.

Mucha gente se queda en McAllen, Texas, a trabajar. Pero si te vas rumbo a Houston, hay casetas de control. El trabajo de los coyotes es

esquivar esas casetas: cinco noches caminando por el desierto. A nosotros nos dieron una bolsa negra amarrada a una mano con comida: galletas, fruta, todo enlatado. En la otra mano, un galón de agua.

Empezamos a caminar a las ocho de la noche. Para las diez ya no tenía agua, porque me la había tomado toda. Ya había caminado todo el día bajo el sol, y no aguantaba la sed.

A las once empezamos a oír crujidos, movimiento, chillidos de animales salvajes: panteras, coyotes, hienas. Se oían tan cerca que parecía que ya éramos presa. De repente, el guía gritó:

—¡Dispérsense, ábranse!

Todos se abrieron, uno para acá, otro para allá, para que pareciera que nosotros éramos una manada de coyotes. Y funcionó: los animales se dispersaron, se alejaron, y nosotros volvimos a hacer fila y seguimos avanzando.

Yo solo aguanté cuatro horas. Para medianoche ya no podía. Se me acalambraron las piernas: adelante, atrás, en las tibias.

—Diez minutos, por favor. No puedo más.

Tenía tantos calambres que daba un paso y caía al suelo. Empecé a titubear:

—De verdad, déjenme descansar. Diez minutos.

—No —dijo uno de los guías, y me dio un trago de algo como jugo, jugo de frutas—. Esto te va a hacer sentir mejor. Vámanos, vámanos. No te puedo dar descanso. Vámanos.

Pero ya no daba. Las piernas me estaban matando. Caminaba tres o cuatro metros y me desplomaba. El paisaje era el mismo: arbustos, zacate alto, hojas grandes, arbolitos. Era como una jungla. Literalmente estaba caminando por una jungla.

Los guías fueron secos:

—Al que se queda, no nos interesa.

Así se muere mucha gente en el desierto. Yo les supliqué —sí, les supliqué—:

—Ya no aguanto, de verdad.

Los ojos se me cerraban, se me cerraban.

—O caminas o te quedas —me dijeron.

—Escuchen —les dije—, no es un perro al que van a dejar tirado. Soy un ser humano como ustedes. Ayúdenme, no sean así. Denme diez minutos de descanso. No pierden nada con diez minutos.

—¿Sabés qué? Son doce. Preguntale a alguno de tus compañeros si alguien se va a quedar con vos.

Yo no conocía a nadie, claro. Yo había llegado ese mismo día. Si hubiera conocido a alguien, tal vez... Pero los otros once ya eran un solo grupo. Se conocían; ya venían juntos. Quizá si yo hubiera sido parte de ellos desde antes, se habrían quedado todos, y el guía habría tenido que quedarse también. Pero yo acababa de llegar.

Pregunté. Híjole… no. Todos me dijeron que no. No iban a perder su oportunidad por mí.

Me levanté e intenté otra vez. Seguí caminando. Pero los ojos se me volvían a cerrar.

Como cinco minutos después, el guía sacó algo del bolsillo —tal vez ya lo tenían planeado— y gritó:

—¡Mosco! ¡Mosco! ¡Al suelo todos!

"Mosco" le llaman al helicóptero que rastrea el desierto de noche.

—¡Al suelo, al suelo!

Cuando dijeron "al suelo", yo ya estaba en el suelo, porque no podía más: me dejé caer. Pero no había helicóptero. Mintieron. Sabían que yo estaba tan exhausto que me iba a quedar quieto.

Esto lo hacen todo el tiempo. Saben que hay gente que no aguanta y se queda atrás, y hasta hoy, mientras hablamos, siguen dejando gente en el desierto igual. A los coyotes no les pesa abandonar a nadie.

Cuando desperté y vi la hora, me di cuenta de que ellos habían caminado, a lo mucho, diez minutos. Empecé a llamar a los chicos. Nadie contestó. Nadie. Yo estaba solo.

Empecé a gritar, pero me detuve pensando: Los voy a delatar. Si se enojan, van a volver y… ellos trabajan con carteles. No les tiembla la mano para asesinarme. Así de simple. Y ninguna de las personas que van con ellos me va a defender.

Pero igual grité... o por lo menos lo intenté. No sé si me salió la voz. Por dentro yo sentía que estaba gritando. Quizás... posiblemente no.

A lo lejos volví a oír el aullido de los coyotes. Intenté seguir caminando. Solo recuerdo que tiré la bolsa de comida y la regué por el suelo. En mi lógica pensé: por lo menos se van a detener a oler eso.

Yo sabía que en ese momento no tenía fuerzas para enfrentar nada. Sabía que estaba literalmente muerto entre animales salvajes. No era un perro el que iba a venir a morderme —uno que espantas con la mano—. Era una cosa aterradora.

Creo que ahí fue cuando me cayó de golpe: vienes queriendo salvar tu vida y la vas a perder aquí. La conciencia es el mejor juez, y todo se me aclaró. En un momento de agonía, lo primero que quieres es pedir perdón por lo que sea, y la primera persona en la que pensé fue ella. No pensé en mi mamá. No pensé en mi tía. En nadie más. Solo en ella.

La llamé y le dije:

—Híjole... perdóname.

De verdad... ¿cómo te explico? La llamaba para despedirme. No puedo repetir todo lo que dije, pero me acuerdo de que lo primero fue pedir perdón: porque ella se iba a quedar sola, porque yo había decidido irme.

Ella notó que yo apenas podía hablar. Me faltaba todo. La oí quebrarse, y aun así trató de ser fuerte. Solo me dijo que me calmara, que respirara, que llamara a la policía, llamara a quien fuera, pero que buscara ayuda ya.

—Pero estoy en medio del desierto. No sé a quién llamar. No sé para dónde agarrar. Toda mi vida he acudido a vos. Perdóname, porque... híjole, sé que te he hecho daño.

Estaba literalmente despidiéndome.

Ella repetía:

—¡Llama, llama, por favor! Llama a la policía. Ellos tienen que ayudarte.

Llamé a la policía. Les dije que necesitaba ayuda, que estaba en medio del desierto. Por suerte, en esas zonas —de Houston hacia el sur— se habla mucho español. Me dijeron:

—Eso no es nuestra jurisdicción. Le voy a transferir la llamada a Migración.

—Por favor.

Contestó otra persona. Me pidió mi nombre.

Yo dije:

—Estoy en medio del desierto.

—¿Pero dónde?

Le dije que iba caminando rumbo a Houston. Me preguntó si podía ver algo que les sirviera para ubicarme, aunque fuera aproximadamente.

—No. Solo veo, a lo lejos, una especie de faro con una luz que…

—Ah, esa es nuestra base. ¿Puedes acercarte un poco?

—No puedo.

El faro estaba a unos doscientos o trescientos metros, pero no podía. Cuando llamé, yo ya estaba tirado.

—No, de verdad no puedo. Por eso llamé. Mis piernas… no puedo moverme.

—Inténtalo. Estoy contactando una unidad para que vaya hacia donde estás.

Entonces empecé a caminar. Recuerdo que agarré un palo —ni siquiera era gran palo. Todo ahí era matorral—. Agarré una rama y seguí.

No sé cuánto avancé. No mucho: quizá treinta metros. Más adelante vi algo como una laguna. Ya no pude. Ni esos treinta metros pude completarlos. Me quedé en la orilla y me acosté.

Ahí pensé: lo único que queda es entregarte mi voluntad, Señor.

Miré mi teléfono: 2% de batería. Justo entonces entró una llamada. Era el chele de Migración. Contesté:

—Hola… ¿me puede ayudar?

—Héctor, estás muy retirado. La unidad va a tardar por lo menos dos horas más en llegar.

—Está bien. No se preocupe. Voy a tratar de aguantar. Solo quiero saber... enfrente tengo una laguna: ¿sabe si hay cocodrilos?

—No sé de qué laguna me hablas, pero no creo. Ojalá que no.

Esas fueron sus últimas palabras sobre eso: “Ojalá que no.”

—¿Puedes estar pendiente? En unas dos horas llegan los agentes.

—Okay.

A los segundos de colgar, escuché a lo lejos ese mismo sonido que venía rondándome —entre maullido y aullido—. Pensé: ha de ser horrible que te despedacen animales.

Me quedé ahí junto a la laguna. Miré el cielo, pensando en el final, por decirlo así. Lo mismo: si me hubiera quedado… aquí nadie me encuentra. Nadie me entierra. Nadie me vela. La única que sabe dónde estoy es Noemí. Ella le dirá a mi mamá… y ya.

Y en medio de esos pensamientos, vi una lluvia de estrellas, y fue resplandeciente. Pensé: sí, ya me estoy muriendo, porque una lluvia de estrellas solo pasa en cuentos. Esto no es normal. Ver esto no es normal.

Creí que era una alucinación: la luz de la muerte. Yo estaba en oscuridad, y de repente sentí los ojos llenos de luz y sentí… agonía.

Hay un dicho popular: "el dolor más fuerte es cuando el alma se desprende del cuerpo." Pero en ese momento también sentí paz.

Perdoname, Noemí. No fui completamente honesto contigo. Creo que fuiste la única persona a la que herí. Pero no le hice daño a nadie más. Estoy en paz conmigo mismo. Nadie me va a enterrar. Nadie me va a velar. Pero me voy a morir en paz. Me voy a morir en paz.

Los meteoros caían, y yo sabía que estaba muriendo. Sentí que me iba saliendo del cuerpo. Uno siente cuando el alma empieza a desprenderse. Así que encomendé mi alma y me dormí.

Me desperté. Miré la hora: exactamente las tres de la mañana. Había dormido dos horas. En esas dos horas, los coyotes pudieron haberme despedazado. Dios me estuvo cuidando todo el tiempo.

Volví a llamar. Me dijeron:

—Héctor, nuestros colegas ya llegaron, pero no te han visto.

—Aquí estoy. Necesito ayuda, por favor.

Una hora después vi un vehículo, pero estaba lejísimos. Tuve que volver a llamar, porque desde donde estaban no me iban a ver.

—Camina hacia el vehículo —me dijeron.

Me quedé en la línea con el agente. Él decía que no veían a nadie. Entonces vi unas luces coronando una loma y le dije:

—Estoy viendo unas luces. Quizá son ellos.

—Entonces camina, camina.

Ellos se habían estacionado en un punto alto. Yo empecé a caminar. Necesitaba descansar más, pero seguí. Tenía prendida la linterna del teléfono y, a lo lejos, vi la silueta de un hombre parado, con su propia luz alumbrando.

Y pasó algo increíble. Yo tampoco lo creería, pero fue real. Barrí con mi luz hacia un lado y ahí estaban: un montón de ojos de animales, en grupo. En la oscuridad no se distinguía qué eran. Parecían vacas… pero dudo que hubiera vacas ahí. ¿Búfalos? También lo dudo. Pero sí eran animales grandes... y eran muchos. Una manada. Y no se movían.

Barrí la luz hacia el otro lado y ahí vi solo un par de ojos. ¡Juela! Yo estaba entre presa y depredador. Nos quedamos quietos, estáticos. Mi mente se fue directo a lo peor: me va a comer porque yo soy el intruso. Tenía un miedo que no te imaginas.

Me quedaba 1% de batería, y adelante, a lo lejos, estaba mi salvación. Pero yo estaba trabado en ese duelo.

¿Qué hago?

Apenas moví la mano, y la manada salió disparada. Gracias a Dios, el depredador se fue tras ellas. Yo empecé a caminar lo más rápido que pude —más rápido, más rápido, más rápido— hasta que llegué a donde estaban los agentes.

Yo ya le había pedido al del teléfono que me tuvieran una botella de agua lista. Estaba deshidratado.

Cuando llegué, uno de los agentes me preguntó:

—Are you Héctor?

No fue lo único que dijo, pero en ese instante lo único que entendí fue mi nombre.

—Gracias —dije, pensando que hablaba español, pero no hablaba español para nada. Era totalmente nativo.

En el carro, uno de ellos intentó algo de español. Según entendí, preguntó:

—¿Hablas español?

—Sí, sí. ¿Tú hablas español?

—No, no, no. I don’t speak Spanish.

Creo que estaba intentando aprender ahí mismo, pero yo no entendía nada. Mientras tomaba agua, yo no podía creer lo que acababa

de pasar: todo desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la mañana, cuando me recogieron. Fue irreal.

11
Detención

Primero me trasladaron a un centro de detención en Laredo, Texas, adonde llevan a los migrantes. Llegué de noche y pasé cuatro días allí, esperando mi primera entrevista. Las "celdas" eran básicamente cuartitos, y en cada uno estábamos seis, siete, ocho… hasta nueve personas. Les decían "las hieleras". Con eso ya se entiende todo: cuartos helados. No nos daban ni una cobija. Si entrabas en shorts, te quedabas en shorts.

Para comer, un sándwich: nada más dos rebanadas de pan con mortadela congelada. Fue tan traumático que, por ratos, me sorprendía deseando no haberlo intentado.

Después me pasaron a una prisión de verdad, donde seguí esperando la primera entrevista. En Houston, si en la entrevista te creían, tenías que pagar $5.000 para salir. Si no te creían, te deportaban de inmediato. Mi tía pagó la fianza.

Luego me trasladaron de Houston a Tacoma, en Washington, donde estuve dos meses. Aquello era una prisión de lujo, literal. Comía mejor que en El Salvador: platos grandes y variedad; tranquilidad, sin tener que trabajar ni preocuparme; seguridad, tele, aire acondicionado, área recreativa, cama… Pero como dicen Los Tigres del Norte: "Aunque la prisión sea de oro, no deja de ser prisión."

El portavoz de los salvadoreños era un pandillero, de apellido Landaverde. Por un malentendido, él creyó que yo andaba vacilando con los 18 porque comenté que me quería rasurar el mostacho. Le pregunté por qué decía eso, y me explicó que las palabras que terminan en "-cho" es algo que la MS asocia con el número ocho. Ahí lo entendí: este tipo sí es MS, cabal. Él me lo confirmó y dijo que había estado en una de las clicas más fuertes —no recuerdo si Hollywood o Sailors— y, para dejarme tranquilo, agregó:

—Pero aquí nadie pelea barrios. Aquí peleamos país.

Era cuestión de supervivencia. Si había un problema, ni un hondureño ni un mexicano iba a defenderte; pero la gente de tu propia tierra, tal vez sí.

* * *

Un día estábamos jugando naipes que los custodios nos habían prestado para pasar el tiempo, cuando un mexicano gritó:

—¡Eh, cállense! ¿No ven que estoy hablando por teléfono?

Estábamos en un área común con al menos cien personas: unos viendo televisión, otros haciendo ejercicio, algunos conversando, otros gritando. Landaverde le respondió de inmediato:

—Todo el mundo está haciendo bulla; no vengas a decirme que me calle a mí.

El mexicano se quitó la camisa para lucir un 16 tatuado en el estómago; pero nosotros no conocíamos las pandillas de Estados Unidos y no sabíamos qué significaba ese número. Nos metimos rápido. El señor mayor lo enfrentó:

—Te crees mucho porque eres mexicano y pandillero, ¿eh?

Al final, quien terminó pagando los platos rotos fue un salvadoreño que no tenía nada que ver. Y aunque medía casi dos metros y el mexicano no llegaba ni al metro sesenta, no hubo represalias.

Después le preguntamos:

—¿Por qué no le diste una buena paliza? Lo hubieras levantado del pescuezo con una sola mano.

Él respondió:

—Sí, pero así no me enseñaron a ser.

Creo que era de San Vincente. A veces dicen que la gente del campo es más dura, pero él era muy tranquilo; demasiado tranquilo. No es por nada, pero yo, en lo personal, no me habría quedado con el golpe. No digo que hubiera ganado, pero nos habríamos ido a las manos.

Al final, como éramos alrededor de ocho salvadoreños, los ocho presentamos un reporte contra el chico del 16, y lo sacaron del módulo. Si el salvadoreño se hubiera quedado callado y se hubiera tragado el

golpe, el mexicano habría seguido intimidándolo. Pero como habló, al menos se tomaron cartas en el asunto.

Por situaciones como esa, tenías que buscar aliados de tu tierra. Son los únicos que, tal vez, meten las manos por ti.

* * *

Mi intención siempre fue pedir asilo político y quedarme en Estados Unidos. Pero Landaverde ya llevaba seis meses esperando y me dijo:

—Andá acomodándote, porque aquí vamos para largo. Cuando te traen acá, se olvidan de vos.

Me señaló a otro señor que llevaba once meses encerrado, y pensé: yo no puedo quedarme once meses acá. No puedo quedarme ni seis.

Otro problema era la fianza. En Texas, el monto que pagué fue de $5.000. Pero en Washington, la fianza podía llegar hasta $50.000. A cuatro chinos que estaban ahí les fijaron $50.000 a cada uno; pero los chinos son tan unidos que esos $200.000 los cubrió la comunidad china. Entre todos reunieron el dinero, pagaron las fianzas y los cuatro salieron al día siguiente.

En el caso de un ecuatoriano, la fianza quedó en $15.000. Él apeló, el juez le negó la apelación y, como castigo, se la subió a $25.000.

Mi ánimo se vino al suelo. La fianza mínima era de $10.000, y mi tía simplemente no tenía esa cantidad; o, si la tenía, se hacía la pregunta: ¿vas a trabajar toda tu vida solo para devolverme ese dinero?

Además, solo alrededor del 35% de los casos recibían la noticia de que su petición sería revisada o de que podían salir bajo fianza. Para el resto, era mejor que los deportaran de inmediato: así pasaban menos tiempo enjaulados.

Aun así, conocí a un chico que hoy vive en Colorado. Se casó con una ciudadana estadounidense, ya es padre y tiene sus papeles. A él le fijaron una fianza de $2.500. Son cosas que pasan… Quizá a mí me dejaran salir bajo palabra.

Estaba flaqueando.

* * *

El día antes de la entrevista, recuerdo que me quedé reflexionando sobre una parábola de mi país. Te la cuento para que veas cómo funciona:

Un día, el diablo llega y desata mi caballo. El caballo se desboca y entra en tus tierras. Se come algunos cultivos y destroza otros. Entonces tú vienes a reclamarme, porque fue mi caballo el que causó el daño. Pero yo, lleno de ira, te digo que no es mi culpa, que yo no lo solté. Tú insistes; yo pierdo el control, saco un arma, te disparo y te mato. Estás muerto. Llega tu hijo, saca su arma y me dispara a mí. Yo muero. Luego, mi hijo hace lo mismo con tu hijo. Pronto hay tres personas muertas. El diablo se ríe. Entonces aparece un ángel y le pregunta:

—¿Por qué hiciste esto? Tres personas murieron porque soltaste ese caballo.

El diablo, que es muy inteligente, dice:

—Pero yo no hice nada. Yo solo solté el caballo. El que disparó fue él, en su corazón. El que vino a provocar y a alterar fue él, en su corazón. Los humanos no se controlan; son inestables.

En la parábola, yo me dejo llevar por mis emociones y te asesino. Luego, tu hijo decide vengarse, y quizá incluso siente una chispa de satisfacción. Esa decisión es suya. Pero en su corazón sabe que está mal, y sabe que, si hubiera dejado las cosas en manos de Dios, no habría manchado ni su alma ni su tierra.

En ese centro de detención tuve un mes para pensar y analizar qué camino tomar, y entendí que, aunque puedo decidir muchas cosas en mi vida, hay otras que es mejor dejárselas a Dios. Puedes pedirle a Dios un carro y Él te lo dará. Pero si Él quiere darte un autobús, lo limitas al pedirle un carro; y Él siempre te dará lo que es mejor para ti.

Entonces escuché esa voz que llamamos conciencia, y me dijo: Estados Unidos no es para ti.

El día de la entrevista preliminar dije que ya no quería quedarme, que quería ser deportado a mi país.

—¿Pero por qué? Usted declaró que temía por su vida en su país. Si Estados Unidos puede protegerlo, lo haremos. Puede quedarse y…

La persona que me entrevistaba parecía tan amable, tan sociable, tan empática; parecía que de verdad quería ayudarme. Fue difícil, muy difícil, decirle que no.

* * *

Yo tenía unos diez años cuando Pedro se fue, la primera vez, a echar el tiro. Pensé: yo quiero ir contigo. Pero no me fui. No tuve el valor. Era solo un niño.

Pero cuando la gente se va no porque su vida esté en riesgo —como lo estuvo la mía—, sino por la aspiración de construir algo para el futuro, todos dicen lo mismo:

—Si llego a Estados Unidos, me voy a construir una casa grande, voy a tener un carro…

Todos se van soñando con ese futuro. Yo también soñaba, incluso siendo niño. Mi hermano mayor, Rubén, también. Hace poco logró llegar a Estados Unidos. Hablé con él y le dije:

—¿Te acuerdas cuando ibas atravesando México, suplicándole a Dios que te diera la oportunidad de entrar a Estados Unidos? Pues ahora ya estás allá, y todo ese sufrimiento quedó atrás.

Pero ya van dos veces que mi mamá me ha contado que él se ha embriagado. Cuando iba en el camino, decía que no quería eso, que no iba a volver a los mismos hábitos. Así que le hablé y le dije:

—¿Te acuerdas de lo que decías? Que te partía el corazón cuando tus hijos te pedían una cora y no la tenías; que no había nada en el refri, que no tenías para pagar la renta hoy ni el pasaje de mañana. Todo eso debería seguir presente en ti. Pero mamá me dice que ya te has embriagado dos veces, cuando no debería ser así. ¿Dónde está esa convicción que llevabas? ¿Dónde está ese momento en el que te hincaste y le pediste a Dios: "Si Dios tiene misericordia, voy a cambiar, voy a cambiar"? Y al final has vuelto a lo mismo. No cambiaste.

Si yo hubiera llegado a Estados Unidos, habría sido igual para mí. Tal vez habría olvidado todo el sufrimiento del camino. Podría haber terminado como drogadicto, bolo, mujeriego, perdido.

Lo digo porque es la realidad: la mayoría de los que se fueron de mi comunidad regresaron sin casa, sin carro, sin negocio, sin nada de lo que dijeron que iban a construir al llegar. Tristemente, yo habría sido uno más.

Así que aquí estamos, por Su voluntad, y gracias a Dios porque permitió que se cumplieran Sus planes y no los míos. Mis planes eran solo sobrevivir. Pero Él me dio la supervivencia y me dio una familia. Eso fue mucho mejor. Si yo hubiera seguido pidiéndole ese carro, al final me lo habría dado. Pero ese no era Su plan para mí. Él quería llevarme por ese camino en otra tierra.

* * *

Me deportaron el 16 de septiembre. Recuerdo bien la fecha, porque el 15 es el Día de la Independencia. Unos días después, mi tía me llamó:

—Héctor, el 20 hay una salida con Benjamín. Tienes que irte.

¿Y si, a pesar de todo lo que había reflexionado en la prisión, le hubiera dicho: Está bien, el 20 me voy? ¿Y si hubiera pensado: mi tía ya ha gastado demasiado dinero; perdió con Rubén, con Marlon, con Pedro, con William, tratando de mandarlos a traer; no puedo hacerla perder más?

Reconozco que lo más fácil habría sido irme otra vez, pero entonces estaría contradiciendo todo lo que acabo de decirte, como esos políticos que prometen en campaña y, cuando llegan al poder, la acción es nula.

—No —le dije—. No me voy. Déjame descansar. Si quieres, en enero lo vuelvo a pensar, a ver si entonces estoy dispuesto. Pero por ahora, no me muevo.

* * *

Noemí, todavía muy feliz con el regalo de su móvil, me dijo:

—Tomá, quince dólares, para que estés en paz y no te sintás sin nada.

Así es Noemí. Para mí es única. Siempre te lo he dicho: ella ha sido la luz que he llevado en mi vida, en mi oscuridad total.

Y la verdad es que yo sí tenía dinero. Soy buen administrador. Mientras estuve preso, mi tía me envió cien dólares, y solo gasté sesenta, más diez en un regalo para Noemí.

En la prisión había artistas que recogían bolsitas de churros y pasaban un día entero haciendo artesanías hermosas. Le compré a Noemí un corazón; creo que hasta tenía un pequeño soporte. Un detalle muy bonito.

Ojo: me fui en junio, pasé julio y agosto fuera, y regresé en septiembre. Cuatro meses… al punto de que me perdí su cumpleaños.

Cuando regresé a El Salvador, le dije:

—Te traigo un regalo.

Se lo di y se puso a llorar. Imagino que siempre hubo amor. Siempre estuvimos hechos el uno para el otro. Después pensé: ay, qué bonito es verla feliz. Entonces tengo que esforzarme para algún día tener dinero.

* * *

Al inicio, ella me veía diferente, lógicamente. El camino que había recorrido dejó muchas marcas. Y además traía la decepción de no haberlo logrado. Yo me había ido huyendo de algo, y fracasé. Quizá por eso me sentía tan mal.

Con el tiempo, le fui contando algunas cosas. Le dije que habían asesinado a una persona y que hubo problemas con los pandilleros. No entré en detalles.

Después le conté sobre la lluvia de estrellas que vi en el desierto. Me parecía demasiado hermosa para ser real. Algo que solo se ve entre la vida y la muerte. Mi esposa empezó a buscar en internet y me dijo que, en realidad, las lluvias de estrellas son muy comunes en los desiertos cerca de Houston.

—¿Ves? ¡Sí fue cierto! ¡Yo vi esa lluvia de estrellas!

—Sí, aquí lo estoy viendo en internet.

Qué maravilloso haber podido ver algo así, incluso en medio de la agonía. Hasta hoy te puedo decir que es lo más bello que he visto en mi

vida. Y haber muerto justo después de presenciar algo así habría sido, sinceramente, épico.

Fue como una explosión de luz. Imagínate estrellas fugaces, pero enormes y brillantes. Ahora imagina decenas de ellas cayendo al mismo tiempo sobre el mismo cielo. Así fue: rápido, sí, muy rápido, pero suficiente para regalarme esa visión.

Yo pensaba: sí, me estoy muriendo. Esto solo se ve en las películas.

Algún día, cuando podamos viajar, iremos a un desierto para vivirlo. Tienes que vivirlo. Yo habría podido morir en paz, después de haber visto semejante belleza.

12
2016-2019

Najaf se hacía llamar nuestro primo, porque su compadre le había puesto el apellido de nuestra familia. Había ido a la guerra de Irak en 2004 y, cuando regresó, se convirtió en miembro activo de la pandilla 18. Cuando llegó a la comunidad, no tenía dónde vivir, así que Pedro le dio posada mientras construía su propia casa en mi colonia. A veces, cuando nosotros trabajábamos bajo el sol, sin ninguna galera que nos cubriera, él aparecía y le decía al jefe del taller que nos iba a echar una mano apenas comprara los materiales. Parecía tan genuino que cualquiera habría pensado que era un buen hombre. En realidad, era un asesino despiadado.

Smiley vivía en La Estancia y todavía era un niño. Tenía tres años menos que yo y siete menos que Pedro. Siempre decía que nos respetaba porque éramos mayores y porque habíamos estudiado en la misma escuela. Inspirado por un viejo amigo mío, Sully, se separó de la pandilla y decidió quedarse con el dinero que cobraba a un empresario local. Cuando Najaf se enteró, le ordenó al empresario que siguiera dándole el dinero a él. Así comenzó el conflicto entre Najaf y Smiley.

Lo cierto es que ninguno de los dos había cruzado la raya; todo habían sido habladurías. Pero si vas a la guerra, tienes que apuntar al rey. Una noche, algo tomado, Najaf se metió a la comuinidad buscando a Smiley, pero en lugar de encontrarlo, encontró a uno de sus chicos.

Ahora siento más profundamente la muerte de todos los que he conocido. El chico que encontraron era tranquilo. Yo tomaba con él. No era realmente pandillero; era más bien un bolito. Dicen que Najaf empezó a golpearlo, exigiéndole que dijera dónde estaba Smiley. El chico le repetía que no sabía, que por qué le pegaba, que era un estúpido, que él no tenía nada que ver. Pero Najaf siguió golpeándolo, golpeándolo y golpeándolo.

Al final, el chico le dijo:

—Ya mejor mátame, hijueputa.

Najaf ya se iba. Literalmente, ya se estaba yendo. Se supone que ya lo había dejado vivir. Pero al escuchar la ofensa, regresó y le disparó hasta matarlo. Esa fue la gota que derramó el vaso. Con una muerte de por medio, los lazos se rompieron de verdad y las tensiones entre las comunidades aumentaron.

Mi miedo en ese tiempo, después de regresar de Estados Unidos, era que Pedro llegara a mi comunidad a visitar a mi mamá y que alguien lo acusara de ser informante. Por eso le dije que, tal como estaban las cosas, era mejor que no viniera. Pero una vez, cuando Smiley se metió a la comunidad, alcancé a verlo. Lo saludé con normalidad —porque yo no debía nada— y entendí que el problema era entre ellos, no conmigo.

El 6 de octubre de 2016, Smiley cayó preso junto con los suyos, y la comunidad agarró un respiro diferente. Mi hermano William, que se había incorporado a la pandilla unos meses antes, también fue capturado. Recuerdo bien la fecha porque su cumpleaños es el 9 de octubre, y cayó preso justo antes.

Quizá ese también fue un motivo del distanciamiento entre nosotros: cuando él recién había entrado a la pandilla, yo me fui a Estados Unidos, y él pasó todo ese tiempo en la calle. Cuando regresé, la policía ya lo andaba buscando, y más de una vez me sacaron de la casa a medianoche con una orden.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está tu hermano?

—No sé dónde está mi hermano.

Y la verdad era esa: no sabía. Ya no dormía en la casa y, si lo veía durante el día, era quizá en los pasajes. Ya no teníamos el vínculo que antes teníamos. Los otros hermanos eran más tranquilos. William era el único con quien realmente compartía cosas de hermanos: comer juntos, ver películas juntos, darnos en la madre. Pero lo cierto es que, cuando regresé, yo también era distinto. Desde 2016 mi hermano ha estado preso, y nunca más volví a tener contacto con él.

* * *

Todos los fines de semana, después del trabajo, Elote llegaba a ver películas conmigo. Comprábamos gaseosas, comprábamos golosinas y nos quedábamos en mi casa. Un día —tal vez un sábado; sí, me acuerdo que fue sábado porque yo iba bajando a comprar pupusas— ellos me estaban esperando en un poste. Najaf se me acercó:

—¿Te vino a ver Elote hoy?

—Sí.

—¿Y todavía está ahí contigo?

—No, ya se fue hace rato.

—Ah, está bien.

—¿Por qué?

—Porque lo vamos a matar. Así que mejor ya no lo traigas aquí. Él está pasando información a los de allá. Ya lo hemos visto hablando con el enemigo.

En ese momento, el enemigo era un veterano llamado Chucky, pero nosotros lo conocíamos como Win. Era de La Estancia, igual que Smiley, y de los primeros que estuvieron en la pandilla. Había pasado mucho tiempo preso y, cuando salió, dijo que ya no era ni Sureño ni Revolucionario, sino 18 Real. Ahí fue donde empezó el segundo conflicto.

Decían que Elote había entrado una vez a la comunidad de Win y que lo habían visto hablando con él. Supongamos que fuera cierto: solo porque veas a alguien hablando con el enemigo no significa que le esté dando tu información. Mi amigo no se metía en nada. Te lo digo porque lo conocía bien, desde pequeño, desde que fuimos creciendo.

—Pero Elote no se mete en problemas... no, no creo…

—Sí —me dijo—. Lo vamos a matar a él y a su hermana porque han estado revelando información que no debían. Y no le vayas a decir nada.

La hermana de Elote también era de La Estancia y andaba teniendo relaciones sexuales con Win. Y, por si fuera poco, pasaba por mi colonia todos los días para ir a traer a sus hijos. Era claro que ella era una infiltrada.

Pero cuando ellos se fueron, yo me quedé dándole vueltas. Pasé toda la noche pensando en mi amigo. Ah, miento: fue viernes. Ahora

me acuerdo. Fue viernes porque el sábado en la mañana tenía que trabajar, y yo seguía pensando en mi amigo, que se suponía que ese mismo sábado iba a llegar. Cuando salí del trabajo, incluso me escribió preguntándome qué películas había comprado, y yo seguía clavado en lo mismo, pensando: ya… no puedo… tengo que guardármelo. No… lo llamé, lo llamé y le dije:

—No vayas a venir.

—¿Por qué?

—Maje, te voy a contar algo, pero no se te vaya a salir lo que te voy a decir, porque me estoy jugando la vida.

Y era cierto: me estaba jugando la vida. Esto era crítico. Si un pandillero te dice algo y tu lo repites, te matan. Allá les dicen "sapos" o "soplones"; las dos palabras significan lo mismo.

—Maje, que no se te vaya a salir, porque me vas a meter en un gran problema.

—¿Pero qué pasó?

—Dicen que te van a matar porque andas dando información a los de allá.

—Pero maje, vos me conocés.

—Sí, yo te conozco, pero ellos no. Por eso dicen que vos andás dando… Maje, que no se te vaya a salir, porque me vas a meter en un gran problema. Y a tu hermana también la van a matar cuando pase mañana en la mañana. Ayer en la noche me lo dijo Najaf.

Elote sabía que Najaf no bromeaba; era un asesino.

—Gracias por avisarme.

—Por favor, que no se te vaya a salir, o me metes en un problema.

—No, no te preocupes. Gracias. No voy a venir.

¿Me creerías si te digo que, diez minutos después, los pandilleros estaban en mi casa con armas? En ese momento yo estaba envuelto en una toalla, a punto de meterme a bañar. Mi mamá estaba en el cuarto de atrás. Algo me hizo decirle la verdad. Quizá presentí lo que venía. Le dije:

—Mamá, ¿qué pasa? Vos sabés que yo no tengo nada que ver con esto…

—No me digás que fuiste tan pendejo de decirle a Elote…

—Lo iban a matar al bicho sin deberla ni temerla.

—¡Pero eso no se hace! ¡Ay, Héctor! ¿En qué problema te has metido?

En ese instante oímos gritos afuera y golpes en la puerta:

—¡Héctor, salí! ¡Queremos hablar con vos!

Mi mamá se puso pálida. Como camaleón, cambió de color y entró en shock. Tal como te lo digo: acababa de colgar el teléfono y diez minutos después ya tenía a los pandilleros armados en mi casa. Cuando abrí la puerta y salí con la toalla, estaban todos en el pasaje, con las armas en la mano. De verdad, me quedé helado, pero nunca puedes mostrar miedo frente a un pandillero.

—¿Qué pasó? —les pregunté.

—Vení.

Caminamos un poco, y yo ya estaba resignado a que mi iban a matar. Esa es la verdad.

—¿Qué pasó?

—¿Y por qué andás en toalla?

Yo traté de mantenerme calmado, hasta amistoso, porque ya teníamos algo de comunicación —no amistad, pero como ellos llegaban al taller—.

—Bueno, no hay gente por aquí de todos modos…

Trataba de ser un poco gracioso, de bajarle al mal augurio.

—No hablemos mucho —dijo Najaf—. Decime a quién le contaste lo que te dije anoche, y ahorita mismo vamos a ir a matar a esa persona.

Así, de una. Era un pandillero curtido: pandillero que había estado en el ejército, pandillero que había ido a la guerra. Claro que me iba a hablar así. Yo estaba orinado.

—A nadie. No le he dicho a nadie.

—No. Decinos, porque la verdad es que a vos te cae el clavo. A vos te cae el clavo.

—Pero si no le he dicho a nadie. ¿Cómo querés que mencione a alguien, si no le he dicho nada a nadie?

Najaf se volvió hacia el segundo al mando y dijo:

—¿Ves? Yo te dije que había sido el Chino.

Chino era primo de Elote. Yo me llevaba bien con él. No se metía en nada. Pero lo obligaron a brincarse a la pandilla cuando Najaf llegó a la colonia. Y resultó que el día que Najaf me dijo que iban a matar a Elote, el Chino no andaba. Ahora le estaban culpando de sapo.

Najaf volvió hacia mí:

—No te preocupés. Vamos a averiguar bien quién fue, y a esa persona la vamos a matar. Pero vos tranquilo. Andá a bañarte. Disculpame.

Eso fue sábado. Para el lunes ya sabían que había sido yo. Llegaron al taller y Najaf me dijo:

—Eh, vení un rato.

A los demás les dijo que se podían ir. El subcomandante se quedó, y yo ya sabía. Sabía que era algo malo, algo supremamente malo.

—Maje —me dijo—, ¿estás seguro de que no le dijiste a nadie?

—No le he dicho a nadie.

¿Qué le iba a decir?

—Poné el audio.

Pusieron el audio. Era la voz de Win:

—Habíamos quedado en que no íbamos a tocar familia. ¿Cómo es que ahora está metida mi mujer? ¿Y decís que vas a matar a Elote? Vas a matar a Elote y vas a matar a mi mujer. ¿Por qué? Si ya habíamos quedado que no.

Después se escuchó la voz del subcomandante:

—Pues sí, pero ¿quién te dijo que nosotros dijimos eso?

—La verdad te la voy a decir directa. Todo empezó con aquel Gorgojo. Él le dijo a Elote, Elote se lo dijo a su hermana, y ella me lo contó a mí.

Todo estaba bien explicado, con comas y puntos.

Najaf me miró:

—¿Me lo vas a seguir negando? Andate para el taller. Ahí vamos a hablar.

Era ilógico hablar si me iban a matar, pero me fui. El subcomandante me acompañó. A veces él había trabajado conmigo en el taller. Cuando yo empecé ahí, él todavía no era pandillero; y no se

brincó porque quisiera, sino porque lo obligaron. Yo tenía la esperanza —híjole— de que no me entregara y, de alguna manera, me salvara.

Pero al llegar al taller, le dije:

—Mirá, yo la regué. Sí, la regué. Pero vos me conocés. Primero, yo no soy nada. Y segundo, Elote tampoco es nada... vos lo conocés. Najaf no es de aquí. Najaf no sabe quién es Elote. Vos sí, porque nos criamos aquí. Vos sabés que él no es nada, que no va a…

—Sí —me dijo—. Tranquilo, maje. Tranquilo. No te preocupés.

—No, esto es serio. Yo sé que han hablado de matarme. No me podés decir que no. Yo sé cómo funciona la pandilla. ¿Te acordás que estuve un tiempo con Sully? Yo vi cómo se manipulaban las cosas.

—No, pero calmate.

Yo seguía con miedo, así que fui a donde vivía mi hermano, en la colonia aledaña, y ahí estaba Najaf.

Salimos a caminar y le dije:

—Mirá, sí, hice mal. Mentí. Pero es que no podía. Yo no podía dejar que mataran a mi amigo si él no había hecho nada. Yo lo conozco. Vos no lo conocés, pero yo lo conozco.

—Eh, calmate. Nadie te va a hacer nada.

—¡Pero si me acabás de amenazar de muerte! No me jodás. Me acabás de…

—Yo soy el palabrero. Yo tengo que ponerme serio enfrente de los súbditos. Si no, pierdo respeto. Pero a ti no te va a tocar nadie. Calmate.

Yo estaba en shock.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí. No te preocupés. Vos sos mi familia. ¿Cómo voy a dejar que te maten?

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí. No te preocupés. Nadie te va a hacer nada.

Una de las "leyes" de la pandilla era que nadie podía tocar a la familia de un pandillero, y él me había metido "en su familia".

—¿Entonces puedo ir a trabajar sin preocuparme?

—Nadie te va a hacer nada. Calmate. Solo no lo volváis a hacer, porque vos sabés cómo es con son sapos: a los sapos los matan.

—Yo sé. Por eso tengo miedo.

—Pero nadie te va a hacer nada. ¿Querés más tranquilidad? Hasta lo pusimos a votación. Éramos nueve, y solo uno votó por matarte. Los otros ocho dijeron que no podían, porque sos demasiado buena gente con ellos.

A cualquiera que me pidiera un favor, yo se lo hacía —fuera pandillero o no—. Siempre trataba de ayudar. Y al final, eso me sirvió, porque si yo hubiera sido más selectivo —a este sí, a este no— quizá todo habría sido distinto.

—Entonces ¿puedo trabajar?

—Tranquilo. Solo una cosa: no confiés en Daniel.

—¿Por qué?

—Lo pusimos a votación y todos hablaron bien de ti. El único que dijo que te mataran fue Daniel. No confiés en él.

No lo podía creer. Me quedé con eso y volví con el subcomandante.

—Quiero que me digás algo, y quiero que seás sincero: ¿de verdad lo pusieron a votación?

—Sí. Por eso te digo que te calmés, porque no te va a pasar nada.

—¿Pero estás seguro?

—De hecho, solo hubo un voto en contra tuya.

—¿Me podés decir quién fue?

—Esa es información de pandilla. No te la puedo dar.

—Pero vos sos mi amigo. Nos conocimos desde antes de la pandilla.

—Daniel votó en contra tuya —me confirmó—. No confiés en él. Los demás sabemos que sos una gran persona y que nos has ayudado a todos.

* * *

Daniel solo era un niño. Tenía seis años menos que yo. Todos los que se reunieron ese día para la votación eran niños. Solo el subcomandante tenía más o menos mi edad, y Najaf sí era mayor que yo. Pero a los demás yo los había visto crecer. No eran pandilleros de verdad; solo andaban queriendo ser pandilleros, como que les gustaba ese papel:

andar huyendo de la policía, las drogas, el alcohol, las pistolas, los asesinatos, la extorsión.

Uno de ellos tenía familia: esposa, hijo y trabajo. No todos los pandilleros eran desempleados. Algunos quedaron atrapados por dundos, como el subcomandante. Eran pandilleros porque los engañaron o porque los obligaron —como a mí me quisieron obligar.

De los dos que Najaf había traído a la colonia desde La Estancia, uno incluso llegaba a decirme:

—Mira, mi bebé acaba de nacer. Está un poquito malito. Necesito que me prestes cinco dólares. Te los pago el fin de semana.

Noemí me decía que no lo hiciera, porque al final me iban a involucrar con ellos. Pero yo no me estaba involucrando. Yo solo estaba ayudando, como ayudaría a cualquiera. No podía discriminarlo solo porque fuera pandillero. El hijo necesitaba medicina, así que le presté el dinero.

El otro que Najaf trajo también tenía familia, pero el huevón no trabajaba. Dizque cuidaba a la niña, y era de esos que llegaban y decían:

—Fíame cinco cervezas. Mi mujer te las paga.

En ese sentido, entre ellos se decían "amigos". Pero con ese niño, Daniel, era diferente. Nosotros teníamos un vínculo especial. Era hijo de dos pandilleros: el padre ya estaba muerto y la madre, Irene, estaba presa. Entonces se quedó con una tía. No tenía a nadie que lo guiara. No tenía hermanos mayores; solo una hermanita menor, y no es lo mismo. Por eso yo traté de ser como su hermano mayor. Lo aconsejaba y lo prevenía de ciertos pandilleros jóvenes como él.

—No te juntes con el Negro; ya ves que ahorita está perro.

—No, no, no... si yo solo con vos paso.

Cuando Daniel empezó a vacilar con tres "prepandilleros", yo intervine. Le pregunté por qué quería andar en la calle, y me escuchó. Se apartó de ellos y se quedaba conmigo jugando naipes.

Cuando él trabajaba cuidando carros, yo lo ayudé a ahorrar, porque si su tía le encontraba el dinero, se lo quitaba. Yo llegué a guardarle como $300. Así de grande era la confianza: me dejaba su plata.

Veíamos tele, cocinábamos en mi casa, comíamos juntos… éramos muy pegados. Yo entendía su situación: un padre muerto y una madre

presa. Yo sabía que eso pesa, así que trataba de apoyarlo —no con sermones—, sino estando ahí. Hasta su madre me llamó desde el penal para agradecerme:

—Qué bueno que no lo estás dejando que se pierda.

Y el chiquito me sorprendía: a pesar de su edad, él siempre entendía lo que implicaba todo lo malo. A la orilla de una tiendita donde un señor vendía cigarros, nos quedábamos riéndonos y jugando naipes. Y si el Negro pasaba a comprar, Daniel le decía al señor:

—Ay, maestro, yo ya me voy. Usted sabe cómo está el pedo. No queremos que por culpa de nosotros lo vayan a pegar a usted.

Una vez, mientras jugábamos naipes, un niño de la colonia de al lado se metió a la nuestra. Ya lo habíamos visto varias veces con dos amigos: súper pequeño y gordito, siempre educado, siempre saludaba. Compraban lo que necesitaban y se iban. Pero esa vez se quedó.

—¿Ya no hay cigarros? Dame fuego.

Y del otro lado escuchamos a alguien gritar. La comunidad es pequeña: se oyó perfectamente que estaba hablando con palabras pandilleriles.

Al instante le dije a Daniel:

—Ándate para la casa, rápido.

Yo salí corriendo para la mía. Antes de llegar, me volteé y vi al niño todavía en el mismo pasaje donde nosotros estábamos. Y después oí cuando empezaron a pegarlo. Oí sus quejidos. No puedo describirlo con detalle: se lo llevaron al río y lo mataron.

Pero Daniel sí me hizo caso: corrió, se metió a su casa y se encerró con llave.

Pero un hijo busca guía en sus padres. Cuando la mamá salió del penal, él terminó corrompiéndose, y todo mi esfuerzo —todo lo que hice— no sirvió de nada. Ya solo me tocó apartarme de él.

Cuando él pidió que me mataran, los demás se opusieron. Unos decían:

—No, yo le debo dinero.

Otros:

—No, yo trabajo con él. Él me ha estado dando trabajo.

Y otro:

—Él siempre me ha echado la mano cuando le he pedido ayuda.

Todos hablaron bien de mí. Solo él —el que más ayudé para que no se descarrilara— insistió en que me mataran. Estúpido.

Noemí siempre me dice:

—No hay amigos.

Daniel me traicionó, pero también Elote. Elote no tenía por qué decirle a su hermana "Hector dijo esto y lo otro", si era obvio que ella se lo iba a contar a su hombre. Fue tonto de mi parte, en cierto modo... o tal vez no. Míralo por el lado bueno: Elote sigue vivo. Tal vez sí lo hubieran matado.

El susto de cuando llegaron armados se me fue pasando con el tiempo, pero yo ya no volví a beber con ninguno de ellos. ¿Y con Daniel? Perdóname. Todavía me da cólera cuando me acuerdo, y a Noemí le da el triple, porque fue una traición literal.

Una vez yo estaba tomándome un par de tragos en la colonia, y Daniel llegó a ver si le daba una cerveza. Se la di, porque yo nunca le negaba nada a nadie, y era solo compartir un vicio. Estando ahí sentados, se lo dije en la cara:

—Qué bajo... qué bajo. Después de que yo te daba de hartar, te hartaste mi propio plato. Sos un traidor. Vos decidiste que me asesinaran. Y venís a pedirme cerveza como si nada…

—¿Najaf te dijo? Najaf es un culero. Y cuando baje, cuando vuelva, lo voy a asesinar. Porque es un mentiroso.

—No me lo dijo solo él. Tu cuñado me lo dijo también. ¿También lo vas a matar? ¿Lo vas a matar porque vive allá arriba con vos? ¿Porque confirmó que vos fuiste el traidor que votó para que me mataran? ¿Vas a matar a cualquiera que confirme que me traicionaste y votaste para que me mataran?

Pero lo negó todo. Me dijo que él no había dicho nada, que el mentiroso era mi primo. Nunca lo aceptó. Pero esa era la realidad.

* * *

Una noche, el Negro salió a beber con uno de los yernos de Irene, al que le decían Drácula. Como ninguno tenía dinero para pagar la cuenta,

llegó la mamá del yerno, pagó y se lo llevó a la casa; y lo mismo pasó con el Negrito.

Se supone que ya estaban encerrados y dormidos como a las cuatro de la madrugada, cuando el Negrito salió de su casa para ir a buscar a Drácula otra vez. Los dos volvieron a salir y, para seguir bebiendo, se fueron a robar a la orilla de la calle.

A menudo salían por uno de los caminitos que daban a la autopista para robar. Pero más abajo, siguiendo la autopista, había otro caminito para entrar a la comunidad. Lo que hicieron esa vez fue salir por ese segundo caminito.

Según la versión que Drácula contó después, a eso de las cinco de la mañana venía un tipo trotando, haciendo ejercicio, con unos audífonos grandes. Llevaba una cangurerita. La idea era robarle antes de que llegara a la pasarela y luego meterse de vuelta por el mismo lado. Estaba bien planeado, porque en efecto así fue. El Negrito salió con un cuchillo en la mano y le gritó:

—¡Eh! ¡Párate, párate!

Pero el señor no se detuvo. Se giró y —el Negro no se había percatado— ya traía un arma en la mano. Cuando lo sintió cerca, se volteó con la pistola y solo —pa, pa, pa, pa— le metió cuatro balazos. Los primeros dos le entraron en el pecho y lo tiraron al suelo. Los últimos dos le pegaron en la cabeza.

Drácula también recibió dos impactos: uno en el brazo y otro en la cadera, pero logró regresar al caminito.

Luego, a la par de esa versión, salió otra, que escuchamos por la mamá del Negro. No sé quién la inició, pero decían que Drácula había "regalado" a su compañero, y que quien disparó no fue un civil cualquiera que andaba haciendo deporte, sino Najaf. Es complicado lo que acabo de decir, porque ¿cómo va a ser que Najaf mató al Negrito si ellos andaban juntos?

Resulta que el Negrito era primo de otro que se llamaba Adrián, y a Adrián lo iban a matar. No sé por qué. Lo que sí sé es que el Negro le advirtió. Igual que me pasó con Elote, así pasó con Adrián: desapareció de la colonia.

Cuando reapareció en otra, con mucha razón quería vengar la muerte de su primo, y decía públicamente que Irene, sus yernos y Najaf estaban detrás del asesinato. Así que a los acusados les dieron luz verde: había orden de matarlos.

Era un día lluvioso cuando tres pandilleros de la comunidad de Win se metieron hasta la casa de Najaf. Nosotros solo escuchamos los balazos. No sé si fue un rozón o qué —creo que llevaba algo en la pierna—, pero tanto él como su mujer salieron vivos. Tres días después lo vi, porque regresó a la comunidad, y empezó a decir que ese mismo traidorcito que me había traicionado, junto con otro, estaban afuera esa noche y no hicieron nada.

—Si no hubiera tenido mi entrenamiento militar, me hubieran matado.

Pero nadie se salva por muy militar que haya sido, por mucho entrenamiento que tenga: su casa quedó destruida. Solo Dios pudo ponerles una venda en ese momento para que no vieran por dónde se fue. Solo Diosito pudo cubrir a su mujer para que no la mataran. ¡Se estaban metiendo tres pandilleros a tu casa! Es diferente a mi caso: yo sí tenía oportunidad de tirarme a correr. Pero él estaba dentro de una casa. ¿Cómo logró salir sin que una bala —o entre los tres— lo mataran?

Mi tía le dio un poco de dinero y lo ayudó para que pudiera salir del país. Se fue de la comunidad y se vino a Italia con su mujer. Ayer era el propósito de Dios, y ahora él está allá. Tiene un hijo, creo. Me imagino que algo en su vida y en su corazón tuvo que haber cambiado.

* * *

Recuerdo el primer día que llegaron: Win adelante, serio; Adrián atrás.

Unos días después, Win me encontró en un pasaje cuando yo estaba comprando algo.

—¿Y vos? —me dijo—. ¿Vos sos el menor de los de Carlos?

A mi papá le dicen Carlos.

—Sí, sí.

—Vos sos Gorgojo, ¿va?

—Sí, sí.

—Ah, puta, qué grande estás. ¿Te acordás de mí?

—Sí, sí, me acuerdo.

—¿Ah, ya sabés quién soy?

—Sí, sí, yo sé.

—Ah, hombre, cabrón. ¿Qué onda? ¿No te parece mal que yo ande por aquí?

—No, por mí no pasa nada.

Esa fue la única vez que hablé con él. Después, cuando pasaba por el taller, llegaba a ofrecer productos. Todos los días o andaba vendiendo pan o andaba con jugos, pero siempre había algo que vender, y siempre llegaba a ofrecernos. Era como ver a Najaf.

Mientras él estuvo por ahí, no hubo mayor problema. Pero con las mujeres pandilleras siempre hay que tener más cuidado. Irene jugaba a doble agente con Win; hasta se metió con él. Y una noche lo invitó a su casa, donde mandó a su hijo a matarlo. Le pegaron al rey; el ejército cayó. Los Reales desaparecieron. Los Sureños volvieron a meterse a la comunidad. Irene mandaba.

* * *

En las cárceles hay veteranos que, aun estando presos, mandan por su comunidad: dan órdenes, deciden quién es el palabrero, quién debe morir. Krueger era el portavoz de la pandilla en mi colonia; el mismo que una vez me llamó porque quería que yo me hiciera pandillero, y al que yo le dije que mejor saliera y me brincara él mismo. En 2019, después de quince años preso, salió de la cárcel.

Irene ya me lo había advertido, cuando la comunidad todavía estaba tranquila:

—Él viene con la mentalidad de asesinar a mucha gente.

Creo que lo decía por mí. No lo dudo. Pero, por lo general, no matan a gente de su propia comunidad, a menos que haya un problema gravísimo; a menos que alguien sea tan imbécil como para ponerle precio a tu cabeza. Las pandillas que yo conocí no hacían eso, pero ese tipo era pura maldad. Cada vez que se oía hablar de él, todo era podrido.

Creo que a Irene le habían dado la orden de que me matara, y ella no estuvo de acuerdo. No puedo asegurarlo, pero lo deduzco porque tiene sentido. A Irene yo la conocía desde que tenía siete años, desde que llegué a la colonia. Me vio crecer. Además, ella me había agradecido por haber cuidado a su hijo mientras estuvo presa. Creo que por ahí venía la cosa: ella se estaba interponiendo en muchos de los planes de ellos.

Con tres hijos que mantener y sin trabajo, Irene se metió a la pandilla por necesidad. Le ofrecieron dinero y comida; tenía todo gratis. Sí, era mala —lo era—, pero al mismo tiempo quizá lo hacía por sus hijos.

Recuerdo que, poco antes de su muerte, dijo que ya no quería estar en la pandilla. Quería salirse. Quería poner un negocio, una venta de gas, para tener su propio patrimonio. Así, si la policía la capturaba y le preguntaba: "Mira, tienes este dinero, ¿es de los pandilleros?", ella podría decir: "No, mira, yo tengo inventario legal. No tengo nada que ver con las pandillas". Sé que, como ella, hay muchos que lo han intentado o al menos lo han pensado.

Pero al final les hacen lo mismo que le hicieron a Irene. Ella fue la que ayudó a reconquistar la comunidad. Fue la espía y la carnada. Sus caminatas con Win fueron las que le dieron la victoria a Krueger. Pero el diablo paga mal a quien bien le sirve. A ella la mataron primero. Luego mataron a un hombre de la comunidad de mi hermano. La matanza realmente empezó ahí. Yo era el siguiente.

13
Asesinato

Primero me fueron a buscar a la cancha, y fue rápido. Me preguntaron si sabía que mi hermano se había retirado de la pandilla. Les dije que sí. Entonces me dijeron que yo sabía que la garantía se había acabado y que yo tenía que incorporarme a la estructura sí o sí. Les dije que no. Se molestaron, pero en ese momento se fueron. La verdad, no sé por qué no pasó nada, porque normalmente actúan de inmediato. Yo tenía ese pequeño negocio de PVC con ese amigo-pandillero en la colonia, y pagábamos extorsión, incluso cuando ellos estaban presos. Tal vez por eso no me hicieron nada.

El 3 de noviembre de 2019 nos quedamos hasta tarde jugando con los compañeros. Era costumbre quedarnos hasta tarde, relajándonos, porque la cancha tenía luces. Conversábamos, nos quitábamos la ropa, y uno por uno se fue yendo hasta que quedamos solo dos.

Eran como las once de la noche cuando los tipos salieron de un pasaje. Yo ya lo sabía. Lo sabía porque la amenaza ya estaba ahí, ya estaba ahí, y yo sabía que era contra mí. Cuando los vi salir de ese pasaje, el corazón me empezó a palpitar con fuerza y me invadió el miedo.

Salieron del pasaje y empezaron a sacar las armas. Yo no esperé a que llegaran hasta donde estaba. Tenía un barranco atrás, así que me tiré y empecé a rodar; mi amigo también se tiró. Mientras rodábamos por el barranco, empezamos a oír los disparos.

Llegamos al fondo, unos treinta metros abajo, y seguimos corriendo. Mi amigo era más joven que yo, así que corrió mucho más rápido. Yo llegué a la segunda colonia, y en la tercera me detuve, porque conocía a un amigo ahí y le pedí ayuda. Eran casi las doce de la noche, imagínate. Toqué la puerta y le pedí hacer una llamada, y me ayudó. A nadie le gusta meterse a ayudar; si la pandilla se entera, también corres peligro.

Llamé a Noemí para ver si podía llegar a recogerme a la orilla de la calle en esa colonia, sin darle muchos detalles. Ella de inmediato tomó el carro —vivía como a quince minutos de donde yo estaba—. Cuando me vio, creo que fue uno de los peores días para ella. Yo no me había dado cuenta —o tal vez no lo noté por la agonía—, pero iba bañado en sangre de lo fuerte que había sido el golpe al tirarme al barranco. Me golpeé la rodilla. Me golpeé el codo. El pecho lo llevaba abierto por los raspones de cuando me tiré y empecé a rodar.

Yo estaba con temor. Siempre con temor. La colonia de mi amigo también estaba asediada por la misma pandilla, pero como me estaban cazando en mi colonia, todos estaban allí. La colonia de mi esposa también era peligrosa, porque ahí había otra pandilla, y además era rival.

Recuerdo que me agaché dentro del carro de mi esposa para que no me vieran. Ella me decía que no era necesario, pero yo tenía que hacerlo porque mi paranoia era enorme, aunque cualquier movimiento me hacía doler todo el cuerpo. Algunas partes del cuerpo se me estaban enfriando, y empecé a sentir dónde tenía los raspones.

Ella lloraba. Yo le decía que solo me calentara, porque empecé a desmayarme. Había perdido sangre. Ella quería llevarme al hospital, pero yo no quise. Me dijo que me llevaría a un hospital privado, no a uno público, y aun así le dije que no. En mi país es bien sabido que un pandillero puede entrar a una clínica o a un hospital y rematarte. Ese era el nivel de control que tenían.

Entramos a su casa. Mi codo izquierdo era algo horrible. Yo podía ver la carne rota y un hoyo. Noemí trató de limpiarlo y de estancar la sangre, pero no paraba. En El Salvador la gente usa café molido para curar heridas. Entonces se le ocurrió meter café en el hoyo y poner trapos para tratar de estancar un poco la hemorragia. La pierna derecha la tenía abierta; ahí no pudo hacer mucho.

Me desmayé y perdí el conocimiento en sus brazos, y la sentí llorar sobre mí. Me dijo que fue realmente traumático, porque me dio fiebre y en ese momento ya no había nada más que hacer. No pudo llamar a nadie porque ya eran casi la una y media de la madrugada. No fue sino hasta el día siguiente que pudimos llamar a la enfermera —en mi país

le dicen “particular”— y, por suerte, pudo llegar a verme. Me limpió sin anestesia.

Noemí ni siquiera estuvo en el cuarto, porque solo ver las curaciones la ponía nerviosa. Después me contó que pasó la noche sin dormir, pensando: en una de esas deja de respirar. Entró en una especie de crisis. Más adelante tuvo que ir a terapia por todo lo que vivió.

* * *

Al día siguiente llamé a mi mamá desde el teléfono de Noemí. Creo que ni siquiera se dio cuenta de lo que había pasado ni escuchó los disparos; estaba dormida. Lo primero que me dijo fue:

—Estos pandilleros, no sé por qué, pero mataron al hijo de...

Y me dio el nombre de mi amigo.

—¿En serio?

—Sí. No sé por qué, ese niño nunca se metía en nada.

—¿Y no han preguntado por mí?

—¿Por qué?

—No, solo pregunto.

—Pues fíjate que en la mañana vinieron a preguntar por ti, pero normal: “¿Está su hijo en la casa?” “No, no está”, les dije. “¿No sabe dónde anda?”, preguntaron. “No, no lo he visto desde anoche”, les contesté.

Mi mamá no sabía nada, y era mejor así, porque si huberian llegado a preguntar y ella lo hubiera sabido, se habría puesto muy nerviosa. Mi mamá sufre de ansiedad, de presión alta. Tiene diabetes.

Le dije:

—Que no se te vaya a salir decirles que estoy donde Noemí.

Yo ya sabía que iban a venir a preguntar, y sabía que mi mamá es lo suficientemente inocente como para que, con solo conversar, le sacaran dónde vivía Noemí. Por eso no la llamé la noche del ataque.

Ella se alteró:

—¿Qué pasó? ¡No me estés afligiendo!

Te digo, ella padece de los nervios.

Entonces le dije:

—Por eso mataron a mi amigo. Anoche intentaron matarme a mí, y él corrió conmigo.

Es triste, pero es cierto. A mi amigo lo mataron solo por correr conmigo.

—¿Cómo así que intentaron matarte?

Ella no lo podía creer. Le despertó un miedo tan grande que tuvo que salir de la colonia. Decidió irse porque sabía que, de alguna manera, aunque pensara que no estaba en peligro —o aunque le dijeran que no lo estaba—, siempre existía la posibilidad de que lo estuviera, ya fuera porque yo apareciera o simplemente por la misma situación. Ella se fue, y yo me quedé en casa de Noemí.

* * *

Es algo de lo que casi no hablo, pero me marcó mucho, porque él no tenía nada que ver. A mí, al menos, podían culparme de algo por haber sido testigo de cosas. Pero él era un joven de diecinueve años, y su único "pecado" fue estar a mi lado ese día, conversando.

Era un amigo —y cuando digo amigo, lo digo en serio— porque, a pesar de ser tan joven, era muy servicial. No como muchos jóvenes de mi país, que están completamente descarrilados. Este amigo siempre bajaba a jugar con nosotros, y esa vez se quedó conmigo.

Era una rutina: después de jugar en la cancha, cansados, todos subíamos a la colonia, nos quitábamos los tacos y las medias, sacudíamos el polvo para no meterlo a la casa. Nos relajábamos. Luego, después de un rato, cada quien se iba. Pero él se quedó conmigo, se quedó hablando. Yo fumaba cigarrillos, él también. Hablábamos de todo: del trabajo, del partido.

De hecho, trabajó conmigo un tiempo. Mi socio y yo lo contratamos para que nos ayudara en temporadas de mucho trabajo. Su único pecado fue quedarse conmigo cuando aparecieron esos hombres. Y sí, corrió. Tenía que correr; es lógico. Él sabía perfectamente cómo eran las cosas en la colonia. Si se quedaba, lo mataban, y cuando ves gente armada, el miedo te obliga a huir.

Él era mucho más joven que yo y corría mucho más rápido. Sinceramente, quizá si no hubiera corrido tan adelante, le habría pedido que se viniera conmigo. Porque lo primero que pensé cuando llegué a esa otra colonia fue buscar a otro amigo para poder llamar a Noemí. No pensé en él porque ya había corrido demasiado. Y no detenerse es lógico: nadie quiere parar cuando siente que lo están persiguiendo.

Yo, personalmente, pensé que nos perseguían a los dos. Solo recuerdo haberle gritado dos veces:

—¡Corré, corré, no te detengás!

Tal vez por eso él pensó que los tenían justo detrás. Corrió tanto que cuando yo llegué a esa colonia, ya no lo vi. Mentiría si dijera que en ese momento estaba pensando en él. No. Yo estaba pensando en mi propia vida. La agonía era tan grande que solo pensaba en sobrevivir. Cuando llegué a esa colonia, lo único que pensé fue: tengo que llamar a Noemí, porque si me quedo más tiempo aquí, van a venir y me van a asesinar. Como ya dije, era una colonia asediada por la misma pandilla.

Si mi amigo hubiera estado a mi lado en ese momento, se habría ido conmigo a la casa de mi novia. Pero el problema era que él no tenía a dónde ir. Yo tenía a Noemí. Él quizá tenía algunos familiares. Tenía abuelos, pero vivían en una colonia controlada por la MS. No podía ir ahí. Este amigo tenía que regresar. Tenía que volver a su casa.

Pero cuando volvió, lo mataron. Lo mataron por el simple hecho de haber corrido conmigo.

14
Partida

Compré el boleto en febrero de 2020. Tenía previsto salir el 24 de marzo de ese mismo año. Yo solo quería salir de ahí. Sentía que me estaba ahogando en mi propio pánico: el pánico que solo se siente cuando alguien ha intentado matarte. Además, estaba viviendo en un lugar donde también había pandillas. En algún momento se iban a enterar, porque ellos se enteran de todo.

Pero el 21 de marzo el país cerró por la pandemia. Perdí mi salida y pasé los siguientes catorce meses encerrado dentro de la casa de Noemí, sin siquiera acercarme a la ventana. No estoy mintiendo. De hecho, nos casamos en esa casa. El abogado llegó hasta ahí para casarnos, porque yo tenía demasiado miedo de salir. No hubo fiesta ni nada. Solo dos testigos que logramos conseguir: el cuñado de Noemí y un amigo, el único en quien realmente confiaba.

El país estuvo cerrado diez meses; en las calles solo se veían soldados. En diciembre, las cosas comenzaron a volver a cierta normalidad. Mi siguiente boleto no lo tuve sino hasta el 2021.

* * *

En el aeropuerto de El Salvador, el tipo me preguntó:

—¿Por qué vas a Londres?

—Voy como turista.

—¿Turismo? Si está todo cerrado. Permíteme, voy a preguntarle a alguien si te van a dejar viajar.

Desde el principio yo sabía que todo estaba cerrado y que no se suponía que debía salir. En realidad quería esperar uno o dos meses más, o quizá hasta mitad de año, cuando todo estuviera abierto otra vez. Pero tenía que usar esa aerolínea, la que no me iba a devolver el dinero, así que nos apresuramos.

Yo tenía algunos ahorros de mi trabajo, pero también había estado ayudando con los gastos en la casa de Noemí durante catorce meses. Con lo poco que me quedaba, ella me ayudó a cubrir los impuestos del vuelo y una nueva escala en Francia, que no estaba en el plan original.

Luego llegó una mujer, tal vez la gerente, y me preguntó:

—¿A qué vas?

—Mi boleto dice que es turismo.

—Sí, pero ahora todo está cerrado.

—Sí, pero está cerrado acá.

Mi esposa ya había leído sobre las restricciones —ya ves que ella es la que lee— y me había dicho qué palabras debía usar.

—Pero está cerrado acá —le dije—. Londres está abierto. Lo he leído, y está abierto.

—¿Sabes que en este momento no están dejando entrar a nadie del Reino Unido a El Salvador? Nadie puede ingresar al menos por los próximos quince días o un mes. Y veo que tu boleto es solo por quince días.

Es decir, no me iban a dejar volver a entrar a El Salvador, porque el Covid estaba pegando demasiado.

—No hay problema —le dije—. Puedo pagar otro vuelo más adelante y regresar cuando El Salvador permita el ingreso. Pero no puedo perder este vuelo ahora mismo.

Me miró como preguntándose: ¿Será o no será cierto lo que dice este bicho? Se me quedó observando un rato y luego dijo:

—Está bien… ¿tienes tu prueba PCR?

—Sí.

—¿Tienes…?

Bueno, llevaba seis documentos distintos en la mano para evitar cualquier problema.

* * *

La primera escala fue en México.

—¿A qué vas? —me preguntó el tipo allí—. ¿A qué vas?

—Mi boleto dice que es turismo.

—Sí, pero ¿no sabes que todo está cerrado?

Y de una manera que, de verdad, sentí ganas de pegarle.

—Sí —le dije, todavía tranquilo—. Sé que todo está cerrado. Pero necesito usar mi boleto.

—Pues no podemos dejarte pasar de acá. Voy a levantar el reporte para regresarte a El Salvador. No puedes continuar hacia Francia.

Padrecito, dame la sabiduría para no ofender a este tipo, pero también para hacerle entender.

—Disculpa, pero lo asqueroso aquí es tu aerolínea, que no quiere devolverme el dinero. Si me lo hubieran devuelto, yo ni siquiera estaría aquí. Yo sé que todo está cerrado, pero Londres no está cerrado.

De hecho, el día anterior Boris Johnson había retuiteado que Londres estaba abierto para todo el mundo. Así que le dije:

—Ni Boris Johnson me está prohibiendo entrar a su país, ¿y vos querés hacerlo? ¿Quién sos?

Ahí el tipo se bajó y dijo:

—Voy a ir a preguntar si te dejan continuar, porque la verdad es que estamos listos para deportarte a tu país.

—Está bien, ve a hablar con ellos, yo espero. No te preocupes. Pero de aquí no me regreso a mi país, porque no voy a perder este vuelo. Y si me regreso, van a tener que devolverme el dinero.

Me llevaron a un cuarto lleno de viajeros ilegales que habían detenido, y yo pensaba: pero si yo no entré ilegalmente a este país…

Llegó otro tipo y me preguntó:

—¿Para dónde vas?

—A Londres.

—Pero Londres… todo está cerrado por la pandemia, amigo.

—Sí, pero como ya le expliqué a tu compañero, si su empresa me devuelve el dinero, yo me regreso a mi país. Pero su empresa no quiere reembolsarme.

—Ah, ok. Déjame ver si Francia tiene algún problema con que continúes.

Y así fue. También tuve que pelear en México. Por eso te digo: fue Dios. Cualquier otra persona se habría regresado.

* * *

Llegué a Francia, y era como otro mundo. Nunca había visto un aeropuerto tan grande. Solo vi a la gente caminando, así que caminé detrás de ellos.

Todos fueron a un lugar lleno de pantallas donde estaban listados todos los vuelos, y se quedaban ahí esperando a que apareciera el suyo para saber cuándo salir. Al final, todos se fueron todos, y yo me quedé solo, todavía buscando el mío —había demasiados para revisarlos.

Como era mi primera vez, yo estaba como… ¡Juela!

Por fin lo vi. Decía Gate... —creo que todavía lo recuerdo— Gate F. Sí, creo que era la F. Y yo: bueno, vámonos. Cuando bajé las gradas, no había nadie. Estaba completamente solo. Enfrente había una ventana enorme desde donde se veían hasta las calles de la ciudad. ¡Juela! Yo solo iba rezando por dentro, siempre rezándole a Dios.

Luego bajaron dos personas, y lógicamente uno reconoce cuando alguien es de Latinoamérica, así que les pregunté:

—Disculpen, ¿hablan español?

Porque créeme, yo inglés nada, nada, nada. No como ahora, va, que al menos medio puedo preguntar algo.

—¡Oh, sí, claro! —dijo uno—. ¿De dónde eres?

—Soy de El Salvador. ¿Y ustedes?

—Yo soy de México. Mucho gusto. ¿Qué necesitas?

—Eh... tengo que llegar a esta puerta —y señalé Gate F.

—F, F, sí, sí. Ven, nosotros vamos para allá. Vente con nosotros. Así no vas solo.

Hasta me presentó a su novio. Eran dos chicos, y creo que eran pareja.

—Ah, ¿tú también eres de México?

—No, no, yo soy de acá. De Francia.

—Ah, ok. Genial.

Nos quedamos ahí parados, y yo no me había dado cuenta de que las puertas se abrían y pasaba un tren. El mexicano me dijo:

—Tienes que tomar este tren para llegar a tu puerta de embarque y bajarte en la próxima parada.

—Ah, ok. Muchas gracias.

Creo que mi puerta era la 31. Había números por todos lados, y yo no sabía dónde tenía que esperar. Tuve que acercarme a un chino que estaba en una puerta donde la gente ya iba abordando. Esperé a que todos pasaran. Luego me acerqué. Traduje mi pregunta al francés en el teléfono y se la enseñé. Él solo hizo un gesto con la mano, como diciendo: Aquí.

—Ah, ok.

Y yo le hice la reverencia chiquita que había visto en las series chinas, como agradecimiento.

Después… bueno, pasé una vergüenza. Quise ir al baño. Lógicamente, yo había salido de El Salvador al mediodía, llegué a México a las cuatro, salí de México a las nueve de la noche y llegué a Francia a la una de la tarde del día siguiente. Fue horrible. Así que de verdad necesitaba el baño. Y encima, con toda la emoción…

Solo recuerdo que vi la palabra toilet en el traductor. No sé si es igual en francés y en inglés, pero mi teléfono decía toilet, y una señora me señaló el camino. Cuando vi la palabra toilet en el teléfono y luego en una pared grande, pensé: Ah, pues ahí es.

Pero yo no estaba acostumbrado a los baños modernos. No como en El Salvador, donde tienes la manecilla para abrir, cada quien tiene su cubículo y la gente suele dejar las puertas abiertas. En Francia, todas estaban cerradas. Solo había una perillita con un color, y yo no sabía cuál color significaba ocupado y cuál libre. De mala suerte, abrí una que estaba ocupada, y había un hombre sentado en la taza. ¡Juuueeelaaa!

El hombre me dijo:

—Excuse me.

Bien enojado porque, lógicamente… ¿cómo no? Fue una cosa.

* * *

Tuve que esperar desde la una de la tarde hasta casi las diez de la noche, cuando por fin salió mi vuelo. Fue agotador. ¡Agotador! De ahí hasta que llegué a Inglaterra, creo que si alguien tuviera esos videos, te diría

que lloré. Lloré en el aeropuerto. Primero, porque no había podido llorar cuando me despedí. Cuando me despedí de ella, yo no quise llorar. Las que lloraron fueron su mamá y mi mamá.

Sentí tanta tristeza y tanta alegría a la vez, porque yo sabía que mi agonía ya había terminado, pero la persona que yo había sido toda mi vida se quedaba allá en El Salvador. Entonces sí, lloré, y alguien me preguntó en inglés:

—Are you okay, mate?

Yo solo hice un gesto de que no entendía. Después, yo era el último en el área donde uno tenía que registrarse, y alguien que hablaba español se me acercó:

—Aquí no decimos "wader", decimos "water".

Algo así.

Luego, me metí al baño a llorar. A llorar de verdad. Porque en el aeropuerto, sí, lloré, pero no era lo mismo… no podía soltarlo todo. Cuando llegué aquí, me metieron en un cuartito donde todos estaban esperando, y había golosinas. Me dijeron que podía agarrar si tenía hambre, y me dieron un plato de comida. Yo me lo llevé al baño.

Recuerdo que hasta llegó uno del personal porque pensó que yo tardaba demasiado ahí. Cuando por fin salí, vi que era un señor mayor. Yo sentí ganas de agradecerle, porque se me acercó y me dijo… pues, yo no entendía.

Creo que me dijo:

—Are you hungry?

Algo así. Pero yo estaba como… nada. No entendía nada. Pero cuando hizo el gesto, como el italiano, para preguntar si quería comer, ahí sí entendí, y lloré como un niño. Él estaba ahí, un señor mayor, y era como que quería llorar conmigo. Me dio una cobija para envolverme, y yo la agarré y me la puse. Es que había sentimiento en el llanto, y él lo notó.

—What's up, man?

Eso sí lo entendí. Es como "¿Qué pasa?", porque está esa película de *Scary Movie* que… bueno, en fin. Traté de armar la frase y le dije:

—I... miss... my... wife.

Creo que me entendió. Solo se quedó ahí y dijo:

—Okay, okay.

Yo no podía dejar de llorar, y la verdad, a mí no me gusta llorar, pero yo estaba demasiado cargado. Tal vez en la casa de Noemí nunca lloré durante esos catorce meses que estuve encerrado con ella. Quizás había cargado todo ese peso. Era como… me habría gustado llorar de alguna forma… porque desde el momento en que llegué a su casa, digámoslo así, perdí mi vida. Perdí mi trabajo, mi negocio, mis amigos. Nadie podía volver a contactarme. El barrio donde crecí, la cancha... lo perdí todo. Entonces quizá en algún momento quise soltarlo en su casa, pero no podía.

15
Asilo

Llegué a Inglaterra el 28 de enero de 2021, siempre con la esperanza de que lo que había leído resultara cierto —y, de alguna manera, lo fue. Me sentí tan bien, porque por fin podía respirar un poco. Respirar, porque en mi país me estaba ahogando, porque Inglaterra me había abierto las puertas.

Sentir que alguien te extiende la mano cuando estás caído es un alivio enorme. Yo de verdad llegué acá en un estado muy, muy mal. Todo lo malo que te he contado ya lo venía cargando. Llegué a este país y sentí ese respiro de alivio. Fue realmente tranquilizador saber que no era como en Estados Unidos, donde llegué y terminé en una prisión.

Aquí me hicieron una entrevista y, al día siguiente, me trasladaron a un hotel. Era tiempo de pandemia, así que me dijeron que tenía que pasar quince días encerrado como parte de seguridad por el COVID. No hubo problema. Yo venía de mucho peor.

Mi esposa llegó un mes después, y entonces pasé otros quince días encerrado. Yo habría podido pasar otro mes más encerrado. Todavía cargaba el trauma. Es cierto que sentí alivio cuando vine. Pero yo ya había estado encerrado tanto tiempo en la casa de Noemí que, cuando te vuelves a encerrar, también te vuelves a encerrar en la mente. Yo no quería salir. Fue ella quien me convenció.

Poco a poco, empezamos a salir, y yo comencé a descubrir que Inglaterra de verdad es algo especial. La gente es muy respetuosa. En mi país escuchas a la gente gritar por todos lados. Aquí la gente conversa; no se gritan de un lado a otro. No andan diciendo malas palabras.

Yo veía a tantísima gente en los parques con sus hijos —hombres con sus hijos, mujeres con sus hijos—. Nosotros nunca habíamos vivido así, y sentí que estaba empezando a vivir otra vez. Sentí que, de alguna manera, los traumas que yo traía se habían guardado en una cajita, y ahí se quedaron mientras yo empezaba de nuevo.

De marzo a junio estuvimos rebotando de un hotel en hotel. Está bien, no había problema. Al final eran hoteles. Los cuartos eran súper pequeños, pero tenían lo básico. Pero cuando en julio nos dijeron que nos iban a trasladar a una casa, ahí fue cuando nos volvimos a desmoronar. Porque entonces la cajita donde yo había guardado todo ya no alcanzaba: empezamos a cargar cosas nuevas.

Creo que la palabra casa es bien específica. En tu casa tienes tu ducha, tu baño, tu cocina, tu mesa. Yo creo que todo ser humano debería comer en una mesa. Comer en una mesa es algo honorable. Es la forma correcta de comer tus alimentos sagrados. Son cosas básicas y necesarias. Eso es una casa.

Entonces cuando llegamos y vimos, sobre todo, la condición del lugar, fue triste. El lavabo no servía, el inodoro no servía, y la ducha era una ducha compartida para hombres —no para mujeres—. Y yo andaba con mi esposa. Así que créeme: en ese momento nuestra vida se vino abajo. Todo lo negativo volvió a apoderarse de nosotros: el dolor, el rencor, el miedo, el sufrimiento, los malos recuerdos… todo regresó.

Nunca nos dijeron: "Aquí está su lavadora para lavar la ropa". No teníamos. Y encima el techo estaba deteriorado, y todo se mojaba. Eso nos destruyó.

Si hubiera sido solo yo, o solo mi esposa, creo que habríamos optado por regresar a nuestro país, por más ayuda que necesitáramos. Porque no era lo que imaginábamos. No era lo que decía internet. Te digo: fue triste, porque yo vine con la intención de buscar ayuda. Yo no vine a lucrarme del país. Si hubiera venido por dinero, dudo que lo hubiera encontrado.

Por eso fue tan triste empezar a recorrer la casa que nos habían dado. Nadie que no necesite ayuda de verdad aguanta lo que nosotros hemos aguantado.

Creo que lo más triste fue darme cuenta de que el nombre de mi esposa ni siquiera estaba en el contrato de arrendamiento. Ahí entendí que la casa era para una sola persona. La empresa solo le agregó el nombre con lapicero, algo tan informal, y nos dijeron:

—Es esto o aquí está un número de teléfono si quieren regresar a su país.

Al final, te das cuenta de que no es Inglaterra la que te trata así. Son las empresas contratadas por el Home Office. Una empresa privada nos trató así. Porque el contrato no decía Home Office; decía el nombre de la empresa. Entonces, ¿quién me puso ahí? Una empresa que, yo creo, está recibiendo más dinero del Home Office del que invierte en nosotros.

Ahí entra la pregunta: ¿qué hacen con el resto del dinero? Yo creo que el Home Office debería investigar todo esto, porque es una estafa. Esa es la palabra: una estafa. Al final del día, estos son fondos del Estado, y si el Home Office ya lo sabe y no hace nada, entonces también es culpable.

Es triste, porque ellos no saben de dónde vienes, no saben lo que has pasado, y no saben lo que todavía estás pasando. Lo mínimo sería asegurarse de que tu proceso sea medianamente cómodo, porque los que de verdad venimos por ayuda nunca estamos bien. O te extorsionan, o intentaron matarte, o te amenazaron, o te obligaron a salir de tu casa. Cuando es forzado, nadie está bien.

Yo estoy buscando ayuda porque de verdad la necesito. Todos dejamos familia atrás, dejamos negocios, dejamos recuerdos, dejamos el país donde nacimos, dejamos nuestra tierra, dejamos el lugar donde somos alguien. Acá no somos nadie. Acá nadie nos va a respetar. Acá nadie nos va a valorar. Acá nadie nos va a dar una oportunidad como la que quizá habríamos tenido en nuestro propio país.

Porque es nuestro país. Es como tu madre: es la que te vio nacer, la que te vio crecer. Acá eres solo alguien que, de alguna forma, terminó metido en una casa que no es suya. Por eso nadie aquí va a hacer nada por ti, aunque llegues a ser residente o ciudadano... porque no naciste acá, no eres hijo de esta tierra.

Los que vinimos porque de verdad nos pasó algo sabemos en el corazón que queremos volver a casa. Eso es lo que buscamos. Pero en lugar de ayudarte, te destruyen más. Yo no le veo lógica a eso. Por eso creo que es muy importante que el Home Office sepa la realidad: que nosotros no planeamos quedarnos para siempre.

Ya era bastante duro decidir irnos de nuestro país, pero es el doble de duro para los que de verdad necesitábamos ayuda, y nos han tratado

inhumanamente. Yo creo que mucha gente ya se ha regresado por esto, porque el trato no ha sido bueno para nada. El trato ha sido, hasta cierto punto, racista.

* * *

Nosotros creemos con fuerza en muchas cosas. Primero que nada, en Dios —esa es nuestra fe inamovible—. Pero también hay cosas que simplemente tienen lógica. Como dicen los chinos: si todas las cosas malas te llegan de golpe, da gracias, porque quiere decir que ya terminaste con ellas y ahora solo van a empezar las buenas.

Pero si va una buena, luego una mala, luego una buena, luego otra mala, y así, entonces estás mal, porque nunca vas a terminar con las malas. Es mejor que te lleguen todas de una vez. Eso fue lo que nos pasó. Todo lo malo nos llegó de golpe. Todo. Te lo digo en serio.

Nosotros mirábamos caricaturas cortas donde el personaje de mala suerte siempre anda con una nube negra arriba echándole lluvia, y en cualquier momento—¡pum!—un rayo. El 12 de julio, literalmente, a nosotros nos tocó esa nube negra. Ese día salimos de la casa y nos agarró una tormenta horrible, horrible. No te puedo explicar lo fuerte que fue.

No es mentira: cerca, se tapó un drenaje y todo se inundó; el agua me llegó hasta los muslos. Nunca pensamos que aquí las tormentas podían ser tan fuertes. Yo llegué en enero, en pleno invierno, y nunca vi nada así. Y ahora, en julio —en verano— ver eso en el corazón de Londres fue una locura. Por eso digo que, literalmente, andábamos bajo la mala suerte.

Cuando regresamos a la casa, le pregunté:

—¿Te vas a bañar?

—Sí. Hagámoslo rápido, porque tenemos que quitarnos esta agua de lluvia.

Mi esposa solo se echó un poco de agua encima desde el lavabo, porque no quería meterse a ese baño sucio, y yo empecé a llorar como un perro. Pero yo no quería que ella me viera así, así que me metí al baño y lloré más fuerte. Lloré y lloré. De impotencia, de ira, de tristeza.

Cuando salí, ella me dijo:

—Veo en tus ojos que te sientes mal.

Claro: ella me conoce. Pero de ahí a que yo le pasara mi tristeza solo con verme… no. Yo no quería eso. Así que me tocó llorar solo. Y la verdad, no era por mí. Si solo me hubieran traído a mí, hombre, encantado: yo habría aguantado, porque yo sé aguantar. Pero yo no quería esto para ella. Ella ya había sufrido. La idea era que ella ya no sufriera.

* * *

El Salvador, si no me equivoco, llegó a ser el país más violento del mundo sin estar oficialmente en guerra. Hubo un tiempo en que la tasa de homicidios era de más de quince asesinatos al día. En su peor momento, mataban a una de cada mil personas. Entonces sí: muchos vinimos por razones serias. Pero empezaron a venir tantos salvadoreños que ahora ya no nos creen. Piensan que, más allá del peligro real, venimos a inventar historias. Por eso las entrevistas son tan intensas.

La primera entrevista te la hacen apenas llegas al aeropuerto, y dura como veinte minutos. En esos veinte minutos recogen tus datos personales y la razón principal por la que estás aquí.

—Intentaron asesinarme.

Después te piden dos detalles más:

¿Quién intentó asesinarte?

¿Cuándo lo intentaron?

Quieren una fecha y quieren un nombre. Con esas tres cosas ya verifican y deciden si estás apto para seguir el proceso. Si no te creen, te mandan a albergues a esperar deportación.

Si te dicen que van a dar seguimiento a tu caso, tienes que conseguir un abogado, proporcionado por el Estado. Tienes que contarle a ese abogado toda tu historia, con todos los detalles, y explicarla bien, porque esa versión la va a leer el Home Office. Y eso no es nada bueno, porque tienes que revivirlo. Si escuchaste balas en ese momento en que tu vida corría peligro, cuando lo vuelves a contar

las escuchas otra vez en la mente. Vuelves a sentir la adrenalina, la agonía, el temor, el pánico.

Luego pasas a una tercera entrevista con el Home Office. Ahí hacen preguntas diseñadas para hacerte caer. Te revuelven todo. Te llevan para aquí, luego para allá, luego de regreso, porque saben que si tú te construiste una historia ensayada en la cabeza, al desorientarte con tantas preguntas vas a equivocarte.

A mí me hicieron muchas preguntas sobre mi caso, mezcladas con otras sobre mi país, mi familia, dónde estudié, a qué iglesia iba, dónde quedaba mi comunidad, cuál era mi dirección completa…

La lógica de ellos es: si lo que estás diciendo es cierto, no hay manera de que te equivoques, porque lo viviste. Todo tiene que cuadrar. Las tres entrevistas tienen que seguir una línea recta. Si dijiste "azul" en la primera, tiene que ser “azul” en la segunda y “azul” en la tercera. Está bien. Si dijiste “blanco,” tiene que ser “blanco” en las tres. Pero si en algún punto cambias una palabra, toman el pelo en la sopa y dicen: “¡Ajá! Aquí está. No lo dijo bien. Se lo negamos porque no coincide con la primera o la segunda entrevista.”

A la mitad de la gente que inicia estos procesos se los niegan. Yo creo que por eso la última entrevista del Home Office puede durar todo el día. Puedes llegar a las nueve de la mañana y salir a las cuatro de la tarde, porque en cuanto contestas algo mal, se te van encima con más y más preguntas. Y como ya resbalaste, ellos saben que ya te agarraron. Es realmente agotador.

¿Y qué pasa si te niegan el caso? Hay una cuarta entrevista. Si ese juez también te lo niega, vas a una quinta. Y si lo vuelven a negar, vas a una sexta, porque tienes derecho a tres apelaciones después de que el Home Office te lo niega.

Todos quisiéramos que todo terminara en la tercera entrevista, porque revivir todo... Te lo pongo así: es una especie de tortura tener que recordar detalles que tú solo quieres olvidar. Yo no quiero pasarme la vida recordando que intentaron matarme.

En total, si un juez te lo niega una, dos, tres veces, terminas reviviendo ese momento seis veces. Y desde ahí, ya es traumático.

Entonces, ¿qué te puedo decir? Te desgastan por completo. Psicológicamente te drenan. Y lo hacen para que te rindas y te regreses.

* * *

Estábamos en un lugar muy malo —emocionalmente, sentimentalmente, psicológicamente—. Pero cuando nos enteramos de la llegada del bebé, fue algo maravilloso, porque dejamos de pensar en lo que estábamos pasando, y la alegría de saber que venía este milagro de vida se volvió razón suficiente para hacer oración. Sabíamos que, de alguna manera, nacer aquí iba a ser mejor.

En nuestro país, en algún momento habíamos pensado en tener un bebé, pero en El Salvador a un niño le puede pasar cualquier cosa. Creo que ya te he contado que dejé la escuela a los diecisiete años, no porque quisiera, sino porque los pandilleros me obligaron. Quizá suena trágico, y quizá eso nunca le habría pasado a mi hija… quizá. Pero siempre existía la posibilidad de que pasara lo mismo: no poder ir a la escuela por venir del barrio equivocado.

Entonces, cuando supimos que estábamos esperando un bebé aquí, fue felicidad pura, porque aquí el bebé no iba a sufrir nada de eso. Pensar tan positivo nos dio una fuerza nueva.

Claro, cuando te detienes a pensar: pero el bebé va a nacer acá en este cuarto, eso es otro balde de agua fría, porque la felicidad que te da el bebé te hace querer solo lo mejor para ella. Eso incluye un hogar adecuado, y asegurar que su mamá se sienta bien, porque es ella quien la carga y quien le transmite todo.

Cuando fui a la entrevista con el Home Office, la persona que me atendió me dijo que tenía que solicitar una nueva vivienda, que llamara a Migrant Help y pidiera un traslado. Y eso hicimos. El problema fue que llamamos a Migrant Help ochenta veces, y ochenta veces nos dijeron que nos iban a realojar, que estaban esperando encontrar un lugar adecuado.

Desde el principio ellos sabían cada uno de los problemas de este lugar, y ahora, con un bebé en camino… Por eso seguíamos llamando, explicando una y otra vez. Después nos dijeron que esperáramos hasta

tener el formulario MAT B1, el que confirma el embarazo. Pero cuando por fin lo tuvimos, ya no quisimos llamar más: era demasiado desgastante.

Decidimos, mejor, quedarnos con la paz mental de que el bebé iba a traer buenas noticias.

Y así fue. Después del nacimiento vino la entrevista, luego la decisión… y fue como si el bebé hubiera traído con ella la felicidad, la tranquilidad y la bendición que habíamos esperado por tanto tiempo. Desde que llegamos a esta casa, no habíamos tenido ninguna alegría, y el bebé la trajo. Así como al principio llegó todo lo malo de golpe, ahora llegó todo lo bueno de golpe.

Creo que lo más importante que un país puede ofrecer es seguridad. Con la seguridad vienen todos los demás avances que te puedas imaginar. Pero hay países que ponen otras cosas antes de la seguridad, y por eso están como están. Aquí, con la seguridad de este país, yo creo que a mi hija le irá bien, y ojalá que un día incluso pueda devolver un poquito de todo lo que se le ha dado.

* * *

Yo le digo a mi esposa que lo más increíble será que, en el futuro, nuestros hijos y, si Dios quiere, nuestros nietos van a disfrutar muchísimo escuchando esta historia. Tal vez no lo van a creer, pero al menos habrá algo real: algo que, en algún momento, les va a hacer preguntarse cómo terminaron aquí, descendientes de gente de El Salvador, y van a mencionar nuestros nombres.

Incluso cuando ya no estemos, dirán:

—Mi abuela Noemí, mi abuelo Héctor, fueron los primeros de mi familia en llegar a Inglaterra, y gracias a ellos estamos aquí.

No sé... se siente tan bonito por dentro solo pensar que quizá una generación llevará nuestros nombres en la boca. Y quizá —quién sabe— hasta se sientan orgullosos de sus abuelos que los trajeron acá. Porque nosotros tal vez nos vayamos, pero el bebé va a ser británica. En algún momento podrá quedarse aquí y formar su propia familia. Y entonces su generación le contará a la siguiente cómo fue todo.

Epílogo

Recuerdo que, después de trabajar y bañarme, siempre iba al mismo lugar: la tienda de los picos, donde todos los días la señora hacía canoas, o enchiladas, o papas fritas, o yuca frita, o nuegados de yuca. De ahí me iba a casa de mi prima, donde hacíamos café, comprábamos pan y nos quedábamos sentados a la orilla de la cancha, solo disfrutando el momento, hablando… y así se nos iban las horas.

A veces de ahí me iba a casa, pero otras veces mi prima me preguntaba si me iba a quedar y me servía comida. Luego llegaba su marido, nos poníamos a hablar, y yo me quedaba otro rato más. Creo que esos son de los momentos más en paz que recuerdo: poder sentirme descansado.

Siempre que había movimiento de pandilleros, yo andaba a la defensiva, alterado, alerta. Pero cuando estaba con mi prima, nos sentábamos, tomábamos café y hablábamos. Y no éramos solo ella y yo. A veces estaba su madre, o sus dos hermanos, o la mujer de mi padre, u otro primo… Se sentía como familia.

Y cuando Noemí pasaba a visitarme todos los viernes después del trabajo, la señora de los picos hacía unos tamales sabrosos, y justo al lado estaba el señor con su venta de pupusas. Aquel aroma —tamales recién hechos y pupusas cocinándose—, ¿cómo te describo lo rico que se siente solo respirarlo?

Y por si fuera poco, algunos viernes, sábados, incluso domingos, mi prima hacía tortas mexicanas y hamburguesas. Y todas las semanas pasaba alguien vendiendo todo lo que te puedas imaginar hecho de elote: elote loco, elote sancochado, atol de elote, tamales de elote, riguas…

* * *

El 24 y el 31 de diciembre son días de beber y excursión en El Salvador. En la parte de adelante del bus iban los “santos”, los que no querían saber nada de nada. En medio iban los dispuestos a soportar el olor de

la mota. Y hasta atrás iban los que de verdad iban a hacer el desvergue y el fiestón: todos los bolos, los drogos, el desorden. A veces se llenaban dos buses: uno solo para familias, y otro para los desahuciados.

Cuando llegábamos a La Espina o La Puntilla —dos playas famosas por sus remolinos— yo me tiraba en la arena y, como ya iba ebrio, solo me dormía. Ya cuando era hora de regresar, me iba a echar un chapuzón rápido para quitarme la arena y el quemón que me había dejado el sol.

Una vez, me metí demasiado profundo, hasta donde reventaban las olas; a mí siempre me gustaba ir más allá, bien al fondo, hasta donde las olas eran tremendas. Una ola me revolcó, me agarró de lleno, y pegué con la cara contra el fondo del mar. No logré tirarme como me gustaba, metiéndome por en medio de la ola. Me agarró de frente, me levantó, me dio vueltas, y cuando vine a sentir, tenía la cara toda raspada.

De repente ya no lograba avanzar hacia la salida. Se supone que debía salir con la siguiente ola, pero esa ola nunca llegó porque me había metido demasiado: quedé atrapado en un remolino. Me vi obligado a nadar y nadar, y nadar, y nadar. Se me pasó lo bolo. Se me fue la fuerza. Sentí el vacío del remolino abajo. Yo no salí solo. Me sacaron los salvavidas.

* * *

No sé si has visto esta foto —imagino que sí—: te la muestro. A Pedro creo que no lo puedes distinguir. Él es el que tiene la chaqueta amarilla. Él de la chaqueta azul con blanco es William, el que está preso. El que está detrás de mi abuela es el mayor de nosotros cuatro: Marlon. En ese tiempo se había dejado crecer el bigote porque creía que se le miraba bonito. Yo soy el de la camisa roja.

Éramos muy jóvenes y flacos, la verdad. Esas chaquetas nos las acababa de mandar mi tía. Quería ver cómo nos quedaban, y qué mejor manera que tomarnos una foto todos juntos con mi abuela. Ese es el recuerdo más preciado que tengo, porque no tengo otra foto así.

Como te he dicho, me he vuelto muy sentimental. Hace poco vi esa foto y me pegó duro. En realidad éramos cinco, no cuatro, pero no tenemos una foto de los cinco, porque el otro ya era mayor y se fue muy temprano. Entonces tomamos esta foto, y hace poco yo la estaba viendo.

Luego vi otra donde solo estábamos Marlon, Pedro y yo —William ya no estaba—. Luego vi otra donde solo estaban Marlon y Pedro —yo ya no estaba—. Y ahora resulta que Marlon tampoco está… Solo queda Pedro.

Creo que por eso Pedro lo tomó tan mal. Mi mamá me contó que en diciembre él lloró. De alguna manera sintió ese vacío: el hecho de que, en un tiempo, de verdad fuimos una gran familia.

* * *

Él me dijo, hace poco, que le pegó a su hijo después de que el niño hizo un gesto como pandillero, y que jamás iba a permitir que ninguno de sus hijos hiciera o siquiera pensara algo conectado con esa vida.

—Nosotros no tuvimos a nadie que nos guiara. Pero mis hijos me van a tener a mí, y yo les voy a enseñar que al final, cuando crezcan y vean hacia atrás, se van a dar cuenta de que lo mejor fue nunca haber sido parte de una pandilla. A mí nadie me puede dar paja, porque yo viví lo peor. Cualquier cosa que mis hijos intenten o hasta insinúen, yo ya la hice. Así que no me vengás con que no sabías, porque yo sí lo hice y yo sí sé. El día que mi hijo intente algo así, le voy a taleguear y le voy a mostrar lo que significa tener un padre.

Puede sonar a chiste, pero mira a mi propio padre. La gente siempre hablaba de "los cinco hijos de Carlos". Mi tío Chente —que en paz descanse—, hermano de mi papá, también tuvo cinco hijos. La gente decía:

—¿Has visto la diferencia entre los cinco hijos de Chente y los cinco hijos de Carlos?

Y la diferencia era abismal. Los cinco de él eran lo contrario a nosotros. Nosotros éramos drogos, bolos, callejeros, pandilleros… todas las etiquetas malas que le puedes poner a alguien. En cambio, los

hijos de él iban a la iglesia. Uno fue a la universidad. Otro tenía buen trabajo. Otro se fue a Estados Unidos y mantenía a su papá. Y su hija —porque también tuvo una hija— consiguió marido y formó una familia.

En ese tiempo, la gente hacía esas comparaciones ridículas, y yo solo decía:

—Es muy simple. Es bien diferente cuando tienes un padre y una madre.

* * *

La semana pasada vi pasar un carro funerario con un ataúd adentro. Solo iba el carro, y le dije a Noemí:

—Qué triste, que haya gente que se muera y no tenga a nadie con ellos.

No sé si en realidad era ese el caso o si los demás ya estaban esperando en una iglesia o en el cementerio, pero desde la perspectiva salvadoreña se siente triste cuando nadie ni siquiera sabe quién fue el difunto. Es como si su vida no hubiera tenido sentido, si nadie dice: "Qué lástima que se murió", o "qué buena persona era", o "yo lo conocí".

En El Salvador, cuando pasa un carro funerario, siempre va una cola larga de carros atrás. A veces hasta buses llenos de gente van al entierro. Eso, de alguna manera, prueba que la persona era conocida, era apreciada, y que al menos en su último viaje al cementerio, la acompañaron.

Allí la muerte es cara. Tal vez no te alcanza para pagar un nicho o un ataúd, y menos un entierro en Jardines del Recuerdo. La Bermeja es un poco más económica, pero aun así hay que pagar, y cualquier cantidad se siente como un montón, porque el salario en El Salvador no alcanza para nada.

Ahí es cuando la comunidad se une y pasa casa por casa pidiendo colaboración, para que la familia no se preocupe por el café o el pan de la vela.

Dicen que el único pecado que Dios no perdona es el suicidio, porque la vida se nos dio para aprender. Yo he hablado con Noemí de eso. Al final, nosotros vamos a morir allá. Polvo eres, y al polvo volverás. Nuestro polvo es salvadoreño. Claro, Elena nació acá, así que ella en el futuro podrá decidir por sí misma.

* * *

Hace como un mes escuchamos que nuestro vecino estaba bien enfermo. No fue a trabajar como una semana. Vive enfrente, pero aquí nadie le habla a nadie. No hay amistad, no hay comunión. Creo que de ahí viene la palabra comunidad.

Pero en ese momento yo le dije a Noemí:

—Hay que hacer algo.

No hablamos mucho inglés. No podemos… Pero hicimos una sopa de verduras, como la que tomábamos en nuestro país cuando nos sentíamos mal. En nuestra mente, esa es la sopa con más vitaminas. Entonces le dimos un poco. Cada vez que le ofrecemos algo, él lo acepta. No sabemos si se lo come, pero al menos lo agarra, y gracias a Dios ahora está mejor. Ya lo vimos regresando del trabajo.

* * *

Hablando con Noemí hace unos días, le dije que me sentía muy mal.

Le dije:

—Hoy siento que quiero llorar, pero no sé por qué.

Y ella me dijo:

—Quizás es nostalgia porque tu mamá se fue a Estados Unidos a ver a tu hermano y no a ti.

—No, no, no —le dije—. Estoy seguro de que no es eso.

Al final, Noemí y yo llegamos a la misma conclusión:

—Seguramente es porque has empezado a contarle a Sam todo lo que has vivido. Y de alguna manera eso no es grato: revivirlo, removerlo otra vez.

Pero incluso más que eso, todos cargamos un niño adentro. Y claro, ese niño siempre carga el daño que sufrió. Ahora —esto sí te lo

aseguro— ese niño está empezando a ser feliz, a vivir lo que nunca vivió o lo que anheló, pero a través de mí.

Es como que, al ser padre, me estoy consolando a mí mismo por medio de mi hija. No sé explicarlo bien, pero cuando la abrazo, cuando comparto con ella, cuando le digo lo importante que es para mí, cuando la amo... se siente como si me estuviera diciendo esas cosas a mí mismo, como si yo fuera mi propio padre.

A veces, jugando con Elena, me emociono, y Noemí dice:

—Es como que tengo dos niños.

Y es cierto, en parte. Todo lo que hago con Elena, yo nunca lo hice de niño, entonces yo también me emociono. Pero sé que mi niño interno va a sanar.

Elena es lo mejor que nos ha pasado. Creo que si ella no hubiera llegado, nosotros ya nos habríamos regresado a El Salvador. Pero su llegada ha sido como esa luz después de caminar kilómetros en oscuridad, sin saber en qué momento te vas a caer al vacío... y de pronto, por fin, ves la luz. Para nosotros, esa luz es Elena.

Así que, aunque duela, yo le digo a Noemí que es bueno hablarlo con Sam otra vez, porque así me doy cuenta de lo que tal vez todavía necesito soltar. Me ayuda a ver qué me falta, o qué siento, o qué necesito sanar, aprender, o olvidar.